

FUNDAMENTOS DEL PSICOANÁLISIS

por

ARTURO ROLDÁN



<http://www.salvatierra.biz>

Nota: Todos los trabajos de este Portal de Psicoanálisis y Literatura, incluidos sus eBooks, se ofrecen con carácter gratuito.

© Arturo Roldán

**© Versión,
corrección de los textos,
selección de las fotos
y edición
de
Antonio Salvatierra
antonio@salvatierra.biz**

Reservados todos los derechos.

Excepto sobre las fotos seleccionadas de entre todas las que circulan por Internet acerca de los temas trabajados. En caso de que el propietario de los derechos de autor de alguna de ellas prefiera que la retiremos del e-book, bastará con que nos lo comunique y la sustituiremos por otra.

ÍNDICE

BREVE NOTA BIOGRÁFICA Y CURRICULAR	5
FUNDAMENTOS DEL PSICOANÁLISIS.....	7
DEL INCONSCIENTE FREUDIANO AL NUESTRO.....	8
Presentación.....	8
La doble personalidad: origen del inconsciente.....	8
El inconsciente como lo no recordado y lo no olvidado.....	9
La sexualidad inconsciente.....	10
La censura.....	12
Actualidad de lo inconsciente.....	13
AMOR Y ODIO DESDE EL PSICOANÁLISIS	15
Introducción.....	15
Amor y odio desde el psicoanálisis.....	17
Pulsiones, odios, amores.....	19
El amor y el odio no son simétricos.....	21
Amor y odio en sus relaciones con eros y tánatos.....	23
¿Qué yo para el amor y el odio?.....	23
La transferencia: entre el amor y el odio.....	26
AMOR E IDENTIFICACIÓN.....	28
Pulsión, amor.....	33
EL SUEÑO COMO LA VÍA REGIA PARA EL ACCESO AL INCONSCIENTE.....	36
Presentación.....	36
Lo inconsciente y el cero.....	38
El sueño como la vía regia para el acceso al inconsciente.....	40
El sueño es una realización de deseos.....	41
La subversión freudiana.....	43
SE REPITE PARA NO RECORDAR.....	44
La repetición aparece como transferencia.....	45
La repetición en la clínica.....	45
¿Qué se repite cuando se repite?.....	46
Se repite lo traumático.....	48
RECUERDO Y REPETICIÓN	50
I.....	50
II.....	51
III.....	52
IV.....	53
V.....	54

VI.....	54
VII.....	55
LA PULSIÓN PRESIONA EN LOS ORIFICIOS DEL CUERPO.....	57
La pulsión no es el instinto.....	57
Las pulsiones son un mito.....	58
Las pulsiones son representantes psíquicos de estímulos orgánicos.....	59
¿Qué de la pulsión y el amor?.....	60
El objeto de amor no es el de la pulsión.....	61
PRESENTACIÓN DEL ARTÍCULO DE FREUD	
“UNA NEUROSIS DEMONÍACA EN EL SIGLO XVII”.....	62
DEL SÍNTOMA MÉDICO AL SÍNTOMA ANALÍTICO.....	73
LA SATISFACCIÓN DEL SÍNTOMA.....	77
La satisfacción freudiana.....	78
La satisfacción en la clínica.....	79
La satisfacción en los “Tres ensayos”.....	84
La satisfacción del síntoma.....	86
ANGUSTIA Y ANSIEDAD.....	88
LA DEMANDA ES SIEMPRE DEMANDA DE AMOR.....	95
Para comenzar.....	95
El impasse freudiano.....	97
La primera experiencia de satisfacción.....	98
El deseo y la pulsión.....	99
Síntoma y pulsión.....	101
El eros freudiano.....	102
La solución de los posfreudianos.....	103
La frustración lacaniana.....	103
La demanda como solución del impasse freudiano.....	105
La demanda es siempre demanda de amor.....	106



BREVE NOTA BIOGRÁFICA Y CURRICULAR

Arturo Roldán nace en la ciudad argentina de **Córdoba** en **1940**, ciudad en la que también obtiene la titulación de **Médico** en **1967**. Ese mismo año **se traslada a Buenos Aires** y comienza su **psicoanálisis personal**, con cuatro sesiones semanales, al mismo tiempo que **empieza a trabajar como Médico Interno Residente en la Sala de Psicopatología del Hospital Ignacio Pirovano**. Este servicio psiquiátrico se inserta en un hospital general, situación sumamente novedosa en aquel tiempo dentro de la salud mental argentina, de modo que en dicho hospital **recibe las últimas influencias del movimiento psicoanalítico y de las corrientes antipsiquiátricas** argentinas y europeas.

Especialmente importante para su formación, en esta época, es que **realiza diversos cursos con Oscar Masotta** en los que lee “Una cuestión preliminar al tratamiento de la psicosis” de Jacques Lacan, lo cual determinará su práctica hospitalaria a partir de ese momento. **En 1971 se autoriza como Psicoanalista** y, al terminar el MIR, **en 1972, obtiene el título de Médico Especialista en Psiquiatría y es nombrado Jefe de Clínica de la Sala de Psicopatología del Hospital Ignacio Pirovano**.

En 1976, debido a la grave situación política que atraviesa su país y a lo comprometido del cargo que también viene ejerciendo desde 1972 como **Secretario de la Federación Argentina de Psiquiatras**, **ha de exiliarse a Barcelona**, en cuya Universidad convalida la titulación de Médico y **comienza a trabajar en la Cátedra de Psiquiatría y en el Instituto Frenopático**.

Desde entonces, lleva a cabo una importante labor en la difusión y enseñanza del psicoanálisis como miembro destacado de varios Grupos de Estudio de Psicoanálisis (del País Vasco, Galicia, Madrid, etc.) y posteriormente de la Escuela Europea de Psicoanálisis. Así, por ejemplo, es conocido que fueron sus seminarios en Bilbao los que hicieron posible la aparición y el desarrollo del psicoanálisis lacaniano en el País Vasco. Igualmente, **publica diversos textos en múltiples revistas psicoanalíticas de Europa y Sudamérica como “Camp del Arpa”, “Síntoma”, “Tyché”, “Ornicar?” (en francés), “Analición”, “Cuadernos Europeos del País Vasco”, “Finisterre”, “Freudiana”, etc., y dicta numerosos seminarios y cursos en diversos Hospitales (como el Hospital Psiquiátrico de Leganés, el Hospital Psiquiátrico de Zanudio en Vizcaya, el Hospital de Tres Cruces en Bilbao, el Hospital Provincial Psiquiátrico de Madrid, el Hospital de la Princesa de Madrid, etc.) y Centros de Salud (de Pamplona, Vigo, Sevilla, Barcelona, Málaga, etc.) repartidos por todo el ámbito del Estado Español,** participando siempre muy activamente en todo el movimiento lacaniano español e internacional.

En la actualidad, ejerce como psicoanalista en su **consulta privada en Madrid** y continúa desarrollando su labor de **Enseñanza en Psicoanálisis** también en otras ciudades. Enseñanza que además desde Marzo de 2003, con la **colaboración de Antonio Salvatierra,** viene haciendo extensiva a **Internet** a través de esta Web.

Entre sus aficiones sobresale su amor por **el teatro,** llegando a escribir una obra, **“Memoria y Olvido (Argentina 76 - Nunca más)”**, que ha sido representada entre otras ocasiones en el **Festival Iberoamericano de Teatro** de Cádiz y en el **Festival de Teatro Contemporáneo** de Alicante.

**Portada del primer
número de la Revista
“Textos de la Biblioteca
Freudiana” (Mayo, 1978).**



FUNDAMENTOS DEL PSICOANÁLISIS

(PARA LOS QUE DESEEN COMENZAR)

- Del inconsciente freudiano al nuestro.
- Amor y odio desde el Psicoanálisis.
- Amor e identificación.
- El sueño como la vía regia para el acceso al inconsciente.
- Se repite para no recordar.
- Recuerdo y repetición.
- La pulsión presiona en los orificios del cuerpo.
- Presentación de “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”.
- Del síntoma médico al síntoma analítico.
- La satisfacción del síntoma.
- Angustia y ansiedad.
- La demanda es siempre demanda de amor.

Freud junto a su amigo Wilhelm Fliess, a quien dirigió entre 1887 y 1892 una serie de cartas que resultan fundamentales para comprender los orígenes del Psicoanálisis.



DEL INCONSCIENTE FREUDIANO AL NUESTRO

PRESENTACIÓN.

Este curso está dirigido a aquellas personas que desean aproximarse por primera vez al psicoanálisis, por lo que intenta exponer con sencillez y rigor sus fundamentos. Y un curso que pretende desarrollar los fundamentos del psicoanálisis no puede comenzar sino por el estudio de su concepto fundamental: el inconsciente.

De una manera u otra es sabido que uno de los descubrimientos del psicoanálisis es el inconsciente, y de sobra es conocida la influencia que tuvo y tiene sobre el discurso social. El siglo XX está notablemente influenciado por este concepto, incluso en todos los trabajos realizados para demostrar su inexistencia. Pero al mismo tiempo que se producía su divulgación se banalizaba su acepción, ya que el inconsciente freudiano es totalmente subversivo y esto no es bien tolerado por los discursos imperantes.

Hay que tener en cuenta, además, que el siglo XX da a luz multitud de saberes que influenciaron sobre lo que se entiende por inconsciente. Lingüística, topología, lógica,... son algunos de estos saberes que, de la mano de Jacques Lacan, se incorporan al psicoanálisis modificando su estatuto.

Por todo ello, debemos realizar un recorrido desde el origen del inconsciente hasta su actualización en el siglo XXI.

LA DOBLE PERSONALIDAD: ORIGEN DEL INCONSCIENTE.

El concepto de inconsciente va siendo construido sobre los avatares clínicos con que Freud tropieza en su práctica cotidiana durante los últimos años del siglo XIX. En esa época está dedicado a la escucha e investigación de la neurosis histérica, práctica que

le abre un campo inexplorado más allá de la conciencia. Esa otra escena se le muestra a Freud en los síntomas, y específicamente en el origen de los síntomas histéricos, por lo que la causalidad es situada en un tiempo distinto, en un tiempo que hace a la historia de cada cual, lo que le abre las puertas a una historia no recordada pero vivida y que ha dejado sus secuelas en las vidas de sus pacientes.

De esta manera queda centrado el origen del inconsciente en los “Estudios sobre la histeria”, de Breuer y Freud, donde aparece por primera vez el término inconsciente (“Unbewusste”) en referencia a la “doble personalidad” histérica de Anna O. Este fenómeno de la doble personalidad, o incluso de la personalidad múltiple, estaba sobre el tapete en aquellos años y no pasaba desapercibida su importancia en la investigación de la histeria. Se entendía por “doble personalidad” la coexistencia en la histérica de una personalidad enferma tras la personalidad sana, sin que esta última supiera nada de la otra aunque sufriese su influencia directa. De esta primera utilización de la palabra “inconsciente”, hay que rescatar que es una forma de decir la escisión de la personalidad psíquica, una división radical y sin concesiones del yo de las pacientes, lo cual marca todo el desarrollo de la teoría psicoanalítica y, al mismo tiempo, una diferencia esencial con otras doctrinas que pueden designarse como prefreudianas aunque estén fechadas en el 2002. Tal escisión marcada por la doble personalidad es fundamental para entender que la pretendida unidad de la vida psíquica es sólo imaginaria, o sea, una manera de consolarse ante los avatares del destino creyendo que cada cual es el que realiza voluntariamente su decurso vital. En este sentido, podemos afirmar que todos tenemos personalidades dobles y múltiples que nos gobiernan más allá de nuestra conciencia.

EL INCONSCIENTE COMO LO NO RECORDADO Y LO NO OLVIDADO.

Para progresar en este entender el inconsciente freudiano, hay que recalcar en un texto publicado poco tiempo después del citado anteriormente: “Psicoterapia de la histeria”.

El abandono de la hipnosis y su reemplazo por la “asociación libre” preside las teorizaciones que Freud va hilvanando. Así aparecen, para explicar la escisión anteriormente nombrada, la teoría de las defensas contra la pulsión y su intrincación con una nueva manera de pensar lo inconsciente -que por cierto hará furor en el siglo XX-, me refiero al concepto de represión. Todo esto dicho a vuelapluma, ya que volveremos sobre ello a lo largo de este curso, abre a una dimensión distinta de pensar la memoria, el recuerdo y lo no recordado que, sin embargo, producirá efectos.

Sobre estos pilares la condición humana cambia de sentido, porque el genio de Freud reconoce que el núcleo de lo patogenético -el protón pseudo histérico- es aquello que los enfermos no reconocen como recuerdo, es decir, no reconocen como pensamientos de recuerdos. La concatenación de lo no recordado con lo recordado, muestra una hiancia que transforma lo no recordado en pensamientos inconscientes. Ahora bien, dicho de esta forma se presta a confusiones, así que aclaremos: los pensamientos inconscientes son los pensamientos no recordados, pero ¿qué son los pensamientos no recordados?. Sigamos por un momento a Freud al pie de la letra: “¿Se debe suponer que se trata realmente de pensamientos nunca producidos, y para los cuales existía una mera posibilidad de existencia, de suerte que la terapia consistiría en la consumación de un acto psíquico interceptado?”. Ésta es una pregunta que Freud realiza pero que no contesta, o mejor dicho, que contesta desde la clínica: en un recorrido psicoanalítico se va de lo consciente hasta lo inconsciente, lo que hace que la ilación del pensamiento se transmute y devenga otro. Los pensamientos inconscientes son la ilación novedosa introducida en la cura sobre el modo de pensar consciente. Lo inconsciente aparece de esta manera como el punto de fuga de una nueva ilación del pensamiento que transforma el destino de un sujeto.

Es siguiendo esta vía regia que se llega a formular el inconsciente como “lo no recordado, pero no olvidado”, fórmula brillante por su doble negación, pero que nos marca a lo inconsciente como algo del orden de lo no realizado, de lo que no ha llegado a materializarse y que, sin embargo, es la realidad más real de lo psíquico, lo que produce una enorme cantidad de efectos. De aquí podemos deducir que el inconsciente no es un contenedor donde habría pensamientos contenidos, no es un recipiente que aloja vaya a saber que carga energética; lo inconsciente es un lugar vacío lleno de pensamientos inconscientes que tienen su existencia, pero de la cual no podrá saber nunca nada.

LA SEXUALIDAD INCONSCIENTE.

Volvamos una vez más a esa forma elegante con que Freud define su inconsciente, su concepto de inconsciente, en las primeras aproximaciones a su descubrimiento: “El inconsciente es lo no recordado y no olvidado”. Este movimiento poético tiene una causalidad que lo determina, y esa causalidad Freud la coloca en la sexualidad.

En su estudio de las neurosis histéricas, corrigiendo a Charcot -quien piensa la etiología desde una determinación hereditaria-, Freud la plantea desde la sexualidad.

Desde un criterio psicoanalítico, la sexualidad tiene una acepción más amplia que la dada por la gente en general, lo cual implica reconocer que la sexualidad no es sólo la genitalidad. Esto es importante para entender con cierta seriedad el planteo freudiano.

Las costumbres, los hábitos, las conductas sexuales han cambiado mucho desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Lo que podía ser una conducta anómala y reprochable en aquellas fechas, hoy es un hábito permitido. Como ejemplo de esto basta la simple mención de la gran cantidad de parejas que viven juntas sin haber contraído matrimonio, o la aceptación, aunque no sin dificultades, de la homosexualidad. Estos cambios en las costumbres sexuales, que son debidos en gran parte a la difusión del psicoanálisis, muestran con claridad que no son las distintas figuras y significaciones que la sexualidad adquiere para el ser humano lo que Freud va mostrarnos como reprimido.

Los cambios en los hábitos sexuales en las sociedades desarrolladas, y como contrapartida la emergencia de costumbres sexuales sumamente tradicionales -como pueden ser las maneras de vivir la sexualidad entre los talibanes-, muestran que lo más lábil de la pulsión es el objeto en que ésta se satisface. Frente a esta labilidad pulsional, cada civilización se las arregla a su manera, de la misma forma que cada persona, atravesada por el discurso social, también se las arregla a su manera.

La represión freudiana no es del orden de la represión policial, o la represión política o moral; la represión freudiana tiene que ver con ese desarreglo primigenio de la sexualidad humana que Freud encontró en los síntomas de sus pacientes.

Surgen en los comienzos del psicoanálisis diversos términos, que a veces se superponen e incluso se contradicen, para designar esta función: “defensa”, “represión”, “censura”.

“Las neuropsicosis de defensa” es un artículo freudiano donde puede leerse con claridad cómo el yo se defiende del empuje sexual, e incluso cómo la modalidad de la defensa va a determinar las distintas patologías: histeria, neurosis obsesiva y paranoia. Después, el término defensa, muy usado en el comienzo de la obra freudiana, va siendo reemplazado por el de represión. Este último tiene un estatuto contradictorio, porque si bien es cierto que por un lado aparece como un mecanismo de defensa entre otros, por otro lado aparece como el mecanismo que divide el aparato psíquico. De aquí la doble dimensión que marcan los conceptos de represión primaria y represión secundaria.

Por otra parte, aunque poco usado, pero formulado de manera contundente, surge también el término “censura”. Y no debemos olvidar que esta palabra, que se refiere a la censura onírica y que aparece usada con toda exactitud en “La interpretación de los sueños”, es determinante para la concepción del inconsciente tal como lo entiende Freud.

LA CENSURA.

Es en la correspondencia con su amigo Fliess, un médico berlinés, donde Freud, al comienzo de su obra, elabora no sólo su aventura personal sino también muchos de los conceptos que hoy están sólidamente implantados en el psicoanálisis.

En una carta fechada el 22 de noviembre de 1897, Freud se detiene sobre el término censura como una forma de explicar el carácter aparentemente absurdo de algunos delirios: “¿Has tenido alguna vez la ocasión de ver un periódico extranjero censurado por los rusos al atravesar la frontera?. Se han tachado palabras, frases y párrafos enteros de tal forma que lo que queda resulta ininteligible”. Esta palabra cumple, posteriormente, en “La interpretación de los sueños” una función importante. Utilizada para explicar la deformación onírica, se instala en el centro de la teoría produciendo una separación radical entre los sistemas consciente-preconsciente e inconsciente.

Podemos definir de esta manera al inconsciente como lo censurado, pero con la particularidad esbozada por Freud en la carta citada: es una censura que tacha una palabra, una frase, pero la palabra tachada permanece, no se evapora en los meandros de la nada, queda en su materialidad produciendo efectos, aunque ya nunca podremos saber cuál era aquella palabra.

La censura aparece de esta manera como un punto de origen, pero este punto originario no puede ser situado en cualquier parte. Este punto tiene una ubicación precisa, y, para decirlo como lo escribe Freud en la carta citada, ese punto está en la frontera, en el linde: cuando un periódico extranjero tiene que atravesar la frontera rusa, cuando una palabra tiene que pasar una frontera... y sólo puede pasarla como censurada.

Sigamos por un momento más en esa frontera. La palabra es posible de un lado, del lado en el que no hay censura, donde está articulada en un texto que puede ser leído sin causar ningún problema ni conflicto, pero al momento siguiente esa palabra debe ser censurada porque no es tolerable por el deseo que porta, por el deseo que esa

palabra lleva consigo. De esta manera es posible afirmar que el deseo es el soporte de la escisión del sujeto.

Este efecto de una palabra tachada, borrada, es la palabra perdida para siempre: el pecado original de cada individuo de la especie humana. Y es este fallo estructural el que funda el sujeto del psicoanálisis, el sujeto de lo inconsciente, lo inconsciente propiamente dicho.

ACTUALIDAD DE LO INCONSCIENTE.

En 1953, Jacques Lacan escribe “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. En ese escrito puede leerse una actualización del concepto de inconsciente en función de la palabra y sobre la estructura del lenguaje.

Esta actualización se realiza sobre el discurso concreto de cada analizante, y específicamente sobre lo que falta en el decir y que produce discontinuidades en el discurso consciente de cada cual. Como puede escucharse vuelve, en esta actualización, la primera teorización freudiana que nos hablaba de los efectos de lo inconsciente como una falta en la ilación de cada cual. Esto se verifica en la cura: cuando aparece un efecto de inconsciente se produce una nueva ilación que rehistoriza al sujeto y lo pone enfrente de una nueva verdad, o de una verdad que estaba reprimida.

La precisión del texto lacaniano nos invita a una cita: “El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado”.

Una vez más conviene recordar que la censura, como la describe Freud, hace referencia a la censura rusa: una palabra tachada y que sin embargo permanece produciendo efectos. Esa palabra está escrita, por eso puede volver a encontrarse en el curso de un análisis. Y si seguimos a J. Lacan en el texto citado⁽¹⁾, está escrita:

“- en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir el núcleo histérico de la neurosis donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede sin pérdida grave ser destruida;

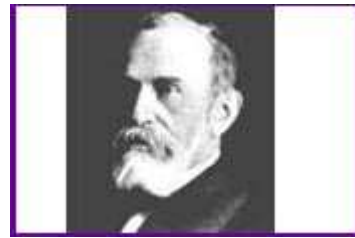
- en los documentos de archivos también: y son los recuerdos de mi infancia, impenetrables tanto como ellos, cuando no conozco su proveniencia;

- en la evolución semántica: y esto responde al 'stock' y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como al estilo de mi vida y a mi carácter;
- en la tradición también, y aun en las leyendas que bajo una forma heroificada vehicular mi historia;
- en los rastros, finalmente, que conservan inevitablemente sus⁽²⁾ distorsiones, necesitadas para la conexión del capítulo adulterado con los capítulos que lo enmarcan, y cuyo sentido restablecerá mi exégesis."

Notas:

- 1) Lacan, Jacques: "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", en "Escritos 1", pág. 249. Ed. Siglo XXI, México, 1984.
 - 2) Véase Pasternac, Marcelo: "1236 errores, erratas, omisiones y discrepancias en los 'Escritos' de Lacan en español", págs. 133 y 134. Ed. Oficio Analítico, Buenos Aires, 2000.
-

**Eugen Bleuler, psiquiatra
de cuya obra tomó Freud
algunos términos como
el de “ambivalencia”.**



AMOR Y ODIOS DESDE EL PSICOANÁLISIS

INTRODUCCIÓN.

Que no hay amor sin odio lo intuye mucha gente, pero nadie lo quiere creer. Nadie lo quiere creer porque se prefiere mantener la ilusión de ocupar el lugar del amado, quieren ser amados por el Otro, quieren ser el único o la única para su otro u otra. No todos, también hay que escribirlo, hay algunos que prefieren ocupar el lugar del ser odiados, de los odiosos para el otro.

Misterios del alma humana que pasa por combinatorias y proporciones muy diversas entre los dos polos nombrados, casi siempre sin que los sujetos tengan la menor idea de su propio padecer. Un motivo entre otros para sostener tamaña ignorancia es la repulsa que sienten las buenas conciencias para interiorizar estos aspectos.

Es así como lo ignora aquella madre que solo cree amar a su protegido sin darse cuenta de que en ese amor asfixiante ya hay átomos de odio que pueden estallar en el momento en el que el muchacho decida romper ese vínculo. Situación que puede quedar fijada en esa figura patética que es la del hombre sometido a la demanda contrapuesta de la madre por un lado y de la esposa por otro. También lo ignora aquel padre que de tanto cuidar a su hija, prohibiéndole salir con el chico de sus amores, la transforma en una mujer huraña y solitaria llena de odio hacia el resto de la humanidad. Puede agregarse a esta serie infinita el caso de un joven cuyo síntoma era la duda permanente sobre si era amado o no. Esta situación típica de la neurosis obsesiva se produce en el común de los mortales en forma más atenuada, mostrando que el temor a perder al ser querido desmiente la idea general de que el amor hace la felicidad.

Que no hay amor sin odio lo demuestran claramente los ejemplos expuestos que han sido tomados de la clínica, del quehacer cotidiano, y que marcan las relaciones de pareja hasta extremos insospechados. No es raro encontrar a un matrimonio entrado

en años que comenzó su andadura con amor apasionado y que, al cabo de un tiempo, a veces prolongado, está unido por un odio intenso y profundo, un rencor soterrado que impide una separación digna con argumentos distintos. Un ejemplo diferente de esta ignorancia profunda la dan los vecinos del lado cuando, en forma repetida, ella le monta a su chico algunos escándalos porque, queriendo ser la única, no quiere que él se vaya de pesca este fin de semana con sus amigos.

Puede leerse que el amor no da la felicidad aunque, qué duda cabe, de esta manera lo piensa la mayoría; de esa creencia tantos desengaños, porque el amor tiende a la apropiación del amado. Tendencia siempre fallida porque está siempre el peligro de ser abandonado. Más aún, no son extraños los casos en los cuales alguien es abandonado y, en ese mismo momento, todo el amor que sentía se transforma en un odio profundo que puede llegar al maltrato físico, a una violencia extrema, incluso al homicidio.

Que el amor no va sin odio lo muestran los ejemplos de la psicología individual, que se multiplican por multitudes cuando se trata de la psicología colectiva. En esta perspectiva, una primera lectura invita a pensar que el amor une y el odio dispersa. Ahora bien, esta afirmación sólo puede sostenerse como una verdad a medias -lo cual no es poco, ya que sin amor no existirían agrupaciones humanas- porque, como el amor no va sin odio, las dispersiones también se producen por su causa.

Es más, las cosas no son tan simples porque los polos giran de manera asimétrica, y así es bien conocido en el juego político el papel fundamental que cumple el “enemigo exterior”. Alimentando el odio hacia lo diferente, hacia lo extranjero se consigue una sólida unión entre los miembros de un colectivo en base a simpatías mutuas, una de las derivas del amor. Esta lógica imparable es una herramienta que sirve para entender la xenofobia, el nacionalismo y muchas cosas más que hacen a las comunidades humanas, entre las cuales puede situarse incluso la guerra.

A la inversa de lo anterior, también puede colocarse el amor como causa, y en ese girar aparece con clara nitidez cómo el amor a Dios deviene odio que fomenta guerras santas donde la autoinmolación está a la orden del día⁽¹⁾. Este giro del amor al odio viene a mostrar el aspecto mortífero y mortificante del amor, como se puso de relieve en la guerra de la antigua Yugoslavia.

De lo individual a lo colectivo, el amor y el odio han estado y están presentes en casi todas las actividades humanas. No es de extrañar entonces encontrar una abundante

literatura sobre estos aspectos del quehacer humano, escritos que abarcan casi toda la historia y los más diversos géneros mostrando opiniones, posturas, conceptualizaciones contradictorias entre diversos autores dependiendo del punto de partida de cada cual, filósofos, psicólogos, poetas, novelistas, pero también biólogos, médicos, físicos, y así de seguir... Por este motivo ningún tratado sobre el amor, incluido “El Banquete” de Platón, da cuenta del todo del amor y su opuesto asimétrico el odio.

Este punto de partida es importante para señalar que nuestro pequeño aporte es una lectura singular del amor y del odio desde el psicoanálisis e introduce una nueva manera de pensar sobre estos temas.

AMOR Y ODIO DESDE EL PSICOANÁLISIS.

Que el amor no va sin odio ni el odio sin amor es algo que se intuye por la mayoría de la gente, pero que los psicoanalistas escuchan todos los días en su consulta, hasta tal punto que Lacan⁽²⁾ inventó para ello un neologismo: la “odioamoración”. Esta coexistencia del odio y el amor no había pasado desapercibida tampoco para Freud, quien introdujo la cuestión con el término de “ambivalencia”.

No podía ser de otra manera puesto que el psicoanálisis instituye un lugar privilegiado para esta escucha, y no porque los psicoanalistas sean desprejuiciados, o que tengan mayor agudeza que el resto de los mortales, es debido a la transferencia. Dicho de otra manera: una cura psicoanalítica está determinada por la duplicidad transferencial, es decir, lo que habitualmente pasa cuando se reactualiza un amor o un odio infantil sobre la figura del analista. Esta determinación de la cura coloca a los analistas en una situación inmejorable para escuchar lo que Freud llamó ambivalencia y que, con el paso del tiempo, tiende a borrarse como efecto novedoso.

Difícil sabiduría la freudiana que toma las palabras para designar sus observaciones clínicas allí donde las encuentra. Es así como el término “ambivalencia” fue usado por primera vez por Eugen Bleuler en su libro “Demencia Precoz. El grupo de las esquizofrenias”⁽³⁾, publicado en 1908, para designar uno de los síntomas fundamentales de ese cuadro clínico: “La tendencia de la psique esquizofrénica a otorgar a los psiquismos más diversos un índice positivo y otro negativo al mismo tiempo no siempre es muy explícito”, y más abajo afirma: “El mismo concepto puede estar acompañado simultáneamente por sentimientos agradables y desagradables (ambivalencia afectiva): el esposo ama y odia a su mujer”⁽⁴⁾. Esta última acepción es la

que irá adquiriendo más peso en la obra de E. Bleuler y la que orientará a Freud. La ambivalencia implica una lógica donde coexisten dos tendencias opuestas que pueden sintetizarse por la simultaneidad en la psiquis de cualquiera del sí y del no.

Que no hay amor sin odio lo escuchó con claridad Freud porque pudo establecer previamente el concepto de transferencia, donde este par de opuestos asimétricos aparece al descubierto; y no sólo en el caso de la esquizofrenia, sino también en el caso de las neurosis, desde donde puede afirmarse que es una de las características de la condición humana.

En sus primeros años de psicoanalista, Freud escucha esta ambivalencia sin llegar a formalizarla. Están sus huellas en “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”, y toman forma explícita en “Análisis de un caso de neurosis obsesiva”, donde puede leerse: “Una batalla se libraba en el interior de nuestro enamorado entre el amor y el odio dirigidos hacia una misma persona”⁽⁵⁾.

Las huellas y su forma explícita cristalizan en su artículo de 1912 “La dinámica de la transferencia”, cuando aparece la palabra “ambivalencia” para explicar la transferencia negativa por el camino de la resistencia. Es la puerta que se abre para pensar la condición humana de otra manera. Donde la bondad muchas veces no es nada más que la máscara que sostiene la maldad, y donde la inversa también es verdadera aunque más rara. Esta vía hace posible pensar el altruismo de otra forma, simplemente como una formación reactiva que hace posible cierto equilibrio en la vida de aquel hombre con apariencia de bondadoso.

Sin percibir con nitidez cómo se va produciendo el cambio puede leerse, a medida que la teoría psicoanalítica progresa, que la ambivalencia va cobrando cada vez más importancia y, a partir de los años veinte, con la introducción de la pulsión de muerte, es colocada como uno de los pilares donde se asienta el síntoma.

Desde este punto de vista, el síntoma aparece como una formación de compromiso para resolver el conflicto producido por la ambivalencia y, retomando el camino señalado por las huellas dejadas en sus casos clínicos, coloca a la fobia como un desplazamiento del odio hacia un objeto sustitutivo. La neurosis obsesiva queda enmarcada por la formación reactiva, que es en rigor la represión del odio y su conversión en su opuesto. En este punto aparece la buena conciencia bajo el rostro de una persona bondadosa hasta extremos inconcebibles, pero cuyo odio soterrado estalla en su vida de relación de distintas maneras. Como aquel hombre pío, de misa

de once, del barrio elegante de una ciudad cualquiera, que maltrataba a sus empleadas de mala manera con una conducta socialmente correcta.

Esta progresión de la ambivalencia en la obra freudiana no es sin problemas, porque la reversión del amor y el odio, y viceversa, está expuesta con precisión en “Las pulsiones y sus destinos”, texto de 1915. Allí puede leerse la oposición amor - odio con total nitidez, así como sus relaciones con la pulsión.

PULSIONES, ODIOS, AMORES.

En la sabana africana no hay leones anoréxicos, ni tigres bulímicos, ni elefantes gays, los ciclos de apareamiento son inmutables, la misma escena se repite formando una cadencia regular donde las migraciones son una forma de repetir la especie. Estamos en el reino del instinto que tiende con una fijeza milenaria a la reproducción de cada especie. Los animales están gobernados por esa presión instintual que los hace nacer, vivir y morir de acuerdo a unas pautas predeterminadas.

No pasa lo mismo en la especie humana, donde podemos encontrar a un hombre de mediana edad cuyo goce sexual pasa por una braga sucia, o una mujer joven locamente prendada de otra mujer, y así de seguir, lo que viene a mostrar que no estamos en el reino del instinto sino en el campo de la pulsión. Ésta es la posición freudiana y no el menor de sus descubrimientos.

En el mundo animal, el instinto está totalmente fijado al objeto que hace las veces de un desencadenamiento para el apareamiento; en la especie humana, la labilidad del objeto hace posible una sexualidad diferente donde lo variable de esto último formula un comportamiento singular. Esta diferencia entre el instinto y la pulsión hace posible entender el amor y el odio, en sus relaciones con la sexualidad, en algunos momentos íntimamente enlazados, en otros extrañamente separados -como lo vienen a mostrar la clínica de ciertas pasiones amorosas (aquí conviene recordar “El imperio de los sentidos”) o la clínica de la neurosis obsesiva, donde la imposibilidad de realizar el acto sexual con la persona que se ama se complementa con la posibilidad de la sexualidad sobre un objeto degradado.

Precisar un objeto de estudio, llevarlo a su plenitud, darle el ordenamiento necesario, son cualidades de los trabajos freudianos que resuelven un problema de forma simple sin ocultar la trama confusa que llevó a la solución, dejando abiertos los interrogantes que no pudieron ser cerrados. Ésta es una forma de leer “Las pulsiones y sus

destinos"⁽⁶⁾, texto de 1915 donde está cernida toda la problemática de las pulsiones en su relación con el odio y el amor.

La resolución es simple: no duda en afirmar la estrecha relación del amor y el odio por un lado y la pulsión por otro, pero al mismo tiempo separa, diferencia dos órdenes distintos. Lo afirma con todas las letras: el amor y el odio no son pulsiones ni pertenecen a su registro. Las pulsiones pertenecen al orden sexual, el amor y el odio pertenecen al campo del narcisismo, al campo del yo.

Lo simple de la resolución cabalga sobre las dificultades argumentales que comienzan en la gramática: el amor tiene tres antítesis y no una sola como la pulsión. El amor tiene como antónimo al odio, a lo que hay que agregar la antítesis amar-ser amado, y, por último, agrupándolos en un mismo polo, el amor y el odio se oponen a la indiferencia. Estas tres antítesis complican la argumentación que puede ser leída en el escrito citado. Sólo conviene enumerar sus coordenadas, o sea, la triple polaridad que encierra la vida anímica: a) sujeto (yo) - objeto (mundo exterior); b) placer - displacer; c) activo - pasivo.

Argumentando con este instrumental, Freud muestra la asimetría del amor y el odio. El primero está en relación con lo que es placentero, para lo cual expulsa y se conforma expulsando a lo displacentero. Este exterior que produce displacer es odiado, y cuando este exterior se encarna en otros el odio lleva inevitablemente a la tentación de destruir, de suprimir a ese otro: el odio apunta a destruir el ser del otro.

Esta forma de entender el origen del amor y el odio, deja atrás la antigua polémica entre quienes hablan de herencia y quienes hablan de factores culturales para situar estos dos sentimientos. Es posible afirmar que tanto el amor como el odio son estructurales a la formación del yo y, por consiguiente, inevitables en la especie humana.

Esta puerta abierta por Freud no puede dejar indiferentes a aquellos profesionales encargados de la salud, puesto que no ver esta combinación de amor y odio en la especie humana sólo contribuye a fomentar la presencia del odio, con todas las consecuencias que esto trae aparejado. Las posturas humanistas, ésas que niegan la ambivalencia humana y que atribuyen el odio a causas circunstanciales, ese humanismo que habla de que el hombre y la mujer son seres de pura bondad corrompidos por la sociedad, al engañarse engañan, y en ese engaño hacen más difícil la convivencia comunitaria promoviendo la negación de lo que está en cada cual.

Estos humanistas de nuevo cuño no pueden tolerar su propio odio, no pueden reconocer sus formas de odiar, con lo cual contribuyen al desconocimiento.

Una parte importante de las teorías psicológicas actuales está impregnada de esta ideología que, llevada al campo terapéutico, contribuye a fomentar la patología de quien consulta.

EL AMOR Y EL ODIO NO SON SIMÉTRICOS.

En el amor, una persona encuentra con precisión otro ser como objeto de amor, donde la voluptuosidad, la compañía, el misterio del encuentro está dado por los rasgos coincidentes. Esto es posible verlo en esas parejas de adolescentes enamorados donde la similitud, incluso física, causa sorpresa.

Sin olvidar que el amor es ciego, ceguera determinada por el ideal al cual se ama encarnado en una persona corriente. Una muestra de esta situación es la de aquel enamorado desenamorado que se pregunta al cabo de un tiempo de separación: “¿cómo es posible que yo estuviera enamorado de esa persona?”.

La situación del odio es diametralmente opuesta pero no es simétrica, amor y odio no han surgido de la bipartición de un todo original, tienen diverso origen y pasan por un desarrollo diferente antes de colocarse como opuestos bajo el dominio del placer - displacer.

El amor, la palabra amor, de una u otra manera está asociada al sexo. El Eros griego ya lo muestra con estas acepciones. Se pueden discutir sus relaciones, se puede poner en claro que la erotología o la sexología tienen relaciones complicadas con el amor, pero esa relación está presente. No ocurre lo mismo con el odio.

El odio no está relacionado de entrada con la sexualidad, está íntimamente ligado en sus orígenes con lo que molesta, con lo que produce malestar, con lo que resulta displacentero. Freud lo escribe de esta manera: “El yo odia, aborrece y persigue, con propósitos destructores, a todos los objetos que llega a suponer una fuente de sensaciones de displacer porque constituyen una privación para su satisfacción sexual o para sus necesidades de conservación. Puede incluso afirmarse que el verdadero prototipo de la relación de odio no procede de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su confirmación y afirmación”⁽⁷⁾.

Este origen del odio en las necesidades vitales, que lo diferencia del amor ligado a las pulsiones sexuales, es argumento suficiente, en el decir de Freud, para situarlo en una anterioridad lógica al amor.

En la estructuración de la persona humana el odio aparece antes que el amor, lo cual no deja de ser una verdadera sorpresa que invita a reflexiones importantes, reflexiones que no pueden quedarse en una mera llamada a las buenas conciencias, ya que si el odio es anterior al amor pueden encontrarse situaciones clínicas donde aparezca esto con alguna aproximación.

Por ejemplo, en aquel niño de nueve años, rebelde hasta extremos agresivos con sus maestros y sus compañeros, de mal talante e insulto rápido, pésimo alumno, que prefiere dedicarse a atormentar cuanto bicho viviente cae en sus manos porque, siendo de padre ausente en lo real, es criado por una madre que no lo deseaba, una madre que sólo muestra odio hacia su hijo y de la cual aprende que la única posición posible en el mundo es el odiar hasta extremos intratables. Así, lo primero que hizo cuando entró en mi consulta fue romperme una lámpara como al descuido y, cuando le exigí una reparación por aquel destrozo, su respuesta fue la risa y el cobijo en su falta de responsabilidad por ser un niño.

Avatares de la transferencia que ponen en dificultad algunas curas analíticas y donde la pregunta que sale es: ¿cómo orientar la dirección de la cura para que ese odio contenido pueda expresarse sin pasajes al acto?. Pregunta que a su vez remite a otra, pues plantear el pasaje al acto determinado por el odio no es tarea fácil, y esa otra pregunta podría sintetizarse en: ¿es el odio elaborable?. Sin pretender agotar con ello la respuesta, es posible afirmar que una forma de elaboración es saber sobre el odio que cualquier sujeto porta en sus entrañas, saber sin el cual no hay posibilidades de ningún tipo. Imaginemos un psicoterapeuta o un psicoanalista que no ha articulado este saber en su terapia previa -imaginación que se asienta sobre muchos que reciben consultas a diario-, en lugar de ayudar a elaborar esta situación colabora con la represión trayendo, en el mejor de los casos, una mejoría sintomática dada por la sugestión, lo cual siempre se acompañará de un aumento del odio en la vida del paciente con las consecuencias que es mejor no imaginar.

Estos avatares entre el odio y el amor, estas circunstancias formadoras del amor y el odio, hacen a su asimetría, ya que este último nace desexualizado y sólo se sexualiza cuando las pulsiones de autoconservación entran al servicio de las pulsiones sexuales.

Éste es uno de los motivos que explica que no haya amor sin odio en el mundo de las relaciones humanas.

AMOR Y ODIO EN SUS RELACIONES CON EROS Y TÁNATOS.

Las extrañas paradojas que trazan en el mundo humano el amor y el odio producen sus efectos en lo más cotidiano, impregnando toda la vida y la muerte de la gente.

Vida y muerte, eros y tánatos, son nociones muy amplias que han sido teorizadas de distintas maneras; en el caso del psicoanálisis esta dualidad humana está colocada en el rango de la pulsión.

Un esquema puede ayudar a desarrollar este aspecto: Cuando Freud teoriza por primera vez las pulsiones las clasifica en el binario pulsiones sexuales - pulsiones del yo, y estas últimas se corresponden con las pulsiones de autoconservación. Pero en 1920, cuando escribe "Más allá del principio del placer", agrega a la oposición anterior la oposición pulsión de vida - pulsión de muerte, lo cual le permite colocar de un lado los fenómenos que hacen a la vida, como el amor, y del otro lado, del lado de la pulsión de muerte, lo que podemos llamar los fenómenos negativos, como la agresividad, lo que separa, y el odio.

A este respecto hay que tener en cuenta lo ya escrito anteriormente: que las relaciones entre las pulsiones, por una parte, y el amor y el odio por otra, no son directas. Ni el amor ni el odio son pulsionales, sino que son derivas de la pulsión y quedan en el lugar del yo.

¿QUÉ YO PARA EL AMOR Y EL ODIO?.

Es habitual, ya sea en el saber cotidiano o ya sea en el saber científico, considerar al yo como una unidad que sería el centro de la persona. Este pronombre personal de primera persona estaría al servicio de la continuidad de la conciencia que, más allá de los cambios que experimenta un sujeto a lo largo de la vida, daría la sensación de ser uno mismo, daría el sentimiento de identidad.

Esta concepción del yo se plasma en casi todas las corrientes psicológicas y filosóficas contemporáneas, pero si no es el yo, otros conceptos vienen a suplantar esta idea: personalidad, self, yo mismo, identidad, ser,... son todas elaboraciones que van en el mismo sentido que lo expuesto para el yo, que en definitiva quiere decir la supremacía del yo como control y centro organizador de la conducta humana.

Por el contrario, el psicoanálisis constata con claridad que el yo está dividido, escindido, y que esa sensación de unidad teorizada por las otras corrientes psicológicas es simplemente la recreación de una falsa teoría determinada por el narcisismo. Cada cual, con su yo a cuestas, se empeña en una lucha despiadada por ser el único para el Otro, oropeles narcisistas que van desde la moda hasta la piscina, desde el vestir como puede verse por la calle o en las revistas, hasta las piscinas donde los cuerpos expuestos al sol del verano exhiben su arrogancia narcisista en el intento, siempre renovado, de capturar la visión del otro, de ser mirado; ¿o no es así tal y como se manifiesta en las fobias que muestran al desnudo el pudor sintomático de exponerse en bañador?. Y no se crean que esto es demasiado raro, más bien al contrario, lo frecuente es que a la llegada de la primavera estas fobias se intensifiquen, produciendo una alta cuota de sufrimiento en quienes las padecen.

El yo, desde una perspectiva psicoanalítica, no es un yo unitario sino un yo escindido en sus procesos de defensa. Más aún, es estructuralmente un yo partido que consolida su unidad en forma imaginaria, de manera narcisista, con lo cual se transforma en una instancia de desconocimiento.

La gente, las tertulias, las revistas científicas colocan al yo en la sede del conocimiento, pero justamente por ser narcisista, el yo es una alienación a la ignorancia, un lugar de no saber, un lugar escindido donde el único conocimiento es un conocimiento paranoico.

El yo imaginario, el yo narcisista, el yo como cuerpo libidinizado, sede y fuente del amor y del odio, marca la relación de esos polos opuestos asimétricos y determina cómo es su relación con los objetos odiados y amados.

No es casualidad que una de las primeras veces que Freud introduce el término de narcisismo lo haga en referencia a una elección de objeto homosexual, ya que éstos “se toman a sí mismos como objeto sexual, parten del narcisismo y buscan jóvenes que se les parezcan para poder amarlos como su madre los amó a ellos”⁽⁸⁾.

Idas y vueltas, avances y retrocesos en las teorizaciones freudianas que, a pesar de todo, siempre mantienen un progreso sobre determinados conceptos, tal y como se corrobora en la práctica. Es así como en el caso Schreber⁽⁹⁾ el amor aparece como unificante de la imagen corporal, lo cual no carece de importancia puesto que, de esta manera, podemos sostener que el amor tiene una función determinante para evitar la

patología: El amor unifica al cuerpo al tomar a este último como objeto de amor, lo que hace posible la unidad pulsional.

Como es habitual, esto no es una superestructura teórica sino que hunde sus raíces en la clínica. De esta manera podemos ver cómo una conversión histérica, cualquiera que sea, implica una primera libidinización corporal. Es decir, un cuerpo unificado que se desarticula en sus partes dejando una “astasia-abasia” que no sigue los trayectos neurológicos.

Como no hay amor sin odio, también es posible entender los efectos del odio sobre el cuerpo; lo cual se puede escuchar con meridiana claridad en la anorexia nerviosa cuando percibimos no sólo que en esta enfermedad hay una alteración de la percepción del esquema corporal, sino que dicha alteración es fomentada por el odio más intenso hacia el cuerpo, un cuerpo que las pacientes consideran deforme y ante el que, como es sabido, ningún llamado a la realidad produce efecto. Éste es el campo que la psiquiatría llama las “dismorfofobias”, cuerpos prometidos al quirófano con los riesgos implícitos que de vez en cuando se denuncian en TV porque alguna que otra joven ha entrado en coma al ser operada en una clínica estética. Vana búsqueda de extirpar el odio que se siente hacia un cuerpo supuestamente mal visto y que impide cualquier relación con el otro sexo.

Este amor y este odio que unifican las coordenadas corporales tienen su contraprueba en la psicosis, donde la falta de esta unificación amorosa determina gran parte de la patología, especialmente de la esquizofrénica. Así, nos encontramos en estos enfermos cuerpos despedazados, cuerpos cuyos órganos han desaparecido en la virtualidad de un tiempo ido, como en el “Síndrome de Cotard”, cuerpos gigantes que se extienden por varios barrios ciudadanos y ante los que el llamado a la realidad de “¿cómo su cuerpo puede extenderse de aquí al Bernabéu si están las calles llenas de coches?”, no surge otra respuesta que una sonrisa de superioridad.

Es que, al no estar estos cuerpos ordenados por el amor, es decir, al no estar ordenados desde la castración, el orden simbólico no puede alcanzar en estos sujetos su pleno desarrollo, lo cual les conduce a una certeza delirante sobre su cuerpo y, por ende, sobre su yo.

Es que, en la psicosis -ya sea esquizofrénica, paranoica, melancólica o maníaca-, el amor aparece como congelado al no separarse el yo imaginario del yo real.

Es que, por decirlo de otra manera, la confusión entre lo imaginario y lo real del cuerpo introduce una dimensión delirante sobre el esquema corporal.

Y es que, por todo ello, se puede entender la diferencia entre la cura en una neurosis y la cura en una psicosis por la distinta cualidad de la transferencia.

LA TRANSFERENCIA: ENTRE EL AMOR Y EL ODIO.

Que no hay amor sin odio lo sabe todo el mundo, y se supone que los analistas tendrían que saberlo aunque no siempre es así. Los analistas tendrían que saberlo siguiendo el hilo de la clínica freudiana, donde el amor y el odio en la transferencia son las cosas más habituales que pueden pasar en una cura.

Es de la mano de la repetición que Freud descubre la transferencia, es decir, que una representación inconsciente que se repite una y otra vez en el curso de un psicoanálisis se debe a que el analizante, por una falsa conexión, transfiere sobre la figura del analista sus viejos amores y odios infantiles. De esta manera, el amor de transferencia y el odio en la transferencia no son reproducciones falsas, sino que son verdaderos sentimientos que entran a jugar en la dirección de la cura.

Pero esta transferencia no es patrimonio de la situación psicoanalítica, también se establece en la llamada relación médico-paciente.

Un síntoma cualquiera, ya sea éste médico o psicoanalítico, produce en la persona sufriende un estado de desamparo que intenta remediar con una consulta a quien supone un saber curar lo que el síntoma introdujo en su vida. Ante esta demanda, lo que importa es la respuesta que se da.

Al síntoma médico le corresponde una respuesta desde la medicina, desde el saber médico. A la demanda de curación, el psicoanálisis contesta desde el no saber.

Este no saber no es un no saber teórico, es un no saber sobre la persona que consulta. Sólo el despliegue de la palabra es lo que hará posible que el saber sobre el síntoma se vaya articulando para quien consultó.

Es lo que Freud percibió rápidamente cuando planteó que la transferencia positiva, es decir, aquella que hace posible el trabajo elaborativo, es la transferencia del amor sublimado, agrupando por el contrario en el polo de la transferencia negativa el odio y el amor no sublimado.

A veces, aunque no siempre, la aparición de un síntoma cualquiera en la vida de una persona, o la irrupción de la angustia, le producen un estado de desamparo infantil, un estado que le recuerda a otros momentos vividos cuando ese desamparo era mitigado por el amor y la protección de sus padres. No sin ambivalencia, por supuesto, porque esa dependencia del amor a los otros, esa necesidad de protección frente al desamparo humano suele acarrear un odio importante que se refleja en la vida de los niños de mil formas distintas. Pero, aún así, el síntoma, la aparición de la angustia, al producir ese desamparo incitan a una demanda de amor por parte de quien está en el lugar terapéutico. El paciente, cuando consulta, supone que el otro sabe. Es lo que en psicoanálisis se conoce con el término de “Sujeto supuesto Saber”, y mientras se mantenga este supuesto la cura es posible.

La cura analítica muestra que el amor no va sin odio ya que el paciente demanda, más allá de la curación, ser amado, y esto lleva inevitablemente a que el amor produce un supuesto saber. Por el contrario, en otros momentos de la cura, cuando el amor vira al odio, éste produce una “desuposición de saber”.

Es que no hay amor sin odio... ni odio sin amor.

Bibliografía:

- 1) Roldán, Arturo: “El sacrificio del suicida homicida”.
 - 2) Lacan, Jacques: “El Seminario 20: Aun”. Ed. Paidós.
 - 3 y 4) Bleuler, Eugen: “Demencia Precoz”. Ed. Hormé.
 - 5, 6, 7, 8 y 9) Freud, Sigmund: “Obras completas”. Ed. Biblioteca Nueva.
-

**Freud en 1931, un año
después de la publicación de
“El malestar en la cultura”,
su ensayo más leído.**



AMOR E IDENTIFICACIÓN

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA EN ENERO DE 2002

Hoy comenzamos el tercer ciclo sobre los Conceptos Psicoanalíticos organizado por el Aula de Cultura de la Facultad de Pedagogía, Psicología y Filosofía. Corresponde, en primer lugar, agradecer a los organizadores el brindarnos la posibilidad de dar estas clases.

En segundo lugar, conviene aclarar que dentro de los conceptos psicoanalíticos están el amor y una de sus consecuencias básicas: la identificación. La identificación es para el psicoanálisis un concepto fundamental que borra la frontera entre la psicología individual y la psicología colectiva, borrarla por otra parte difícil de entender para aquellas corrientes que postulan una sólida unidad del yo frente al medio, es decir, aquellas corrientes que van desde las que defienden la concepción de una “personalidad fuerte” hasta las que hablan de “consolidar la identidad”, sin comprender que la identidad es una noción imaginaria constituida por identificaciones.

Para entender esto último, podemos exponer que no existen una identidad masculina y otra femenina, que el ser del hombre y el ser de la mujer son productos de identificaciones a los ideales del momento social, ideales que dibujan un estereotipo de lo que debe ser un varón o de lo que debe ser una mujer incluso mucho más allá de los atributos sexuales anatómicos. Así esta noche, en el Ateneo de Sevilla, expondré el caso de un travestí que cuestiona los rasgos identificatorios de su ser sexuado.

Un ejemplo más de la situación descrita lo tenemos en esos hombres que se pasean en las piscinas mostrando su complexión muscular, de tal modo que, a pesar de sus

atributos masculinos, se exhiben como mujeres. Y otros ejemplos, finalmente, de que la identidad es un abigarrado nudo de identificaciones, los podemos observar recurriendo a Freud y a sus molestas -por subversivas- afirmaciones, que no se detienen ante las convenciones sociales ni frente a sus instituciones, en las que nos señala que aquellos hombres que sienten dudas sobre su sexo se suelen inclinar hacia las instituciones militares, donde el uniforme les garantiza su identidad varonil. Curiosamente, esto lo vemos confirmado hoy en día por la frecuencia con que las revistas de homosexuales utilizan en sus portadas a modelos enfundados en uniformes militares como reclamo para sus ventas.

Por otro lado, la institución religiosa, siempre tan apegada a la estructura humana, conserva el celibato para sus miembros, los cuales acostumbran a ser personas de buenas volutas, como se dice, pero que tienen una relación de indiferencia con el sexo. Por supuesto también hay excepciones, pero que sólo confirman la regla.

Por todo lo anterior, y por otras razones que iremos dando en el transcurso de esta charla, podemos seguir afirmando que los límites entre la psicología individual y la colectiva son difíciles de precisar. Por ejemplo, me sorprende la indiferencia colectiva hacia el último petrolero en peligro de hundirse en el Estrecho, nadie hace nada, no hay ni siquiera una página en Internet, y esa negación colectiva, que es del orden del “no quiero saber” -Gibraltar está muy cerca-, esa negación colectiva es independiente de la relación con la negación de cada uno de los sujetos tomados en el uno por uno. Todos y cada uno se identifican con el “no quiero saber” del otro.

Seguramente, si les preguntara a ustedes qué es la identificación, las respuestas serían múltiples y diversas; en parte porque la noción de identificación tiene un uso más extenso que el que le da el psicoanálisis y, al mismo tiempo, porque la vulgarización del psicoanálisis ha contribuido a la confusión.

Me parece adecuado, para cernir la cuestión, plantear una nota semántica sobre este tema. El sustantivo identificar puede ser tomado de dos maneras diferentes: En primer lugar, tiene un sentido transitivo que corresponde al verbo identificación. Así, por ejemplo, cualquiera ha visto en más de una película cuando se coloca a varios presos en un lugar iluminado y en otro a los testigos que tienen que reconocer, que tienen que “identificar”, al que ha cometido un determinado delito. Y, en segundo lugar, el sustantivo identificar puede ser tomado en su forma reflexiva, correspondiente al verbo “identificarse”, que a “grosso modo”, en su forma usual, implica que un individuo se

vuelve idéntico a otro. El hermano menor que se identifica al hermano mayor puede aclarar este uso semántico.

A pesar de que al comienzo de su obra Freud utiliza ambas acepciones, rápidamente se decanta por la segunda, que convierte en el concepto de identificación estrictamente psicoanalítico y, conducido desde la clínica, termina plasmando su concepción más acabada al respecto en “Psicología de las masas y análisis del yo”, concretamente en el capítulo VII cuyo título es “La identificación”.

No obstante, de la misma manera que los postulados ptoloméricos sostenían que la Tierra era el centro del universo, la psicología ha forjado distintas nociones para sostener la falsa creencia de que la especie humana es el centro del mundo, por lo que conceptos como el de identidad, personalidad, yo,... han llegado a constituir también en la actualidad grandes baluartes oscurantistas para sostener la creencia de que el hombre es el rey de la creación. Y no es cosa de dos corrientes teóricas enlazadas en una cuestión bizantina, la importancia de esta discusión estriba en sus repercusiones sobre la clínica y la dirección de la cura. De nuevo un ejemplo esclarecerá esta situación.

Pensemos por un momento en un paciente esquizofrénico cuyo diagnóstico no ofrece duda alguna. Desde el punto de vista del DSM-IV, se le clasificará como “trastorno de la personalidad de tipo esquizoide” y, por lo tanto, se tratará de curar ese “trastorno” partiendo de definir la personalidad normal como la de una persona adaptada. Si se le diagnostica como “trastorno de la identidad”, se tratará de integrar en el paciente una “identidad sólida”, lo que le provocará un aumento sintomático. Y otro tanto de lo mismo pasará si se le designa como “trastorno disociativo del yo”.

Sin embargo, sucederá todo lo contrario si entendemos la esquizofrenia como un fallo en la identificación primaria determinada por una disfunción simbólica.

Con esto he introducido dos términos nuevos: identificación primaria y disfunción simbólica. Y para que estos términos se esclarezcan hay que explicar el capítulo VII de “Psicología de las masas y análisis del yo”, cuyo comienzo no tiene desperdicio. Dice Freud: “La identificación es la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona”. Más aún, la identificación es un vínculo muy temprano a otra persona a quien el niño admira: el padre.

Este concepto de la identificación levantó ampollas en los medios analíticos puesto que lo obvio es pensar la primera identificación con la madre, como sostuvo Jung.

Pero Freud, dejándose llevar por sus análisis, mantiene contra viento y marea que esta primera identificación es al padre, a lo que agrega que corresponde a la fase oral de la organización de la libido “durante la cual el sujeto incorpora el objeto ansiado y estimado comiéndoselo y, al hacerlo así, lo destruye”. Freud, con esa frescura que todavía nos admira, propone como prueba al caníbal que come a los que ama. De pasada, hemos dado lugar al amor.

Es evidente que algo de eso hay, lo sabemos por la patología, por los psicópatas como aquel famoso caso del japonés que se descubrió que conservaba en el frigorífico el cuerpo troceado de su novia para ir devorándolo poco a poco, o como aquel otro que se nos muestra de forma excepcional en “El silencio de los corderos”. Pero también lo sabemos por la psicopatología de la vida cotidiana, por sucesos como el del avión que se estrelló en los Andes forzando a los que se salvaron de la tragedia a sobrevivir alimentándose de los cuerpos del comandante y una azafata, según se refleja en otra película titulada “Vivir”. Curiosamente, el destino posterior de todos ellos fue el misticismo. Y también lo sabemos, por último, porque en todas las misas, en la comunión, los fieles se comen el cuerpo de Dios en la Santa Eucaristía, y se lo comen porque le aman.

Freud aclara que en algunos casos se toma al padre como objeto sexual, con el cual el niño espera satisfacer sus pulsiones sexuales. Esta situación puede complicar las cosas, de modo que, para evitar la confusión, aclara que en la identificación el padre es lo que el niño quisiera ser, mientras que como objeto sexual el padre es lo que el niño quiere tener.

Retomemos con cierta calma lo que hasta aquí hemos avanzado. En la “identificación primaria” es al padre amado al que se quiere igualar, se quiere ser como él. Decir “enlace afectivo” es decir amor idealizado, que es dador de ser. El “ser” en el cachorro humano es un ser por identificación, es un ser dado por Otro, lo que implica una primera alienación fundante que imposibilita saber sobre el ser.

Freud, en el artículo citado, habla de dos formas más de identificación. La segunda que entra en la formación del síntoma viene ejemplificada por la identificación a un síntoma materno por parte de la hija, propuesta desde el complejo de Edipo. Así, la identificación a una tos pertinaz de la madre puede deberse al deseo hostil de sustituir a la madre, pero la culpa se expresa de la siguiente manera: “¿no querías ser tu madre?, pues ya lo has conseguido, al menos experimentas sus mismos sufrimientos”.

Esta modalidad identificatoria, cuyo ejemplo nos da Freud en la relación entre madre e hija, causa estragos en la hija. ¡Cuántas jóvenes en análisis perciben al cabo de un tiempo que son más parecidas a sus madres de lo que pensaban!. Es más, en muchos casos, es tras toda una vida puesta al servicio de no ser como su madre, por un camino de rebeldía, que se descubren más idénticas a ella de lo que jamás habrían imaginado. Así, una analizante cayó en la cuenta, después de siete años de análisis, que su vida aparentemente libre, sin responsabilidades familiares, sin ataduras con ningún hombre y que por lo tanto creía tan alejada del modelo materno tipo maruja, que ella, la analizante, se pasaba todo el día fregando su casa de la misma manera que lo hacía su madre. Lo curioso de esta modalidad de identificación es que se efectúa sobre una parte de la persona modelo, sobre un rasgo de la persona objeto. Por ejemplo, en la breve viñeta clínica que he relatado, el rasgo era “la mujer tipo maruja”. Freud nos dice que esta identificación al rasgo se da sobre la persona amada, pero también hay casos en que se establece una identificación de esta clase sobre una persona no amada.

El tercer tipo de identificación es la que se produce independientemente de toda relación libidinosa con la persona copiada. Freud, con esa facilidad que tenía para leer en lo cotidiano la confirmación de sus teorías, lo ejemplifica con la situación creada en un colegio mayor por la llegada de una carta que excita los celos de una pensionista, lo cual a su vez produce una epidemia de ataques histéricos entre sus compañeras que imitan al sufrido por la que recibió la carta. En otras palabras, es una identificación debida al deseo de encontrarse en la misma situación.

Lo que llama la atención en este punto, es que así Freud esboza además una teoría de la simpatía. Es decir, que la simpatía nace de la identificación y no a la inversa.

Esta simpatía hace que se reconozcan entre sí los individuos pertenecientes a una masa, ya que el enlace que se da entre ellos está basado en la identificación con un rasgo de un objeto común a todos, pero que no es un objeto pulsional. De nuevo con un pequeño ejemplo esta situación quedará más clara: Aunque hace bastante tiempo que no sucede, cuando el Madrid se proclamó campeón de la liga, ya no recuerdo el año, la masa acudió a la Cibeles y se sumó a una poderosa comunidad afectiva. Lo mismo pasa con los sufrientes hinchas del Atlético.

A pesar de estas banalidades, podemos ya entender la importancia de la identificación y el por qué borra, como dijimos, la diferencia entre la psicología individual y la

colectiva. Por otro lado, como supongo que también escucharon, la identificación tiene un papel importante en diversas patologías.

Les invité anteriormente a asistir esta noche a la presentación del caso de un travestido y vuelvo a recordárselo porque Freud, en este apartado VII, escribe toda una teoría sobre la génesis de la homosexualidad. Primer punto: el joven ha permanecido fijado a su madre muy intensamente y más tiempo del habitual. Segundo punto: al llegar a la pubertad, en vez de cambiar de objeto, el sujeto se identifica con su madre y es como ella, busca objetos a quienes cuidar como era cuidado por su madre. Este esquema freudiano pone en cuestión las teorías hormonales, las teorías genéticas, y “tutti quanti”. Y aunque en la actualidad no es posible continuar sosteniendo el esquema freudiano tal cual, porque sabemos que las cosas son más complicadas, sigue siendo un buen punto de partida. Sabemos que los movimientos gays constituyen incluso “lobbys” de presión en la política americana, y una de las preguntas que surgen es por qué se produce este aumento vertiginoso de homosexuales, que no se puede explicar, como lo hacen algunos, por contagio epidémico. Pues bien, encontré la respuesta donde menos la esperaba, en una película llamada “El club de la lucha” cuando el protagonista afirma: “somos hijos del divorcio y criados por mujeres”. Una respuesta contundente si tomamos en serio la exaltación de la violencia, incluso la violencia masoquista como ideal de lo varonil.

PULSIÓN, AMOR.

Repito: “la identificación es la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona”; pero en esta definición aún nos queda algo sin aclarar, la palabra “afectivo”. Para cercar su significado hay que hacer un rodeo por lo que el psicoanálisis entiende por pulsión y por amor.

Para avanzar por este camino recurriré a unas fuentes no habituales en los trabajos psicoanalíticos, me refiero a los documentales de “National Geographic”. Debo reconocer que me gustan mucho y he visto casi todos: la vida de los elefantes, la cacería de los leones, el andar elegante de los tigres,... Pero en esos documentales no he visto elefantes bulímicos, ni leones anoréxicos, ni tigres gay, y eso tiene una explicación: los animales de la sabana africana están gobernados por el instinto, nacen, crecen, se reproducen de acuerdo a pautas fijas. Su equilibrio nutricional, entre lo que ingieren y eliminan, produce una homeostasis biológica que impide que existan jirafas obesas. Y este equilibrio sólo se rompe por la intervención del hombre o por catástrofes naturales.

En la especie humana, además de anoréxicos y bulímicos, obesos y desnutridos, encontramos hombres y mujeres que eligen como “partener” a gente de su mismo sexo, a hombres que gozan con una braga sucia, a mujeres que gustan de azotar a hombres, a hombres que maltratan a mujeres,... y podríamos seguir. Basta entrar en una página web de contactos para comprobar que hay para todos los gustos. Esto se debe a que la pulsión humana es diferente del instinto animal, que tiene su objeto fijo; el instinto humano no tiene un objeto determinado, su objeto puede variar de distintas maneras, y por ello, a este instinto pervertido Freud lo llamó pulsión.

La pulsión, entonces, es un instinto desnaturalizado por la existencia del lenguaje que lleva la impronta de la muerte. Dicho de otra manera, la especie humana es la única que anticipa su muerte, que vive la vida, entonces, como un trayecto hacia la muerte. Pero esta última observación no es solo un saber psicoanalítico, culturas milenarias como la china hablan del “yang” y del “yin”. Lo que de nuevo ha aportado el psicoanálisis es que la pulsión de vida y la pulsión de muerte no constituyen un par complementario, sino que su discordia no deja de tener efectos.

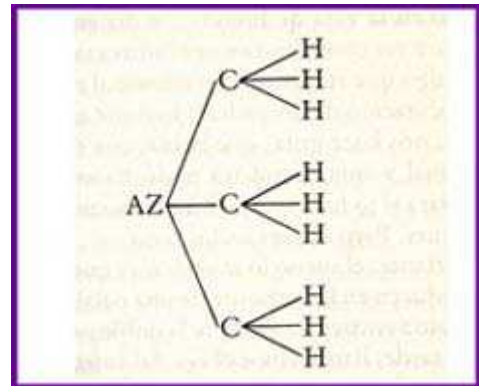
Estos efectos nos los revela Freud en “El malestar en la cultura” y los podemos sintetizar de la siguiente manera: si la pulsión apareciera libre sería impensable la comunidad humana. El canibalismo, por nombrar algo de lo que ya hablamos, produciría un festín antropofágico; la pulsión de muerte sembraría el planeta de criminales enloquecidos; el robo, la esclavitud volverían por sus fueros... y conste que todos estos fenómenos citados siguen y seguirán teniendo alguna existencia en nuestro mundo. Pero la pulsión libre impediría la vida que llamamos civilizada, y por eso existe la represión de la pulsión -que no hay que confundir con la represión política- que produce las neurosis, y cuanta más represión de la pulsión más neurosis. Esto es una enseñanza de la neurosis obsesiva, donde es fácil observar que quienes la padecen se esfuerzan en reprimir sus pulsiones y sólo consiguen más síntomas y más sufrimiento.

La pulsión se sitúa del lado de lo sexual con su doble cara de vida y de muerte. Pero ¿y el amor?. El amor hay que situarlo del lado del yo, del lado del narcisismo, que permite el primer enlace afectivo, que a su vez siempre es del lado del ideal. Yo quiero ser como mi padre porque le admiro, y por eso le amo, porque quiero ser amado por él. Ésta es la situación de la transferencia en una cura analítica, por eso el analizante dirá lo que supone que el analista quiere oír.

Lacan siguiendo la enseñanza freudiana difiere de éste y coloca la primera identificación en el rasgo unario, un rasgo sin significación pero que convertirá la falta en ser en un ser identificado.

Por estas razones, la cura, aprovechando el amor de transferencia, debe ser dirigida en contra de la identificación para que aparezca la pulsión reprimida.

Lacan, a propósito de la fórmula de la trimetilamina en el sueño de la inyección de Irma: “...aun cuando tuviésemos N en lugar de AZ, se trataría de la misma gansada: podríamos llamar Nemo a este sujeto fuera del sujeto que toda la estructura del sueño designa” (El Seminario 2, Lección XIII).



EL SUEÑO COMO LA VÍA REGIA PARA EL ACCESO AL INCONSCIENTE

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA EN 1999

PRESENTACIÓN.

Buenos días. En el anuncio de este curso (auspiciado por el “Aula de Cultura de la Facultad de Pedagogía, Psicología y Filosofía de la Universidad de Sevilla”) que supongo habéis leído, decíamos que estaba dirigido a personas cuyo interés por el Psicoanálisis es reciente y que desean abrir una puerta que les haga posible el estudio de los conceptos fundamentales del Psicoanálisis con claridad y rigor.

Esta mañana, cuando lo revisaba mientras venía en el AVE, me pareció que esos dos adjetivos, claridad y rigor, eran demasiado ideales, lo que nos conduciría a una experiencia fallida. Pero podemos aplicar a esta misma afirmación la claridad y el rigor anunciados, lo cual implica entender la “experiencia fallida” en relación a un saber universitario pretendidamente totalizador, a un saber que en apariencia da cuenta del total de una materia. Lo puedo decir de otra manera: la enseñanza de Freud nunca será una obra completa.

La afirmación anterior se sostiene en que el saber analítico tropieza para su subjetivización con los síntomas y fantasmas de cada cual, cuya amalgama aparece en la vida cotidiana formando las creencias y los prejuicios de la gente.

No siempre los síntomas y fantasmas son tropiezos u obstáculos, al revés pueden ser los motores que empujan a una demanda de análisis. Los primeros por el sufrimiento que conllevan y los segundos por ser una realidad que vela la vida desarrollando

costumbres cotidianas, que si bien son confortables, reducen el deseo a una pura rutina.

La afirmación anterior se constata en las instituciones analíticas al verificar que los analistas llegaron a ellas por mor de sus síntomas, de sus angustias, de sus fantasmas. Esto es más pronunciado en España donde el brillo social de los analistas no es mucho, lo que condiciona otras elecciones para aquellos ambiciosos de ascenso profesional.

La ambición del analista es una ambición de saber sobre el saber de lo inconsciente, y este saber no es un saber académico, es un saber que se va articulando sesión a sesión. Algunos tienen la idea del inconsciente como un contenedor, nada de eso, el inconsciente es lo que se elabora en un análisis. Esto conlleva a una conclusión importante, no hay diploma universitario de analista, y es analista aquel que se autoriza a sí mismo en su análisis cualquiera que sea su titulación académica.

Surge, de esta manera, la siguiente pregunta: ¿para qué un curso sobre los conceptos fundamentales del psicoanálisis?. Respuesta: porque estos conceptos son imprescindibles para la formación de aquellos que quieran abrir una puerta al análisis, y sepan mantener esa puerta abierta sabiendo que lo confortable sería cerrarla, y además porque su conocimiento es imprescindible para los que quieran trabajar en una institución de salud mental.

En este abrir o cerrar la puerta, es determinante la palabra. No es lo mismo decir que Freud fue revolucionario que decir que Freud fue subversivo. En la primera afirmación, que el propio Freud sostuvo, y a pesar de las connotaciones que la izquierda dio a esa palabra, queda encerrada una significación de continuidad, no de ruptura, porque no marca un antes y un después sino que designa un ciclo, un volver al mismo lugar, como los astros silenciosos que marcan un periplo repetido. En la segunda afirmación, sin embargo, está implícito que Freud subvierte el orden de las ideas, especialmente la idea que los sujetos tienen de sí mismos.

La subversión freudiana es el trabajo de lo simbólico sobre lo real que hace posible el nacimiento de conceptos psicoanalíticos que cambian, que subvierten, la historia humana.

Le guste a quien le guste o le disguste a quien quiera, el siglo XX es un siglo freudiano cuya influencia sobre la vida cotidiana es innegable, marcas que han quedado en el lenguaje coloquial, “qué reprimido que eres”, “qué identificado que estás”, etc.

LO INCONSCIENTE Y EL CERO.

Puede ser una extraña casualidad que “La interpretación de los sueños” se publicara en el nacimiento del siglo, pero no es una casualidad que prácticamente sea uno de los libros menos leídos, honor que comparte con “El Quijote”. “La interpretación de los sueños”, o “El sentido de los sueños” según la traducción que se realice del alemán “Die Traumdeutung”, es el fundamento principal del psicoanálisis, la base de lo que se ha dado en llamar la primera tópica freudiana, es decir la radical separación entre el sistema inconsciente y el sistema preconscious-consciente. De esta manera, el inconsciente freudiano nada tiene que ver con las concepciones que le precedieron, no es un subconsciente, no es algo que pueda ser definido desde la conciencia.

El descubrimiento del inconsciente tiene el mismo rango que la revelación del cero a finales del siglo VI. Que las vagas nociones de vacío se pudieran simbolizar en una cifra, en un número, hizo posible el sistema decimal y marcó un antes y un después en la historia humana. Para confirmar esta aseveración, basta mirar en Madrid la Puerta de Alcalá.

Lo subversivo del cero tiene que ver con la subversión freudiana puesto que es alrededor de una falta central como se estructura el sujeto freudiano. Lo ya dicho de la radical separación de lo inconsciente, de esa “otra escena” como la llama Freud, con una gramática propia que no conoce la contradicción, que es atemporal y que él designa como “proceso primario”, instalando una concepción que, incluso en la actualidad, es resistida porque rompe con la ilusión de creernos dueños de nuestro destino.

En esta dirección Freud es terminante: “Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real: su naturaleza nos es tan desconocida como la realidad del mundo exterior y nos es dado por el testimonio de nuestra conciencia tan incompletamente como el mundo exterior por el de nuestros órganos sensoriales”; ésta es una cita de “La interpretación de los sueños”.

A veces una cita vale por todo un texto, como es el caso de ésta donde habría que recalcar el desconocimiento del sujeto tanto del mundo exterior como de lo psíquico verdaderamente real. Este desconocimiento, este no saber, conlleva un descentramiento del yo, de nuestro querido yo, ya que es gobernado por una instancia que desconocemos, dándose la enorme paradoja de que mientras más creemos ser el amo de nuestro destino, más esclavos somos de lo inconsciente. El movimiento es

comparado por Freud con la caída de la creencia de que la Tierra era el centro del universo: ahora es el hombre quien cae de su prestancia de ser el rey de la creación.

La aparición en el mundo de esta forma de entender la condición humana produce una enorme transformación en los ámbitos de la psicología, de la psiquiatría y de la cultura en general. Nociones que hoy se esfuerzan en subsistir, como las de “personalidad”, “yo”, “sí mismo” y “tutti quanti”, son nociones prefreudianas que intentan reconquistar la ilusión de una unidad perdida para siempre, donde la percepción sería un instrumento adaptativo a una realidad a la que Freud le dio el estatuto de precaria. No sólo eso, puesto que subvierte radicalmente algunas nociones que, en su prestancia narcisista, son el fundamento de la vida intelectual española contemporánea. Por ejemplo, la vaga y oscura noción de originalidad, o la creencia de que alguien es un autor quedan sin fundamento desde la perspectiva freudiana. Quizás estas formas de prestancia, más dignas de la época franquista, sean un remanente que, en aquellos que encarnan la cultura española, los lleva a una resistencia numantina contra el psicoanálisis.

Y es que “La interpretación de los sueños”, además de ser un tratado sobre los sueños, es la segunda formalización del aparato psíquico. La primera está presente en el “Proyecto de una psicología para neurólogos”. Pero hay más en ese texto fundante, es decir que marca los fundamentos, las concepciones principales del psicoanálisis; en él también podemos encontrar una definición del síntoma que nos muestra la distancia que separa el síntoma en su sentido médico del síntoma freudiano.

No puedo resistir la tentación de realizar una nueva cita: “La aparición de síntomas neuróticos constituye una indicación de que ambos sistemas se hallan en conflicto, pues dichos síntomas constituyen la transacción que de momento lo resuelve. Por una parte, dan al inconsciente un medio de descargar su excitación sirviéndole de compuerta, y por otra, proporcionan al preconscious la posibilidad de dominar en cierto modo al inconsciente”.

Esta última cita leída también es de “La interpretación de los sueños” y marca la subversión freudiana en relación al síntoma, pero lo mismo se podría afirmar en relación a la angustia. El tratamiento de este afecto se realiza por medio de los “sueños de angustia”, que en buen español se designan como “pesadillas”. Sin duda la obra freudiana está llena de contrastes, porque después de un detallado estudio de los

sueños de angustia, Freud concluye que las pesadillas tienen que ver con la angustia y no con el sueño.

De otra manera: la angustia en el sueño tiene que ver con la angustia, que como ha sostenido en sus trabajos sobre “la neurosis de angustia” procede de fuentes sexuales.

EL SUEÑO COMO LA VÍA REGIA PARA EL ACCESO AL INCONSCIENTE.

Queda, sin embargo, una precisión importante, puesto que hay que recordar que el título de esta charla es “El sueño como la vía regia para el acceso al inconsciente”, con lo que queda sumamente explícito que los sueños no son el inconsciente. Y esto es así porque el inconsciente está, ya lo dijimos, radicalmente separado del sistema preconscious-consciente, y esta separación tiene un nombre: censura.

La censura, entonces, cumple la función de escisión del aparato psíquico, función que realiza como un hecho de discurso. Esta última afirmación, que puede parecer un poco complicada, se aclara de inmediato si tomamos en cuenta a qué tipo de censura se refiere Freud. El modelo de la censura freudiana es la censura que se utilizaba en Rusia a finales del siglo XIX.

A finales de dicho siglo, los censores rusos tachaban directamente con un grueso trazo de tinta las palabras que deseaban censurar. Por ejemplo, si alguien comunicaba un nacimiento de la siguiente forma: “La familia Karamasov anuncia el nacimiento de su hija Olga hermosa como la libertad”, el censor tachaba la palabra “libertad”, que por supuesto permanecía bajo la tinta. La censura, entonces, como hecho de discurso separa radicalmente los dos sistemas.

Sin embargo, hay un momento en que esta censura pierde fuerza, y ese momento es el del dormir, tiempo en que se producen los sueños. Este relajamiento de la censura, determinado por el deseo de mantener el dormir, tiene un límite más allá del cual está lo psíquico verdaderamente real.

Tomen cualquier sueño, de los muchos que aparecen en “La interpretación de los sueños”, y verán que su análisis se despliega hasta un cierto punto que no puede ser sobrepasado, el punto donde retorna la palabra última. En este sentido conviene leer el Seminario 2 de Lacan, en el que encontrarán en las clases XIII y XIV la magistral interpretación de “El sueño de la inyección de Irma” y cómo recalca finalmente en la fórmula de la trimetilamina. Este punto último es designado por Freud como “el

ombbligo del sueño”, ombbligo que cierra como un fondo de saco las significaciones del sueño.

Creo que es posible, desde esta perspectiva, entender por qué el sueño es el camino para el acceso al inconsciente. Esto tiene una importancia decisiva en la dirección de la cura analítica.

Existe una primera forma de entender el simbolismo del sueño, forma que remite a un código cualquiera. Puede ser un código jungiano, que da la apariencia de más saber por la erudición que porta, los mándalas, o puede ser un código popular, como aquél que dice que soñar con el número 13 es signo de mal agüero. Recuerdo que hace unos años me llamaron de una radio y me preguntaban: “La Sra. Tal ha soñado con un puente, ¿qué significa?”. No podían entender cómo, siendo psicoanalista, no tuviera un saber sobre las significaciones de los sueños. Hay que tener cuidado para no caer en la trampa que algunos analizantes realizan en forma de demanda de interpretación de su sueño, puesto que si caemos en esa trampa vamos a dar una significación analógica que detiene el análisis.

Una segunda forma de entender el simbolismo del sueño es entender que no hay código universal, y que su sentido siempre será particular para cada sujeto. Esta forma de entender el simbolismo onírico es la vía regia para el acceso a lo inconsciente y es determinante para la dirección de la cura.

Freud nos dejó dos consejos sobre la forma de trabajar los sueños en la cura. El primero consiste en pedir asociaciones al analizante para que él vaya construyendo su propia interpretación. Estas asociaciones deben requerirse sobre los elementos más banales del sueño, aquellos que aparezcan más alejados del núcleo del contenido manifiesto. El segundo consiste en solicitar al analizante una segunda versión del sueño; la diferencia entre las dos narraciones oníricas nos indica la dirección a seguir. La dirección a seguir es el camino hacia lo censurado.

EL SUEÑO ES UNA REALIZACIÓN DE DESEOS.

A veces, los escritos freudianos tejen un camino lleno de vericuetos, de líneas de investigación que son abandonadas sin motivos. Otras, encontramos la introducción de una palabra que se superpone a la que está en uso... Sin embargo, si nos detenemos un poco en la lectura, descubriremos las razones que hacen necesarias estas formas discursivas.

No es esta clase la apropiada para este tipo de estudios, pero señalemos que entre “censura”, “censura de la resistencia” y “represión” a veces cuesta definir la diferencia. Sea como sea, la represión cae sobre el deseo, que de esta manera se transforma en inconsciente, y específicamente cae sobre el deseo sexual. Múltiples y complejas son las elaboraciones freudianas para dar cuenta de esta represión y de cómo el retorno de lo reprimido entra en la formación de sueños, síntomas y demás formaciones del inconsciente. Esto, si les interesa, pueden seguirlo en el texto, pero lo que quiero dejar señalado es que Freud introduce un factor energético: la represión se produce cuando la excitación sobrepasa ciertos límites produciendo displacer.

Estas nociones son bastante simples: el placer es la descarga de energía sobrante, el displacer es la acumulación energética. Digo bastante simples porque en realidad este modelo tropieza con el concepto mismo de energía. Pero toda esta construcción está dada para fundamentar un paso importantísimo en la teoría psicoanalítica, y tan extraña al pensamiento de comienzos de siglo que su audacia todavía se hace sentir.

Al comienzo de esta clase hablé del cero, un número peculiar puesto que por un lado designa un vacío, una falta, mientras que por otro es el primer número del sistema decimal. Podemos realizar una analogía, y entender la primera experiencia de satisfacción del deseo, tal cual la plantea Freud, como una satisfacción sobre una falta, sobre un cero.

Recuerdo esquemáticamente cómo lo desarrolla Freud. Primer paso, el recién nacido tiene hambre, grita y llora, y la madre -ese primer gran Otro- le satisface la necesidad por medio de comida. De esto queda una huella mnémica. Segundo paso: el hambre vuelve, se activa la huella mnémica del primer paso, y esta huella se alucina satisfaciendo el deseo.

Hay que aclarar varias cosas, en primer lugar la palabra alucinación tiene en ese momento de la obra freudiana una acepción clásica: una percepción sin objeto. En segundo lugar, que esta satisfacción alucinatoria no será completa, de modo que al cabo de un tiempo la necesidad, el hambre, retorna y su satisfacción será vía el alimento.

Múltiples y complejas son las discusiones alrededor de este punto, pero lo esencial es que la satisfacción del deseo se opera sobre una falta, sobre un cero, diferenciándose de la satisfacción de la necesidad. Esto es lo que hace posible la alucinación onírica y lo que hace posible, también, que el sueño sea una realización de deseos.

LA SUBVERSIÓN FREUDIANA.

El respeto que Freud tenía por los poetas puede leerse a lo largo de toda su obra. Siguiendo esta tradición, quisiera leerles un trozo del ensayo de Lezama Lima, que se puede encontrar en “La cantidad hechizada”, en donde está analizando la pintura china: “La bruma expresada por el deslizarse de las tintas, aún luchando contra las rocas, tendrá que darle relieve a los espacios dejados en blanco, que más que apoyo de contrastes, como en la pintura occidental, vienen a ser los embriones del espacio creador... por eso los chinos pudieron alcanzar el claroscuro mucho antes que los pintores occidentales”.

La primera experiencia de satisfacción es de igual rango que el blanco de la pintura china, no es el contraste entre lo vacío y lo lleno, sino que es la falta creadora del deseo.

Pero ¿quién se satisface?, ¿el yo?, ¿el sujeto?. ¿No rompe esta concepción con cualquier idea de desarrollo?, ¿no produce un profundo descentramiento de lo que se entendía por yo?.

Este es otro de los movimientos subversivos del discurso freudiano, que deja de lado un yo unitario para plantearse que la unidad yoica es una unidad imaginaria. Esta concepción tiene extraordinarias consecuencias para la cura de la neurosis y, especialmente, para la cura de la psicosis.

Desde la primera óptica todo se leerá como un déficit, una anomalía del yo, y se tenderá a fortalecerlo con el consiguiente agravamiento sintomático. Desde la segunda lectura, el acento recae sobre lo simbólico.

**“Freud nos describe la neurosis traumática:
(...) Nos dice que estos enfermos, que
también son producidos por la guerra,
están fijados al trauma. Esta fijación
tendería a producir una repetición onírica
que perturba la vida de quien la sufre”.**



SE REPITE PARA NO RECORDAR

Uno de los motivos por los cuales las personas consultan al psicoanalista, o más en general a los “psicólogos”, es cuando la repetición deviene sintomática. Es decir, cuando la repetición es fuente de sufrimientos, de malestares. A lo que se agrega la sospecha de que esa situación no es obra de la casualidad, ni culpa de los otros.

De esta manera podemos escuchar a aquella joven que consulta porque sus repetidos fracasos amorosos la han colocado en una situación insostenible, o aquel hombre joven que cada vez que se aleja de su casa materna produce una situación vital que le obliga a un regreso apresurado.

Podríamos seguir dando ejemplos de este tipo de consultas, pero vale la pena recordar que Freud nos llamó la atención sobre estas situaciones clínicas que le permitieron elaborar el concepto de repetición, que es útil en la clínica y en la psicopatología de la vida cotidiana.

Podemos encontrar estas observaciones clínicas, entre otros lugares, al final del capítulo tercero de “Más allá del principio del placer”, verdadero tratado sobre la repetición, donde Freud nos habla de las “neurosis de destino”. Ésta es una noción más bien descriptiva, en la cual menciona cómo determinadas personas sufren un destino repetido, cuasi demoníaco, con una seguidilla de amigos que les traicionan, o que siempre les pagan con ingratitudes, etc. En estos casos habría aparentemente un destino escrito que se repite de forma inexorable y, casi siempre, quien lo sufre se siente inocente y, más aún, víctima de oscuras fuerzas exteriores.

Esta repetición de un malestar, esta repetición de un placer en un displacer, es algo que Freud intuye desde el comienzo de su obra y a lo que da amplia acogida en sus textos. Comencemos por el principio.

LA REPETICIÓN APARECE COMO TRANSFERENCIA.

Volvamos una vez más al texto ya citado en la primera clase: “Psicoterapia de la histeria”. Al final de este escrito, y cuando Freud tiene que hablar de los obstáculos en la cura analítica, aparece una situación novedosa que justamente por su novedad nos permitirá una cita bastante extensa: “3. Cuando la enferma se espanta por transferir a la persona del médico las representaciones penosas que afloran desde el contenido del análisis: Ello es frecuente, y aún de ocurrencia regular en muchos análisis. La transferencia sobre el médico acontece por enlace falso. Aquí me veo precisado a dar un ejemplo: el origen de cierto síntoma histérico era, en una de mis pacientes, el deseo que acariciara muchos años atrás, y enseguida remitiera al inconsciente, de que el hombre con quien estaba conversando en ese momento se aprovechara osadamente y le estampara un beso”. En la cita que traemos podemos leer con facilidad que aparece la repetición de un deseo antiguo, que al presentificarse produce una detención de la cura de la paciente.

Esta detención está determinada por la imposibilidad de recordar, y en el lugar del recuerdo surge la repetición, es decir, se repite para no recordar, o de otra manera: donde termina la rememoración comienza la repetición.

No fue obra del azar que el concepto de transferencia naciera de la mano de la repetición, es que en la transferencia encontramos una vertiente que se solapa con la repetición y que fue vista de entrada por Freud.

La emergencia de la repetición y la transferencia en forma conjunta, produjo una situación de confusión entre los dos conceptos que originó una dificultad importante.

LA REPETICIÓN EN LA CLÍNICA.

La repetición aparece en distintos fenómenos clínicos. Ya hemos nombrado la neurosis de destino, pero aparece además en la persistencia de los síntomas que transportan viejas repeticiones que producen un retorno de aquello que estaba reprimido.

Aquí basta dar el ejemplo de algunos síntomas obsesivos, como los rituales de lavarse las manos repetidamente, apagar la luz o el gas multitud de veces, etc. También se puede visualizar la repetición en síntomas histéricos, como en la repetición de síntomas conversivos, o en la repetición de rasgos perversos, como el quedar repetitivamente ubicado en el hacerse pegar.

Pero además de en los síntomas, la repetición se muestra en los sueños, dando lugar a pesadillas repetidas como las que se suelen observar en los niños, lo cual abre un problema difícil, ya que la repetición infantil toma carta de ciudadanía y produce la impresión de una repetición sumamente precoz. Esta precocidad plantea el interrogante de saber qué es lo que se repite en la repetición infantil, pregunta que puede ampliarse a: ¿Qué se repite cuando se repite?.

¿QUÉ SE REPITE CUANDO SE REPITE?.

Todo tipo de teorías han intentado explicar qué es la memoria, pero aún no se ha podido construir una teoría general de ésta. La memoria sigue guardando misterios que aún no han sido desvelados, misterios que se ahondan a medida que se extienden hacia atrás, hacia la infancia. ¿Por qué se recuerda tal cosa y no tal otra?. ¿Por qué, de un mismo hecho objetivo, uno recuerda algo que nada tiene que ver con lo que recuerda el otro?.

Freud tampoco tiene una teoría general de la memoria, su apuesta tiene otro punto de partida: un recuerdo reprimido cumple la función de producir un síntoma, aunque, como es lógico, esta relación directa se va modificando con el devenir de su teoría.

Recordemos que Freud comienza a trabajar con la hipnosis para producir una catarsis; es decir, se trataba de volver conscientes los recuerdos reprimidos para, con este proceso, liberar la energía que producía los diversos malestares.

El abandono de la hipnosis por problemas éticos, le conduce a la interpretación de las asociaciones libres del paciente. Es decir, Freud comunica al paciente su interpretación y éste, a partir de dicha interpretación, produce una elaboración de lo que no había sido consciente hasta ese momento.

De esta manera, el olvido aparece como una falla en la memoria que produce síntomas y neurosis. Por supuesto, se trata de unos olvidos muy particulares, ya que Freud los califica de “retenciones” en el sentido de que dichos olvidos fueron dejados de lado sin llegar a ser verdaderamente olvidados. Por eso el analizante suele manifestar después de una interpretación que le hace ver un aspecto desconocido de sí mismo: “eso lo sabía, pero no lo había pensado nunca de esta manera”. Esta vertiente corresponde a lo que podríamos llamar un olvido simbólico.

Sin embargo, hay otro grupo constituido básicamente por las fantasías, o los fantasmas que nunca pudieron ser olvidados porque nunca fueron conscientes. Esta

vertiente, que podríamos llamar la vertiente real de la repetición, la observamos con cierta facilidad en la neurosis obsesiva, donde el olvido se ha limitado a destruir conexiones, a suprimir relaciones causales y a aislar recuerdos enlazados entre sí.

Esta característica de la memoria freudiana nos hace ver que a veces el analizante no recuerda nada de lo olvidado, sino que lo vive de nuevo. “No lo reproduce como recuerdo, sino que lo repite como acto”. Y lo más curioso de esta situación es que lo repite sin saberlo, lo cual da la impresión de la marca de un destino inexorable.

Entonces, ¿qué se repite cuando se repite?. Freud da una respuesta clara: Se repite “todo lo que se ha incorporado al ser del paciente partiendo de las fuentes de lo reprimido: sus inhibiciones, sus tendencias inutilizables y sus rasgos de carácter patológicos”. Pero hay más, porque Freud no escatima ejemplos para mostrarnos lo que es para él la repetición. En 1914, en “Recuerdo, repetición y elaboración”, lo dice de esta manera: “Por ejemplo: el analizado no cuenta que recuerda haberse mostrado rebelde a la autoridad de sus padres, sino que se conduce de esta forma con respecto al médico. No recuerda que su investigación sexual infantil fracasó, dejándole perplejo, sino que produce una serie de sueños complicados y ocurrencias confusas, y se lamenta de que nada le sale bien y de que su destino le conduce a no conseguir jamás llevar a buen término una empresa. No recuerda haberse avergonzado intensamente de ciertas actividades sexuales y haber temido que los demás lo descubriesen, sino que se avergüenza del tratamiento a que ahora se encuentra sometido y procura mantenerlo en secreto”.

Estos ejemplos freudianos esclarecen lo que se repite cuando se repite, y sin embargo en los ejemplos mismos vemos deslizarse cierta ambigüedad entre lo que hemos llamado repetición simbólica y repetición real.

Esta ambigüedad freudiana es manifiesta en la clínica, ya que la repetición es una repetición en acto y este acto es en la transferencia. Pero esto se debe a que la cita que hemos traído es de 1914, cuando todo el edificio freudiano estaba construido sobre la base del principio del placer, es decir, cuando el funcionamiento del aparato psíquico freudiano se basaba en la tendencia a un equilibrio energético lo más bajo posible. Dicho de otra manera, el displacer estaba determinado por el aumento de la energía y el placer correspondía a la descarga de la excitación acumulada. Y, desde esta perspectiva, el acto repetitivo constituía una descarga del aparato psíquico.

SE REPITE LO TRAUMÁTICO.

La andadura freudiana sufre un cambio de rumbo fundamental en 1920, con la publicación de su obra “Más allá del principio del placer” en la que introduce la pulsión de muerte. Este concepto, controvertido incluso en nuestros días, lleva a una forma de entender la repetición distinta a la de 1914, o para decirlo más ajustadamente, profundiza este concepto sin abandonar su acepción anterior.

Girando sobre sus propias conceptualizaciones, Freud nos dice que el funcionamiento del principio del placer tiene sus límites y que, más allá de este principio, lo que predomina es el placer en el displacer. Este descubrimiento freudiano, tan importante o más que el de la sexualidad infantil, subvierte la idea que el sujeto humano tiene de sí mismo, y está basado en una situación empírica: la neurosis traumática.

En el apartado dos de “Más allá del principio del placer”, Freud nos describe la neurosis traumática: “Después de graves conmociones mecánicas, tales como choques de trenes y otros accidentes en los que existe peligro de muerte, suele aparecer una perturbación, desde hace mucho tiempo conocida y descrita, a la que se le ha dado el nombre de neurosis traumática”. Es necesario recordar que Freud pone todo el énfasis en la repetición de una pesadilla que reintegra al sujeto al momento del trauma. Nos dice que estos enfermos, que también son producidos por la guerra, están fijados al trauma. Esta fijación tendería a producir una repetición onírica que perturba la vida de quien la sufre.

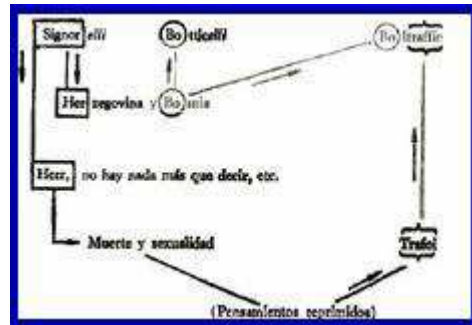
En este mismo texto fechado en 1920, en este “Más allá del principio del placer”, verdadero tratado sobre la repetición, cita como segundo ejemplo los juegos infantiles, de los que hablaremos en otro momento.

Y el tercer pilar sobre el que asienta este tratado sobre la repetición es la neurosis de transferencia, es decir la compulsión de repetición en acto, y en la cura analítica, de situaciones que el analizante no recuerda del todo, y que repite sin saber que repite llevado por la obsesión. Es así como se repiten algunas cuestiones más o menos típicas. Por ejemplo, se repite bajo transferencia la sensación de haber perdido el amor de los padres por el nacimiento de un nuevo hermano. Se repiten los celos. Y hasta es común la repetición de un cierto sentimiento de desprecio derivado de los castigos infantiles, lo que lleva a veces a la interrupción de la cura.

Pero este sufrimiento derivado de la repetición también se lo puede encontrar en el ámbito individual en la psicopatología de la vida cotidiana, donde la lista de ejemplos

puede ser infinita: desde esa ama de casa alcohólica que sostiene su sufrimiento con un sacrificio que nadie le exige, hasta aquel ludópata cuyo único objetivo es perder en el juego cuanto tiene para pasarlo mal. E incluso podríamos hablar de los malestares colectivos provocados por la repetición en los hombres y mujeres de este planeta, como lo ejemplifican las guerras que nunca terminan y que suman situaciones dolorosas a los dolores que podríamos llamar naturales, es decir, a los que provienen del cuerpo y de las catástrofes de la naturaleza.

Gráfico con el que Freud explica, en “Psicopatología de la vida cotidiana”, su famoso olvido del nombre del pintor Signorelli.



RECUERDO Y REPETICIÓN

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA EN MARZO DE 1999

I.

El tema que desarrollaremos hoy es “Recuerdo y repetición”, lo cual marca de entrada una diferencia entre los dos términos. Pero para poder hablar de esa diferencia vamos a tener que realizar un recorrido por distintos momentos de la obra de Freud. Este camino se impone por sí sólo, ya que a partir de la revelación del inconsciente se introduce una manera distinta y novedosa de entender la memoria.

Muy al comienzo de su andadura, Freud escribe un pequeño artículo titulado “Recuerdos encubridores” donde responde a una pregunta sugerida desde su práctica: “¿por qué algunas veces se recuerda con nitidez algo sin importancia, mientras otras veces algo muy importante para la vida de alguien se olvida totalmente?”.

A este recordar con nitidez algo sin importancia le llamó “recuerdos encubridores”, y los plantea como una transacción, un conflicto entre lo reprimido y lo recordado, dándoles en este sentido el estatuto de síntoma. En “Psicopatología de la vida cotidiana” esto se puede leer con claridad. Estos recuerdos sintomáticos muestran que la memoria no es automática, que entra en juego un deseo reprimido que condiciona la vida de las personas. Deseo reprimido que hace de motor en los movimientos del inconsciente.

Y es que el inconsciente freudiano no es una suerte de subconsciente que influiría de una manera circunstancial en la vida de cada cual, ni tampoco es una entidad misteriosa que distorsiona la conciencia, ni es un saco donde morarían los instintos en estado puro. El inconsciente freudiano es radical, es lo censurado sin retorno, es lo

que nos determina como sujetos carentes de unidad, es lo más desconocido de nosotros mismos y, a la vez, lo que nos habita todo el tiempo, es la división sin retorno que caracteriza la condición humana y que marca de manera definitiva la falta en ser.

Pero esta concepción de lo inconsciente no surge de entrada en la obra de Freud. Como ya lo afirmé en una charla anterior, tiene que ver con la censura onírica, o con la censura a secas, y surge claramente en “La interpretación de los sueños”, texto fundacional. Sin embargo, esta concepción de lo inconsciente ya estaba prefigurada en trabajos anteriores, lo podemos ver en esa primera definición de inconsciente que da Freud de manera fulgurante: el inconsciente es lo no recordado y lo no olvidado.

Esta doble negación nos introduce en una nueva forma de entender la memoria que va desde los recuerdos encubridores hasta el olvido momentáneo de algunas palabras. No se trata de una memoria mecánica, se trata del deseo operando en los recuerdos y, especialmente, en el recuerdo de las situaciones traumáticas de la primera infancia. De esta manera se explica por qué se recuerda esto y no aquello, por qué dos personas que han vivido el mismo suceso recuerdan cosas totalmente distintas, por qué en algunas personas encontramos episodios enteros de amnesia, como la de aquel paciente que habiendo tenido un hermanito cuando ya había cumplido los diez años de edad no podía recordar nada de ese tiempo, es decir que no tenía recuerdo alguno de su madre embarazada ni de su hermano amamantándose, lo que lo llevaba por la vida como si fuera hijo único.

Esta nueva forma de entender la memoria y el olvido nos abre a una nueva dimensión para pensar estas nociones, pero sobre todo las saca de esquemas mecanicistas que inevitablemente empañan la posibilidad de su estudio.

II.

La experiencia humana, la de todos los días, muestra que no todos los olvidos son iguales, que hay olvidos y olvidos, que no es lo mismo olvidarse momentáneamente del nombre de una persona que olvidarse de las entradas del teatro cuando los amantes se han prometido una feliz velada, de la misma manera que no es lo mismo olvidarse de una situación traumática infantil que el olvido del Alzheimer. Sin embargo, a pesar de la diversidad de los olvidos, todos tienen algo en común: son olvidos que, según la Real Academia Española, son “cesaciones de la memoria que se tenía”. Estamos de nuevo en la memoria, ya que el olvido aparece como una falla de aquella; el olvido tiene que ver con el no recordar.

Tomémosla desde otro ángulo, desde el punto de mira de lo que entiende la gente de la calle por memoria. En general se piensa que la memoria está construida por los efectos de estímulos exteriores que han impactado sobre el desarrollo de la persona. Un paso más, y podemos ver que el conductismo define a la memoria como la capacidad para repetir una conducta aprendida previamente. Para esta disciplina, la memoria sería la capacidad de repetición de un acto aprendido con anterioridad.

Algo de cierto se desliza en esta concepción de la memoria, pero es una verdad a medias ya que borra todo lo que tiene que ver con lo inconsciente y solo bascula del lado del aprendizaje.

“Recordar dónde uno está y situarse en relación a los puntos cardinales del espacio es, evidentemente, no sólo orientarse sino hacer un acto de memoria”, afirma Henri Ey en su clásico “Tratado de psiquiatría”. Esta otra manera de entender la memoria, tiene en común con la del conductismo un borramiento de las determinaciones inconscientes de ésta y, sobre todo, el quitarle su dimensión de deseo, que es uno de los aportes fundamentales del psicoanálisis.

Para que lo anterior quede explícito, relataré un breve fragmento clínico sobre el recuerdo de un episodio infantil de un paciente: iba en la grupa de un caballo, que llevaba su hermano, cuando el animal enloqueció ante la vista de una serpiente y precipitó a ambos al suelo, con tan mala fortuna que su hermano le cayó encima y le fracturó el húmero. Este episodio quedó tan marcado a fuego en la historia del paciente que retorna asiduamente a su memoria, a pesar de los treinta años transcurridos. Siguiendo la vertiente del trauma, se podría asegurar que este recuerdo se fijó por el dolor producido por la fractura ósea. Pero cuando damos un paso más, lo que se demuestra es que sólo constituía un recuerdo encubridor de otro, con el cual estaba relacionado por el lugar donde el caballo enloqueció y que hablaba de una masturbación mutua, con toda la impregnación incestuosa que ese acto marca y que tiene que ver con el deseo reprimido que operaba sobre el paciente desde el inconsciente.

III.

Recapitemos: existen diversos tipos de olvidos, que van desde los olvidos infantiles que se suelen recordar en el transcurso del análisis, como el del paciente que relaté hace un momento, hasta los olvidos del Alzheimer o del síndrome de Korsakov, pasando por la amnesia que condiciona las posibles personalidades múltiples, hasta

las amnesias que aparecen después de un shock emotivo. Las amnesias debidas a las diversas demencias suelen ser usadas como argumentos para sostener una visión mecanicista de la memoria, que hablaría del olvido como producto de un desgaste del sistema nervioso central en el cual habrían quedado grabados, como en una tabla de cera, los recuerdos o engramas. Pero este tipo de olvidos se deben a la desaparición del sostén neurológico, orgánico, por muerte neuronal, y no pueden servir como argumento para los olvidos cotidianos.

IV.

Los olvidos para Freud, ya sean olvidos de nombres propios, olvidos de palabras extranjeras, etc., son consecuencia de la represión de las representaciones inaceptables para el sujeto. Esto es importante, pues es lo que determina la amnesia infantil.

De esta manera, hacemos entrar en juego el concepto de represión como lo que constituye lo que se recuerda y lo que se olvida. Pero hay que tener en cuenta que este concepto de represión no es tan simple como parece. Tenemos por un lado una serie de términos freudianos que van a establecerse más o menos como sinónimos, ya que cumplen la misma función en distintas épocas de la enseñanza de Freud. Es el caso de la "censura", de la "represión primaria" y, en algunos casos, llega hasta el término "defensa" de los primeros escritos. Esta serie implica la absoluta separación entre lo inconsciente y lo preconscious-consciente, o dicho de otra manera, la radical división del sujeto.

En el sentido que venimos hablando, lo inconsciente es lo imposible de recordar, lo que no se recordará nunca, pero que marca de manera decidida el destino de la gente porque allí hay algo difícil de olvidar. Este inconsciente reprimido originalmente, aparece a luz en los síntomas, que son el retoño de los pensamientos inconscientes, pero también aparece en los sueños, en los actos fallidos y en los olvidos.

Entre las representaciones que no se olvidan y que, al mismo tiempo, no son recuerdos de impresiones sensoriales, sino recuerdos escritos en un block de cera en donde sólo encontramos los trazos, se pone en marcha la libido, atravesando los desfiladeros del significante, para formular una repetición insensata, una compulsión de repetición que produce múltiples formas patológicas.

Este inconsciente no puede ser abordado por la rememoración, pues está más allá de ella. La rememoración sólo puede alcanzar la serie de la represión secundaria, de la

defensa secundaria, que es lo que está en lo preconscious, y con esto ya se consiguen cambios importantes en la vida del sujeto.

V.

Formulemos esta cuestión de manera axiomática: donde termina la rememoración comienza la repetición. En el transcurso de la cura analítica, esta diferencia se puede escuchar de distintas maneras. En el fragmento clínico que hemos expuesto se produjo un cambio importante en la vida del paciente cuando consiguió recordar todo el episodio olvidado de su relación masturbatoria con el hermano. Este recordar introdujo un viraje en la posición subjetiva del paciente porque le permitió rehistorizar de otra manera su vida, con las consecuencias que ello lleva implícito.

Sin embargo, no se modificó su repetición, que con la fuerza de lo demoníaco volvía una y otra vez haciendo cierto aquel refrán que dice que el hombre es el único animal que tropieza más de dos veces con la misma piedra. Sus relaciones tenían un ciclo, con un comienzo más o menos apasionado y un final en el que se sentía traicionado y abandonado. Al comienzo del análisis explicaba esta repetición por la mala suerte, por la maldad humana, etc., hasta que sucedió lo que tenía que suceder: la transferencia se instaló en la repetición, y todo lo que decía el analista era interpretado por el analizante como una traición y un abandono. Esta situación le condujo a una interrupción momentánea del análisis que consolidaba la repetición. La vuelta al análisis la logró cuando entendió esta situación, lo que significó otro cambio importante.

VI.

Citemos, para consolidar lo anterior, el artículo freudiano de 1914 “Recuerdo, repetición y elaboración”: “... podemos decir que el analizante no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo vive de nuevo. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto, lo repite sin saber que lo repite”.

Esta repetición no sabida encadena la vida de algunas personas de manera singular, produciendo la sensación de que alguna oscura fuerza lo lleva a repetir lo inevitable, y si bien es cierto que esta repetición fue sacada a luz por el psicoanálisis, nutre gran cantidad de obras literarias.

La repetición apareció en la transferencia, y de esa manera fue escuchada por Freud mezclada con la rememoración. Sin embargo, rápidamente le queda claro que la

repetición es otra manera de recordar, es un recordar en acto lo imposible de recordar, ya que la repetición está más allá del recuerdo encubridor, es decir que se repite en acto lo que nunca estuvo en la memoria tal como la entendemos habitualmente.

Así pues, podemos modificar lo que entendemos por memoria, ya que no sólo está constituida por la impronta de diferentes estímulos, sino que tiene su base en el deseo inconsciente que transita por los pensamientos que nunca llegaron a la conciencia. Por ser dos modalidades de la memoria, conviene diferenciar recuerdo y repetición.

VII.

Las consideraciones anteriores contribuyen a esclarecer la condición humana en un aspecto importante: lo que en la vida de todos los días se llama la “forma de ser” de cada cual. Es decir, que más allá de la unidad imaginaria del yo, algo marca de manera singular a las diversas personas. A esto que ahora he llamado “forma de ser”, también se le dio el nombre de “carácter”, y Reich lo teorizó por el lado de la “coraza defensiva”. En realidad, se puede afirmar que el carácter lo constituye el conjunto de repeticiones que marcan un tiempo especial sobre el tiempo biológico, mostrando una invariabilidad en la conducta de los hombres y mujeres.

Desde esta perspectiva puede leerse el artículo de Freud “Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica”, de 1916, donde describe la forma repetida de la vida de diversos sujetos.

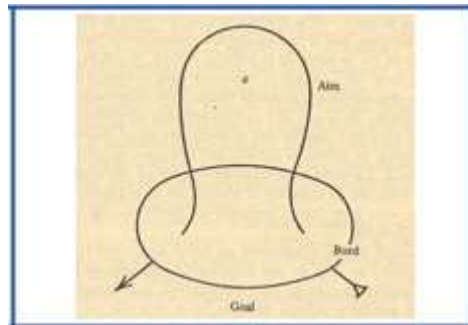
Tres son los tipos caracteriales que Freud nos ofrece. En primer lugar, nos expone lo que podríamos llamar “los excepcionales”. Esta condición subjetiva se caracteriza, como su nombre lo indica, por el rasgo de sentirse seres excepcionales, es decir, que se creen personas mejores que los demás habitantes del planeta, y que, por lo tanto, tienen privilegios indiscutibles sobre los demás. Múltiples son las causas que Freud atribuye a esta repetición, pero lo cierto es que el progreso del análisis fue descubriendo en este tipo de personas la condición esencial de la subjetividad neurótica.

“Los que fracasan al triunfar” constituyen el segundo tipo de carácter que nos descubre Freud. La claridad del enunciado nos exime de mayores comentarios. Sólo agregar que esta modalidad de repetición, cuando aparece en la clínica de todos los días, sumerge a la persona en un ciclo demoníaco que va de la exaltación del triunfo a la melancolía del fracaso.

El tercer tipo que Freud describe es el de “los delincuentes por sentimientos de culpabilidad”, en referencia a aquellos que, por la repetición de una culpa primigenia, buscan apaciguarla cometiendo delitos para ser castigados. En esta modalidad se nota la genialidad freudiana que cambia totalmente la visión de la criminología, como vino a mostrarlo Jiménez de Asúa con su “Psicoanálisis Criminal”, de 1940. El vuelco de Freud es espectacular: no es primero el delito y después la culpa, sino que la culpa es lo que lleva al delito para conseguir el castigo.

Estos diferentes tipos de repetición trenzan diversas modalidades de sufrimiento y de malestar que ponen en cuestión toda la vida de un sujeto. Repetición de un sufrimiento y sufrimiento de la repetición, esto es lo que Freud nos dice cuando, en “Más allá del principio del placer”, analiza la neurosis traumática, la neurosis de guerra, la pesadilla repetida de la bomba que explota, como el comienzo y el fin de la repetición. No hay que olvidarse que, en este texto, la repetición, que tiene una fuerza demoníaca según el decir freudiano, queda del lado de la pulsión de muerte. Extraños misterios del alma humana que repite, sin saber que repite, una situación de malestar y sufrimiento. Esto es lo que hace al destino de la gente, así como el que la única posibilidad de escapar a lo trágico de semejante destino sea el psicoanálisis.

**El circuito de la pulsión,
dibujado por Lacan en la
lección XIV de “El Seminario 11:
Los Cuatro Conceptos
Fundamentales del
Psicoanálisis”.**



LA PULSIÓN PRESIONA EN LOS ORIFICIOS DEL CUERPO

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN DICIEMBRE DE 2001

LA PULSIÓN NO ES EL INSTINTO.

Gran parte de la vida de los componentes del género humano transcurre por los carriles, algunas veces oscuros y otros claros, de la sexualidad, si le damos a este último término una amplitud mayor de lo estrictamente genital. Esto, que puede ser considerado como un lugar común, no era tan visible antes de Freud y fue justamente él quien lo sacó de lo oculto.

En el tratamiento de sus pacientes histéricas, Freud vio claro cómo la sexualidad cuando no funciona satisfactoriamente produce enfermedad. Esta primera observación fue seguida de un amplio estudio sobre la sexualidad humana que produjo una transformación en el concepto de ésta.

Es común equiparar la sexualidad animal a la sexualidad humana, pero lo que se puede sostener desde la más pura empiria es que una y otra son totalmente diferentes. Para la primera, el ciclo instintivo es fijo y está al servicio de la reproducción, tiene un objeto fijo e invariable y los comportamientos se repiten idénticos a sí mismos año tras año, ya sea la migración de algunos mamíferos o la danza de apareamiento de los pavos reales.

Lo que podemos anotar es que la sexualidad humana no tiene un ciclo, es del orden de la presión constante y permanente, que curiosamente no tiene un objeto fijo. Un hombre puede gozar con unas bragas sucias, una mujer puede llegar al orgasmo viendo una película amorosa, y así de seguir. La mujer no tiene estros, el hombre

puede masturbarse compulsivamente, hay gays, lesbianas,... todo lo cual viene a consolidar lo afirmado: la sexualidad humana es muy distinta a la animal.

Una fórmula para formalizar esta diferencia es el concepto de pulsión. En 1915 Freud escribe "Triebe und Triebchicksale". Éste es el primer artículo de una serie destinada a presentar los fundamentos del psicoanálisis. Los otros son: "La represión", "El inconsciente", "Adición metapsicológica a la teoría de los sueños" y "Duelo y melancolía".

No es fruto del azar, ni de la casualidad, que el destinado a las pulsiones sea el primero que escribe Freud, ya que este concepto se presenta como el punto de origen de la subversión freudiana. Pero, se sabe, las subversiones no son bien recibidas y rápidamente hay un movimiento para descafeinarlas. Este movimiento no es un cálculo dirigido, simplemente ocurre. En este tema de la pulsión el movimiento regresivo estuvo en la mala traducción de la palabra alemana "trieb" al inglés desde donde se expandió a otras lenguas. El término "trieb" fue traducido como "instinto".

El instinto es algo fijo, predeterminado, inamovible, cíclico, para cada especie animal. Es así como el ciclo del apareamiento, e incluso sus movimientos, se repiten iguales año tras año, que las especies migratorias cumplen su idéntico recorrido, etc., y todo ello con un fin: la reproducción.

LAS PULSIONES SON UN MITO.

Sin entrar en problemas epistemológicos, hay que precisar que las pulsiones tienen un pie en la doctrina, en la teoría psicoanalítica, pero tienen otro pie en la más pura empiria de los orificios corporales, donde presionan en forma constante produciendo efectos en la vida de cada cual.

Esta situación particular de las pulsiones puede ser seguida en el artículo "Las pulsiones y sus destinos". Allí, Freud nos dice que las pulsiones son convenciones que se asientan en la empiria. Esta convención teórica es el instrumento que será eficaz para la indagación psicoanalítica. A lo que hay que agregar que esta convención tiene el estatuto de un axioma que se mantendrá mientras sea útil.

Freud llama también a las pulsiones nuestros mitos. Pero no hay que tomar esto como algo inexistente, algo no material; por el contrario, el mito, lo mítico es lo material en la medida que está construido con la materialidad del lenguaje. La función del mito es organizar lo desconocido del origen, ya sea éste el origen del lenguaje o el origen del

universo. Esto puede entenderse con claridad si pensamos en las respuestas que se dan a la pregunta sin respuesta sobre el origen de la especie humana. ¿De dónde vienen los niños?, ya sea que vengan de París, que los traiga una cigüeña o que sean la semilla que el papá pone en la tripa de la mamá, la respuesta mítica organiza las respuestas, ordena lo simbólico.

LAS PULSIONES SON REPRESENTANTES PSÍQUICOS DE ESTÍMULOS ORGÁNICOS.

Una clave de la eficacia de estos mitos es la separación radical que Freud establece entre pulsión y estímulo. La primera tiene su punto de partida, su fuente, en el interior del cuerpo, el segundo tiene su origen en el exterior. En esta situación, puede concluirse fácilmente que ante el estímulo exterior la mejor defensa es la huida, mientras que ante la pulsión la única operación válida es el cambio, la transformación de la fuente de la pulsión, que es la zona erógena.

Pero no hay que pensar esta transformación como anatómica o morfológica, es un cambio energético en los bordes de las zonas erógenas, a punto tal que Lacan propone, para comenzar una investigación sobre esta cuestión, trabajarla desde la notación o acotación escalar. Y esto es así ya que la estructura de la pulsión está ligada a un factor económico.

Vueltas y revueltas que Freud da en torno al tema, retorcimientos que hacen nacer otra forma de entender al hombre, pero que, ni simples ni muy argumentados, nos dejan la sensación de una dificultad en el entendimiento. Todo porque este factor económico de la pulsión, esta fuerza constante de ella, este “drang”, no se sabe bien de donde sale, ni cuáles son sus antecedentes lógicos, sino sólo que determina la clínica analítica de manera crucial. Y como es bien previsible nos introducen en la diferencia entre el instinto y la pulsión, ya que el primero, que puede ser ejemplificado con el hambre y la sed, tiene un ciclo, porque las variaciones fisiológicas están sometidas a toda clase de ritmos, mientras que la pulsión es constante. De esta manera se aclara aquella vieja polémica entre Freud y Jung, donde el segundo equiparaba la pulsión sexual al hambre y la sed, mientras que Freud mantenía su apuesta de una separación radical entre los dos conceptos.

La sed tiene un objeto, el agua que la apacigua, pero la pulsión tiene un objeto vacío, o mejor aun: el vacío es el objeto pulsional sobre el cual entra en juego este factor económico. Esta ida y vuelta de la pulsión, estas reversiones pulsionales, muestran el trayecto de su satisfacción.

Este recorrido pulsional muestra el aserto freudiano de que la pulsión es un concepto límite entre lo anímico y lo somático, “como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo”. En ese cruce entre la presencia constante de la fuerza de la pulsión y su entronque con la cadena discreta de los pensamientos inconscientes se juega la vida de cada cual, se desenvuelve el destino que nos marca la realidad del inconsciente.

La problemática que esto abre es importante, ya que las pulsiones, siempre parciales con relación al fin reproductivo, se inscriben en los desfiladeros del significante, y esta inscripción determina la vida de cada cual.

¿QUÉ DE LA PULSIÓN Y EL AMOR?.

A veces, seguir la enseñanza freudiana lleva a momentos de perplejidad, pues nos muestra sus contradicciones, sus logros, sus fracasos, y es que no se trata de una obra universitaria, sino al contrario, es el camino de la indagación del inconsciente y esto no es sin contradicciones. Lo recordamos ahora porque la relación entre la pulsión y el amor no es nada clara.

En el artículo citado, el de “Las pulsiones y sus destinos”, en el momento en que Freud va dando cuenta de las reversiones del circuito pulsional, aparece el amor como uno de los movimientos (amar y ser amado), pero a renglón seguido afirma en forma taxativa que la pulsión y el amor no son de la misma calidad.

De esta manera encontramos una nueva paradoja freudiana, pues por un lado parece que la pulsión y el amor son continuidades sin fisuras y, al mismo tiempo, aparecen como totalmente diferentes. Esto lo vemos así si colocamos la pulsión del lado de la sexualidad y al amor del lado del yo, tomando a este último en su vertiente narcisista. Pero podemos dar un paso más siguiendo a Lacan en el Seminario 11: lo que Freud llama “Ichtrieb”, las pulsiones del yo, no son verdaderas pulsiones, son concreciones del amor que cuando son capturadas por una de las pulsiones parciales se inscriben en el orden de la sexualidad.

Es en “Psicología de las masas y análisis del yo” donde Freud aclara su posición. Allí dice que el nódulo de lo que el psicoanálisis considera como amor es el amor sexual, del que el último fin es la cópula sexual. En este amor, porque existen pulsiones coartadas en su fin, también están el amor a uno mismo, el amor filial, la amistad, el amor a los ideales, etc. Y por este camino Freud hace sinónimos su manera de

entender el amor al Eros platónico y el amor cantado por Pablo en las epístolas a los Corintios.

EL OBJETO DE AMOR NO ES EL DE LA PULSIÓN.

De esta manera podemos retomar la paradoja de la pulsión y el amor. La primera produce un recorrido, contornea el objeto y vuelve sobre la zona erógena. El segundo se sitúa en el campo del Otro produciendo el conocido fenómeno de la idealización del objeto amado. En el caso de la pulsión, su objeto es posible escribirlo como “a”, el objeto de la pulsión, mientras que en el caso del amor conviene escribirlo como “i(a)”, el objeto de amor, el “yo ideal” o simplemente “yo”.

La introducción por Lacan del concepto de demanda facilita ubicar este tipo de paradojas en su lugar. La pulsión presiona silenciosamente, en su ida y vuelta sobre las zonas erógenas. La demanda, que es siempre demanda de amor, es lo que se articula de la pulsión en la cadena significativa, es lo que se habla, lo que se dice. Aunque esto sólo está esbozado y habría que ampliarlo, por hoy podemos concluir aquí.

Portada del libro “Trofeo de Mariazell - Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”, de Ed. Argonauta, en el cual se encuentra publicada esta “Presentación”.



PRESENTACIÓN DEL ARTÍCULO DE FREUD “UNA NEUROSIS DEMONÍACA EN EL SIGLO XVII”

FECHADA EN BARCELONA EN ENERO DE 1981

Presentar, mostrar, dar a conocer; aquí son presentados dos textos que implican el reconocimiento de su imbricación recíproca. Uno, un manuscrito del siglo XVII, da pie para el despliegue de la teoría psicoanalítica que hace otro texto.

El primero es el manuscrito N° 14.086 archivado en la Antigua Imperial de Viena y que lleva por título Trofeo de Mariazell (“Trophaeum Mariano-Cellense”). Alrededor de 1922, el Dr. Payer-Thurn, lector de Goethe y director de la institución nombrada, redescubre el escrito que de inmediato lo cautiva. En él se relata la historia del pintor Cristóbal Haitzmann y su pacto con el demonio, sucesos acaecidos a finales del siglo XVII.

Al comprobar en el manuscrito que el pintor había padecido visiones y convulsiones solicita la colaboración de Freud en demanda de un informe médico. Acuerdan entre ambos que sus estudios serán publicados por separado; es así como el texto freudiano aparece en 1923, y el del Dr. Payer-Thurn en 1924 bajo el título “Fausto en Mariazell”.

El retorno a los textos freudianos y a las fuentes que los consolidan mueve el interés en publicar el manuscrito original -inédito en castellano- con sus ilustraciones. Apareció publicado por primera vez en alemán, en versión incompleta y tirada limitada, por el Congreso de Bibliófilos Alemanes realizado en Viena en 1928. Posteriormente, fue traducido al inglés en 1956 por Ida Macalpine y Richard A. Hunter en un libro que lleva por título: “Schizophrenia 1677: A Psychiatric Study of an Illustrated Autobiographical Record of Demoniactal Possession”⁽¹⁾. El manuscrito se compone de

varias partes, unas en alemán, otras en latín, compiladas por Adalbert Eremiasch, religioso, autor de diversos trabajos sobre milagros y cuyas iniciales figuran al final del manuscrito.

El otro texto presentado, “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”, escrito algo olvidado de Freud, abre una serie de interrogantes teóricos que están lejos de haber sido cerrados. Ya en el título resalta una ausencia: ni neurosis de transferencia, ni neurosis narcisística; en su lugar un sustantivo adjetivado abre otro espacio al demonio que, retornando en lo real, es posesión mística por un padre muerto.

Descentramiento que recorre toda la obra freudiana: inutilidad del diagnóstico, marcando con el historial patodemonológico la imposibilidad de un informe médico. En su reemplazo la teoría psicoanalítica plantea que los demonios son los malos deseos rechazados, “ramificaciones de impulsos instintivos reprimidos” que en su fracaso sellan una repetición imposible.

Se intuye, de esta manera, la dificultad de Freud para ser coautor del trabajo que le propone Payer-Thurn, y el interés que le despierta la historia de Cristóbal Haitzmann donde reaparece el tema del padre, ahora en la vertiente de la muerte paterna. Lugar que en el desarrollo de la teoría será indagado desde distintas perspectivas, insistencia repetitiva que delatará su importancia y que tendrá en “El Presidente Wilson”⁽²⁾, artículo póstumo de Freud, un penetrante análisis.

No es casualidad que en el prólogo a la segunda edición de “La interpretación de los sueños”, publicada en 1908, hablara Freud de la importancia que adquirió en este trabajo la muerte de su padre, “el más significativo suceso, la más tajante pérdida en la vida de un hombre”. El escrito implica una restitución, trabajo de duelo que, sin ser causa, posibilita un texto fundante de la doctrina psicoanalítica.

El pintor, al decir de Freud en 1923, enferma por la muerte del padre. Casualidad aparente, en donde la causa se encarna en discurso: un padre que no puede morir en el sujeto da la imposibilidad de una pérdida que lleva a la posesión. Posesión por el padre, Dios, Demonio, anfibología grotesca que, pintada en tela, muestra pechos de mujer con cumplido miembro. Diferencia borrada en la sucesión de escenas, tentaciones, tronos propuestos en el lujo de la imagen; caída hacia el cuerpo en sus convulsiones. Un enjambre significativa deletrea síntomas en un cuerpo que sangra.

En el texto freudiano surge entonces una pregunta: ¿qué permite la transformación del duelo por la muerte paterna en un destino melancólico?, o de otra manera: ¿qué

contingencia posibilita que la muerte paterna sea causa necesaria de honda melancolía?. Si la muerte de Don Rodrigo Manrique permite a su hijo escribir “Coplas de Don Jorge Manrique por la muerte de su padre”, dejando así una de las poesías más célebres en lengua castellana, en Cristóbal Haitzmann es necesario un pacto alucinado para calmar los tormentos: el diablo queda obligado a sustituir durante nueve años al padre perdido.

Incluido en su proyecto metapsicológico, Freud ya había escrito “Duelo y melancolía”, donde se puede leer:

- que alguien no enferma porque puede perder (duelo).
- que alguien enferma porque no puede perder (melancolía).

De la etiología aparente de una neurosis, en este caso narcisística, Freud extrae consecuencias teóricas sobre la condición de estructura del sujeto. Aquí queda señalada su constitución en una radical pérdida de objeto, cuyo fracaso reintroduce la importancia del demonio que, en su contraste con lo divino, hecha luz sobre las visiones alucinadas de un poseso.

Es así como aparece el demonio sustituyendo al padre, desplazamiento realizado sobre una figura imperdible que Freud explica por la ambivalencia: Padre amado, padre odiado. Reparación de algunos postulados teóricos claramente expuestos en “Lo siniestro”, basculación imposible de Coppola a Spalanzani, fijación paterna que impide el pasaje a las mujeres desde la sólida cárcel narcisista. Para corroborar lo anterior basta citar una nota a pie de página que escribe Freud en el artículo antes citado: “En los recuerdos de infancia, el padre y Coppelius representan los dos elementos antagónicos de la imago paterna, ‘descompuesta por la ambivalencia’; uno de ellos amenaza con la ceguera (castración), y el otro, el padre bueno, implora la salvación de los ojos del niño”. En la misma nota puede leerse: “Por otra parte, la exactitud psicológica de la ‘inhibición afectiva frente a la mujer’ que aqueja a este ‘joven fijado al padre por el complejo de castración’, queda demostrada por numerosos análisis de neuróticos cuyas historias, aunque menos fantásticas, son tan tristes como la del estudiante Nataniel”⁽³⁾. Cabría aquí agregar otra cita, esta vez de Oscar Masotta, que ayuda al recorrido expuesto: “La mayor parte de lo que Freud llama el complejo del padre no consiste sino en intentos fallidos de restauración de la función”⁽⁴⁾.

Fijación que es intento fallido de restituir la función paterna y que, sostenida en el deseo materno, deviene lugar imaginario que en su mirada permite cierto

reconocimiento. Vestido como burgués, el diablo es promesa de calma, de cese de tormentos, de curación de dolencias; ya que desde él se reconstituye su cuerpo. Pacto entre-dos, que soporta en la mirada el lugar de la curación, el lugar del médico.

En una de las láminas puede verse con claridad la constitución bisexual del diablo, cuyos senos son la proyección de la femineidad del pintor, restos de la antigua ternura materna desplazada. Este camino obliga a Freud a reconocer que, previa a la fijación paterna, existe una intensa fijación a la madre que, en un movimiento de rebote, consolida la hostilidad al padre. La conclusión es obvia: el padre odiado en tanto deseado por la madre; lo que cierra el circuito narcisista que culmina en la fantasía de darle un hijo al padre desde una posición femenina. Circuito sin salida donde lo evitado es la castración; no-corte que imposibilita la pérdida.

Ubicados de esta manera en el registro de las pasiones, el odio y el amor transmutan la necesidad de sostener un ideal imposible de ser abandonado. Pasión de no saber que formula un destino, que escrito en distintos textos puede hallarse en “La novela familiar del neurótico”, donde el amor posibilita que en la negación del padre cotidiano resurja un padre ideal, sea vecino poderoso o rey. O en “Sobre una degradación general de la vida erótica”, donde la partición del objeto es obstáculo para la partición del sujeto. El Trofeo es el triunfo de la Madre de Dios sobre Satanás, combate en lo real que proclama un sentido religioso donde la trampa es narcisista y cuyos destellos aparecen en el misterio del dogma de la Asunción de María proclamada por bula papal en 1959.

Un Otro sin falla que impide la caída del sujeto hacia su determinación significativa. Padre idealizado que en su muerte terrenal arrastra al pintor a las garras del demonio, o mejor aún, para retomar la dicción freudiana, un demonio que es sustituto de un padre amado, “una copia del padre tal como hubo de ser visto y vivido en la infancia: individual por cada sujeto, y por la Humanidad, en su época primitiva, como padre de la horda primordial”⁽⁵⁾.

Lo anterior da paso a la nostalgia por el padre amado de la primera infancia en una doble vertiente: filogenética y ontogenética. Por un lado la imagen representativa infantil que perdura, y por otro, la huella mnémica hereditaria del padre primordial. Dos representaciones que al fundirse dan Dios.

Freud introduce en el texto una paradoja, ¿cómo una huella mnémica puede ser hereditaria?, pregunta que ni las últimas investigaciones genéticas se han animado a

plantear. Sin duda se trata de otra cosa, ya que en el texto hay una llamada hacia “Tótem y tabú”. Huella mnémica hereditaria debe ser traducida, en psicoanálisis, como lo que precede al sujeto -sacrificio del padre en la horda primitiva-, donde el mito antropológico deviene mito organizador que permite descentrar la herencia dándole el lugar que ocupa: lo que precede es de orden significante. Y si se recuerda que el animal totémico puede asimilarse a la potencia del padre, siendo este animal elegido por la madre, puede afirmarse que la nostalgia por el padre hace de la falta Dios y allí la lengua goza.

Hölderlin dicta a Schelling lo que es conocido por el “Proyecto”; copiado por Hegel en 1796 fue llamado “el más antiguo programa del idealismo alemán”. Allí está invocada la necesidad de crear una nueva mitología, una mitología racional al servicio de las ideas. Y este nuevo mito del padre simbólico, esbozado en Freud y nombrado en Lacan, bien puede ser su respuesta. En este articulador teórico coloca el psicoanálisis una de las claves de la constitución del lenguaje.

Para sostener términos una cita lacaniana: “Cómo no habría de reconocerla Freud, en efecto, cuando la necesidad de su reflexión le ha llevado a ligar la aparición del significante del Padre, en cuanto autor de la Ley, con la muerte, incluso con el asesinato del Padre -mostrando así que si ese asesinato es el momento fecundo de la deuda con la que el sujeto se liga para toda la vida con la Ley, el Padre simbólico en cuanto que significa esa Ley es por cierto el Padre muerto”⁽⁶⁾.

Esto permite diferenciar al Padre muerto en cuanto simbólico, de la muerte del padre como objeto de amor imperdible que produce el derrumbe en Cristóbal Haitzmann, como viene a mostrarlo otro texto freudiano fechado en 1928: “Dostoyevski y el parricidio”. El escritor agrava sus síntomas convulsivos luego del asesinato del padre, una fantasía vuelta realidad es condición patógena del goce corporal. Omnipotencia donde el deseo es acto (su realización es siniestra) y la identificación al deseo de muerte sumerge al sujeto en su ataque histérico. En el texto freudiano el superyó habla: “Has querido matar a tu padre para ocupar su lugar. Pues bien; ahora eres tú el padre, pero el padre muerto”⁽⁷⁾.

Ser el padre muerto oblitera la falta que Otro padre abre, lo que condiciona su estatus; habría una permanencia en objeto que impide el paso a función. De otra forma, el padre imaginario sostenido en el amor o el odio sería un punto muerto, un obstáculo a la diferencia de los sexos (a la significación del falo) lo que produciría una dificultad

para la constitución de la función paterna, dándole al término función cierto rigor matemático (para cualquier sujeto la función toma un valor preciso: barra que separa consciente de inconsciente).

Desde aquí el asesinato del padre puede ser descompuesto en una doble vertiente: 1) Padre muerto según el deseo de Otro (“Dostoyevski y el parricidio”); habría una sólida permanencia en la omnipotencia materna que sería el correlato de la omnipotencia infantil. 2) Padre muerto según la diacronía significativa (“Tótem y tabú”), que sería autor de Ley y que abriría a la función paterna. La suma permitiría la instalación del padre simbólico o, como escribe Freud en “Moisés y la religión monoteísta”, el padre como premisa lógica, es decir, que funcione como eso que es: un significativo. En rigor debería ser escrito de otra manera: la incertidumbre de la paternidad cotidiana remite al padre como efecto significativo, en donde el reconocimiento no es al padre de todos los días sino al Nombre del Padre, lo que permite al sujeto inscribirse en una cadena de filiación.

Fracaso de la función, falla del Nombre del Padre que no instala la ausencia materna imposibilitando de esta forma la pérdida del padre, lo que da lugar a la emergencia de una grave melancolía colocada bajo el signo de la ambivalencia. Los malos deseos reprimidos son permanencia en el deseo materno, donde la pura presencia imposibilita la ausencia. Por esta vía Cristóbal Haitzmann vende su alma al diablo y es rescatado por la intervención de la Santísima Virgen María para acabar sus días en el convento de Neustadt, sobre el río Moldau en Bohemia, después de haber estado postrado largo tiempo debido a una fiebre hética, como lo señala el compilador del manuscrito original. En ese Convento su nombre era: Hermano Crisóstomo.

El tema retorna en “El Presidente Wilson”. En este trabajo la muerte del padre es puesta en el registro de la identificación “exigiendo un considerable reajuste de las salidas libidinales” tanto en su fin activo como pasivo. La metáfora freudiana habla en su claridad: “su yo se había vuelto un campo de batalla; de un lado se erguía su pasividad reprimida hacia el padre, ordenándole que fuera todo femineidad; por otro, se erguía su actividad hacia él, su formación reactiva contra la pasividad y su superyó, exigiéndole que fuera todo acción y masculinidad”⁽⁸⁾.

Campo de batalla, yo síntoma que en precipitado de identificaciones imaginarias es espejismo de creencias. Entre la femineidad y la masculinidad queda dibujado un

callejón sin salida, y sólo la identificación a los emblemas paternos permitirá, luego de la latencia, el acceso a otra mujer.

Entre lo femenino y lo masculino: la constitución bisexual; tensión que arrastra el cuerpo entre dos sexos y que, inscrita a partir de Edipo, constituye en sus avatares el destino sexuado. Por este camino se abre a la escucha una fantasía embarazosa: parirle un hijo al padre, fantasía intolerada que abre a la neurosis y al rebajamiento paterno que Freud supo escuchar en el Hombre de los lobos.

Paradoja que, de nuevo, convoca al demonio, a los malos deseos reprimidos que trasmutando Dios por Diablo hacen invocación de madre; Santa Madre de Dios que en su virginidad no soporta la versión del padre. Aparece el deseo materno articulado en los fantasmas del hijo (y no es por casualidad que las apariciones de Jesús produzcan tanto dolor y tormento como las de Satanás). La redención habla del nacimiento del héroe, el pacto escrito con sangre le es devuelto el día de la natividad de la Virgen: sacralidad de la neurosis donde lo interrogado es el goce. Saber sobre el goce, sostenido en un coro creyente de monjes de Marizell.

Es merced a la madre de Dios, a sus favores y benevolencias que Cristóbal Haitzmann queda poseso en el goce. El diablo, Dios, someten a un cuerpo al tormento de las convulsiones, campo de batalla donde los síntomas hablan con letras de sangre. Hemorragias, escalofríos, espíritus malignos sentados en la lengua. Así habla el sentido amordazado a un cuerpo sufriente donde se anuda un sentido: cópula de cuerpo y palabra. Sentido por los sentidos, el cuerpo de un ojo mira en la escopia de un cuerpo lo que otro no ve, sensibilidad a flor de piel que formaliza oráculos en los oscuros laberintos de la lengua muerta. Saber no develable, roca de la castración, ombligo del sueño. Lo contingente deviene necesario: un cuerpo soporta la batalla que el goce segrega.

Goce, gozo, aquí el castellano toma algunos atajos, puesto que en español gozo es también: “una composición poética en loor de la virgen que, dividida en coplas, se reza con la repetición de un mismo estribillo”. El goce del rezo que la mirada retorna. Conjuras, invocaciones: un lirio de tres hojas. Padre, Hijo, Espíritu Santo, el tallo es Dios; raíz de un delirio que intenta en su curación la restitución de un padre. El resto es la alegría de dar gozo, que puede quedar malograda cuando “se goza en un pozo” como es dicho en algunas regiones españolas cuando cunde la desilusión o se malogra algo que era esperado con alegría. Quizás alguien goce de buena salud, a

otros la boca se les hace agua por gozar de un helado, hay quien en el goce se vuelve loco.

Cristóbal Haitzmann, pintor que no puede pintar, está incapacitado para ganarse el sustento (un niño de pecho). Freud sugiere que el deseo paterno entraba en contradicción con el sujeto: no quería a su hijo, pintor. Dicción contraria que en forma de mandato pone en movimiento la “obediencia a posteriori”, que también sería “una manifestación de remordimiento y un autocastigo eficaz”⁽⁹⁾. Puesto en forma de interrogante: ¿a quién se obedece cuando se obedece a posteriori?. Y más aún, ¿quién obedece?. En el escrito freudiano la respuesta es obvia: se obedece al padre; y para descentrar una noción que hace del Edipo una historia banal, hay que acentuar las palabras freudianas: “Es posible que el padre se opusiera al deseo de su hijo de ser pintor”. El deseo paterno soportado en “lalengua” instala una ley desprovista de sentido; más allá de él, más allá del padre se perfila la cadena generacional donde los cuerpos soportan la lógica implacable del significante.

Paradoja que en los textos freudianos abre un espacio: superyó-ideal del yo, en donde su aspecto negativo es conocido con el nombre de conciencia moral y en su aspecto positivo es ordenador. Imperativo que habla del reaseguro de la separación y resguardo de la unión narcisista del sujeto. Ley muda en el fracaso de la palabra no instituida.

La dirección indicada lleva necesariamente a concluir: la obediencia a posteriori es al superyó paterno. Instancia simbólica que transmitida en forma imperativa determina al sujeto. Lacan ubica su emergencia con relación al concepto de censura; y vale la pena recordar desde “La interpretación de los sueños” que la censura escinde al sujeto dando una parte accesible, que puede ser reconocida, de otra prohibida, inaccesible. Partición del sujeto que hace a su ubicación cotidiana.

En la obra freudiana lo expuesto no siempre aparece con claridad, más aún, a veces los términos se mezclan como ocurre en “El Presidente Wilson”: “El poder psíquico interno surgido de la incorporación del padre todopoderoso de la niñez es denominado ideal del yo o superyó”, donde la conjunción indica lo intercambiable de los términos. Posición paradójica ya que dos líneas más abajo los conceptos vuelven a separarse.

En “Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis”, escritas en 1932, se lee en su lección XXXI dedicada a la “Diseción de la personalidad psíquica”: “Hemos de citar aún una importantísima función que adscribimos al superyó. Es también el substrato

del ideal del yo, con el cual se compara el yo, al cual aspira y cuya demanda de perfección siempre creciente se esfuerza en satisfacer⁽¹⁰⁾. La permanencia en la obra de Freud de dos términos que por momentos se confunden, implica un interrogante teórico que, abierto, posibilita una respuesta. Es así como Lacan retoma el problema a partir del texto de Freud “Introducción del narcisismo”, ubicándolo en una situación de estructura.

Entre el ideal del yo y el yo ideal se abre una importante diferencia: el primero está dentro del orden simbólico, el segundo forma parte del orden imaginario, de donde puede concluirse que yo ideal es sinónimo de yo. Lugar paranoico por excelencia ante la diferencia de los sexos y que Freud marcó al señalar el desarrollo desigual entre libido y yo, obstáculo del segundo para el arribo a la fase fálica.

El ideal del yo queda como lugar diferencial que a través de la identificación a los emblemas paternos permitirá la sublimación; en el otro polo, el yo ideal concierne a la idealización de un objeto que, por supuesto, puede ser el propio yo, lo que fortalece la represión. Lacan lo dice con precisión: “El ideal del yo comanda el juego de relaciones de donde depende toda la relación con el otro, y de esa relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructura imaginaria⁽¹¹⁾”.

Quedan dibujadas las diferencias y similitudes entre el ideal del yo y el superyó: de común raíz narcisista, uno es sustrato del otro, causa y efecto de Ley abren lugares identificatorios distintos.

La apertura de esta trilogía significativa importa para aprehender la historia de Cristóbal Haitzmann, en donde la “obediencia a posteriori” obra en forma patógena: el pintor enferma porque no puede pintar o porque su capacidad creativa se ha vuelto nula. Luego de la devolución del primer pacto, que permite cierto bienestar, pinta una tela para el altar de la Virgen.

Esto resalta cierta dificultad freudiana, o mejor cierta dificultad de lo inconsciente, que abre el camino de la sublimación en una instancia que tiene un fuerte poder melancolizante -en el sentido psiquiátrico del término- debido a su conexión con el yo ideal.

El ideal del yo posibilita que “el deseo tenga una satisfacción parcial sustituyendo su objeto inaccesible por uno relacionado, no desaprobado por el superyó o el mundo exterior; así el deseo instintivo se transfiere desde su meta y objeto más satisfactorio pero inadmisibles, a uno que es tal vez menos satisfactorio pero más fácilmente

accesible”⁽¹²⁾. Cuyo resto entre el más y el menos, implica una satisfacción sobrante que no puede reducirse a cero. Insistencia que repite formulando un goce donde se abre otro espacio al demonio, que derrotado en el convento de Mariazell permite al sujeto contarse en su Diario.

Diario que está a medio camino entre las confesiones de un pecador y la descripción de sus tormentos y suplicios; las visiones se suceden mostrando sus vergüenzas y tentaciones. Rechaza el trono y los placeres que la fantasía atormentada de un pobre diablo despliega en la letra del texto. Fantasías optativas que hablan de su pobreza y de un destino enraizado en lo demoníaco. El “Trofeo de Mariazell” queda como testimonio del interés freudiano que hilvana los puntos de una teoría sobre un manuscrito. Puntos límites en la posibilidad de interrogar lo real. El Diablo, la Virgen, extrañas apariciones, lujuria, larvas, voces restitutivas en su intento de curación. Si el dolor limita en el desvanecimiento, más allá de él, el poseso arroja diablos al decir psicoanalítico. En este decir, el límite es la transferencia, interrogante que insiste para mostrar que ello debe ser escuchado.

NOTAS:

(1) Ed. William Dawson & Sons Limited, Londres, 1956.

(2) Edición en castellano: Sigmund Freud y William Bullit, “El Presidente Thomas Woodrow Wilson - Un estudio psicológico”, Ed. Letra Viva, Buenos Aires, 1973.

(3) Sigmund Freud, “Lo siniestro”, pág. 2492. Obras completas, vol. III, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.

(4) Oscar Masotta, “Consideraciones sobre el padre en El Hombre de las Ratas”, Cuadernos Sigmund Freud, N°3, Buenos Aires, 1972.

(5) Sigmund Freud, “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”, pág. 2684. Obras completas, vol. II, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.

(6) Jacques Lacan, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, pág. 538. En “Escritos 2”. Ed. Siglo XXI. México, 1985.

(7) Sigmund Freud, “Dostoyevski y el parricidio”, págs. 3009-3010. Obras completas, vol II, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.

(8) Sigmund Freud, “El Presidente T. W. Wilson”, op. cit.

(9) Sigmund Freud, “El Presidente T. W. Wilson”, op. cit.

(10) Sigmund Freud, “Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis”, pág. 3137. Obras completas, vol. II, Ed Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.

(11) Jacques Lacan, “Les écrits techniques de Freud”, Le Séminaire, livre I, Editions du Seuil, París, 1975.

(12) Sigmund Freud, “El Presidente T. W. Wilson”, op. cit.

Esta conferencia fue publicada como artículo en los “Cuadernos Alisios. Cuadernos Canarios de Psicoanálisis” de Diciembre de 1997.



DEL SÍNTOMA MÉDICO AL SÍNTOMA ANALÍTICO

El título de esta charla propone una diferencia, que es también una secuencia que va del síntoma médico al síntoma analítico.

Esta diferencia es dada por obvia desde el lado del psicoanálisis, pero no es entendida por los médicos, quienes en el mejor de los casos tienen una actitud entre comprensiva y escéptica, que en nada cambia su práctica.

Este no-entendimiento, no es debido a la falta de inteligencia de tal o cual médico, este no poder escuchar en el síntoma algo más allá de lo médico se debe a razones que implican el corazón del síntoma, su núcleo de goce, podríamos afirmar con el riesgo de transmitir un aforismo.

A veces resulta patético escuchar a un psicoanalista intentando convencer a un médico de las virtudes de entender el síntoma como freudiano, y esto es así porque no se trata de que tal médico o tal otro no entiendan la concepción novedosa que implica el síntoma desde el psicoanálisis. Ya lo dijimos, no es el problema de un médico, es la concepción médica del síntoma la que determina el desconocimiento, es lo que podríamos llamar la ideología médica del síntoma. En el bien entendido que no se trata de cuestionar el síntoma médico ya que éste, por sí, ha mostrado su utilidad.

En “Psicoanálisis y medicina” Lacan toma dos puntos clave sobre los que se edifica la ideología médica actual: el dejar de lado, no enterarse de la demanda del enfermo, y menos aún del goce que siempre implica un cuerpo. Dos pilares que sostienen cada vez con más vigor el andamiaje médico, puesto que éste ha establecido un sólido lazo con el discurso de la ciencia cuyos representantes, los laboratorios médicos, dictan los cánones a seguir en el mundo de la medicina.

La concepción del síntoma que la medicina rechaza se gesta muy tempranamente en la obra de Freud. Lo podríamos decir de otra manera: la mutación en la concepción del síntoma funda el psicoanálisis y es previa a la formalización del inconsciente.

Un texto fundamental para entender cómo se produce esta nueva concepción del síntoma es “Psicoterapia de la histeria”, texto en el cual Freud expone los resultados de sus investigaciones sobre el síntoma histérico y sobre la estructura que da sostén a esta nueva forma de entender lo sintomático.

En el texto citado, “Psicoterapia de la histeria”, Freud nos recuerda que en “La comunicación preliminar” escrita conjuntamente con Breuer, habían afirmado que los síntomas histéricos desaparecían inmediatamente en cuanto se conseguía despertar con toda claridad el recuerdo del proceso provocador. Es decir, que postulaban que la descarga verbal actuaba sobre una representación no descargada.

Ya no es el síntoma signo de una disfunción orgánica, sino que se trata de una manifestación de lo reprimido.

En el texto citado “Psicoterapia de la histeria”, Freud, además de afirmar el pasaje del síntoma médico al síntoma analítico (usada esta expresión en un sentido amplio), intenta diferenciar las manifestaciones de la angustia de los malestares sintomáticos, y lo realiza separando lo que corresponde a la neurosis histérica de lo que denomina neurastenia y neurosis de angustia.

Me parece que este comienzo freudiano es importante, puesto que si es bien cierto que la ideología médica hace impermeable entender al síntoma en su formalización analítica, cierta confusión entre el síntoma y fenómenos ligados a la angustia, incluso a la inhibición en el campo analítico, contribuyen a aumentar la resistencia.

En otro lugar, Sevilla, intenté plasmar algunas líneas de demarcación entre la angustia y el síntoma; ahora la línea de separación será entre la inhibición y el síntoma.

Para tensar esta línea hay tres grandes textos que marcarán mi recorrido. Primero el texto por excelencia: “Inhibición, síntoma y angustia”, texto de Freud de 1925; en segundo lugar el Seminario 10 de Lacan sobre “La angustia”; y, en tercer lugar, la primera lección del Seminario 22 “RSI”.

“Inhibición, síntoma y angustia”, distintas formas del malestar que son agrupadas por Freud para marcar las diferencias entre ellas, máxime teniendo en cuenta que en este escrito transformará radicalmente su concepción sobre la angustia.

El texto freudiano comienza con una primera incursión sobre la diferencia entre síntoma e inhibición, que será una guía extremadamente útil para el desarrollo del tema.

Lo primero que afirma Freud es que la inhibición pertenece a un campo distinto del síntoma, ya que la primera presenta una relación especial con la función. De esta manera introduce Freud un término que será esencial en el estudio de la inhibición, el término “función”, lo que hace posible que la inhibición de una función pueda adquirir el rango de normal o patológica según la magnitud de la inhibición de la función, es decir, que la inhibición pueda llegar a ser considerada un síntoma.

Debemos reconocer que el término función es usado por Freud de una manera muy amplia, lo que le permite colocar en el rango de la inhibición fenómenos muy diversos. Es así como nos habla de inhibiciones en la función sexual que van de la impotencia a la falta de placer del órgano. También describe las inhibiciones más frecuentes de la nutrición, entre las que destaca la repugnancia. En tercer lugar nombra la inhibición de la locomoción, punto que pondrá de relieve Lacan y, casi fuera de serie, Freud designa la inhibición de la capacidad de trabajo.

La explicación freudiana es simple: la función yoica de un órgano queda alterada cuando su significación sexual, su erogeneidad, recibe un incremento.

En el seminario de “La angustia”, Lacan va construyendo un esquema sobre “Inhibición, síntoma y angustia” al entender que estos tres términos no son del mismo nivel, es decir que no hacen serie.

La inhibición, nos dice Lacan, se encuentra en la dimensión del movimiento, aunque este movimiento sea metafórico, la detención de este movimiento es la inhibición. Es un impedimento.

El impedimento, la detención de un movimiento funcional, Freud nos dice, implica investigar las distintas perturbaciones del yo. De esta manera, para Freud, el yo aparece como lugar de la función, es más, Freud lo llama sede de las funciones del yo, es decir, que la inhibición se enreda con la angustia por tener la misma ubicación. Freud explícitamente afirma la estrecha relación de la angustia con la inhibición: “Algunas inhibiciones son renunciadas a la función a causa de que durante su realización surgiría angustia”. Al tener su sede en el yo, la angustia y la inhibición se separan del síntoma, que tiene distinta ubicación.

El punto álgido, el punto que se presenta como un verdadero obstáculo para entender la inhibición freudiana es el lugar de su localización, es decir, el yo. Si se lee el texto con un poco de atención se puede llegar a pensar que el yo sede de la inhibición es distinto al yo sede de la angustia.

En el apartado IV de "Inhibición, síntoma y angustia", al comenzar un nuevo comentario sobre el caso Juanito, Freud nos propone la siguiente explicación de la agorafobia: "El miedo incomprendible al caballo sería el síntoma, y la incapacidad de salir a la calle, un fenómeno de inhibición, una restricción que el yo se impone para no despertar al síntoma de angustia".

Como podemos leer en el texto, se trata de una restricción que el propio yo se impone para no despertar la angustia, y más adelante agrega que cuando el "yo reconoce el peligro de castración da la señal de angustia e inhibe por medio de la instancia del placer-displacer el amenazador proceso de carga del ello". Una posición contradictoria, puesto que en un primer momento es la inhibición la que evita la angustia y en un segundo tiempo es la angustia la que produce la inhibición. Pero si rechazamos esta modalidad de sucesión temporal y la reemplazamos por una visión de lugares, cosa que ya está en Freud, podemos ver que la inhibición y la angustia tienen un territorio en común y un lugar diferenciado.

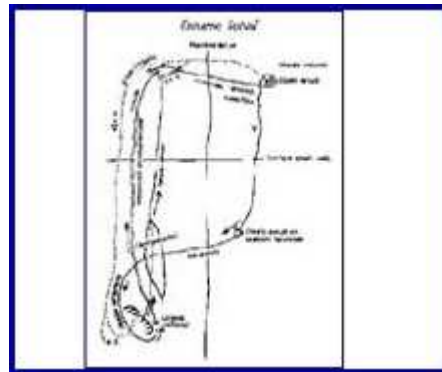
Esto nos permite ubicar la inhibición en el registro imaginario que produce agujero en lo simbólico, y la angustia en el registro de lo real que recubre lo simbólico.

De esta manera podemos sostener que el yo del cual habla Freud en la inhibición es el yo libidinizado, es lo que viene a decir Freud cuando afirma que la "función yoica de un órgano queda alterada cuando su significación sexual, su erogeneización, aumenta". Es así como Freud está hablando por medio de la erogeneización de un miembro, por ejemplo en la parálisis del escritor, de una irrupción imaginaria que va a determinar a lo simbólico. Lo cual tiene toda su importancia puesto que el goce necesita de un cuerpo para gozar.

Pero en el bien entendido que la función del yo, según la designa Freud, es colocada en ese lugar por la tendencia casi natural de nuestro pensamiento a considerar que la substancia, como tal, está en lo imaginario, y por lo tanto el yo es lo que en la representación hace agujero.

De otra manera, el yo es imaginado como un agujero, agujero que es a la vez taponado en el pronombre personal de primera persona.

El “Esquema Sexual” dibujado por Freud en el Manuscrito G y que menciona Arturo Roldán en esta conferencia.



LA SATISFACCIÓN DEL SÍNTOMA

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA EN MARZO DE 1999

Buenas tardes. Casi todo el mundo entiende que el síntoma es sufrimiento, que el síntoma es dolor, por eso resulta paradójico hablar de la satisfacción del síntoma, ya que es difícil sostener que el dolor satisface a alguien.

La mayor parte de la gente, gracias al psicoanálisis, sabe que aquellas personas que se satisfacen con el dolor son los/las masoquistas, pero esto es tan general que no nos sirve para hablar de satisfacción del síntoma.

El problema, entonces, es más complicado de lo que parece a primera vista, pues del dolor no sabemos demasiado, incluso los más modernos avances en la fisiología del dolor no nos aportan datos concretos para entender el sufrimiento. El aporte freudiano para entender el problema del dolor lo encontramos en “Inhibición, síntoma y angustia”, donde el último apartado está dedicado a este tema. Allí Freud nos habla del dolor como reacción a una pérdida, y pone el ejemplo del niño al separarse de la madre. Este tipo de dolor lleva por camino la tristeza y como consecuencia el duelo que permite elaborar esa pérdida.

Otros dolores, aquellos que se originan en el cuerpo, son debidos a la presencia de un estímulo que no se puede evitar con la huida y que aparece como un estímulo que presiona en forma permanente. Estos estímulos pueden venir del exterior del cuerpo, o bien provenir del interior del cuerpo. La hipótesis freudiana, en definitiva, nos habla del aumento de tensión que no puede eliminarse, este aumento de tensión que tiene una fuerte carga narcisista: alguien con dolor de muelas no puede hacer otra cosa, cuando

el dolor es muy intenso, que ocuparse del dolor que lo captura, sin que le sea posible otra actividad.

El síntoma puede ser sin dolor, como en los rituales obsesivos, o con dolor, como el que acarrea cualquier trastorno corporal, y vemos que por este camino no nos aproximamos a la satisfacción que el síntoma conlleva.

Interroguemos de otra manera: ¿estás satisfecho?. Es una pregunta que se puede hacer después de una comida abundante, pero a la inversa también puede hacerse después de una comida frugal, donde la satisfacción se ha desplazado de la ingesta alimenticia a la falta de ingesta, como en los regímenes para adelgazar, donde a pesar de la insatisfacción que produce la falta de alimentos existe la satisfacción del poco comer, de lo cual es posible deducir que existe una satisfacción en la insatisfacción.

Como podemos ver, el problema de la satisfacción se nos complica ya que llegamos a la conclusión de que puede haber una satisfacción en la insatisfacción, como lo vino a mostrar esta viñeta sacada de la vida cotidiana.

De esta manera, nos acercamos al uso específico que Freud hizo de la satisfacción, lo que podríamos llamar “la satisfacción freudiana”.

LA SATISFACCIÓN FREUDIANA.

En 1997 impartí también aquí, en Sevilla, una charla sobre la satisfacción, por eso muchas de las cosas que diré a continuación ya estaban en aquella clase.

En una lectura rigurosa de los textos freudianos anteriores a “La interpretación de los sueños”, es posible encontrar tres grandes vectores sobre la satisfacción.

Podemos llamar al primer vector “clínico”, puesto que se basa en observaciones clínicas sobre las cuales Freud intenta entender. Este vector clínico se encuentra en la correspondencia con Fliess y en los diversos manuscritos que escribe bajo transferencia. Como es sabido, estas cartas tienen la ventaja de que no fueron escritas para su publicación, lo cual permite seguir el recorrido freudiano con todas sus dudas, sus avances y sus retrocesos.

El segundo vector está plasmado en el “Proyecto de una psicología para neurólogos”, que es un intento de formalizar el saber adquirido en la clínica con el utensilio de la neurología de su tiempo. Sabemos que Freud se adelanta a la neurología de finales del siglo XIX al conceptualizar su esquema en base a la sinapsis, es decir, la

separación interneuronal. Esta diferencia le permite formalizar series neuronales diferenciadas por sus funciones, a las que Freud adscribe una letra. Por este motivo Lacan, en el Seminario 2, llama al “Proyecto” juego de escrituras, lo cual es importante resaltar porque no falta quien se apropia de este texto para insertarlo en el conjunto de las neurociencias.

El tercer vector lo encontramos en los “Tres ensayos para una teoría sexual”, donde la sexualidad es ordenada desde el concepto de pulsión.

LA SATISFACCIÓN EN LA CLÍNICA.

Trabajemos el primer vector desde su origen. En el “Estudio preliminar” realizado por Ernest Kris como prólogo a los trabajos freudianos agrupados bajo el título de “Los orígenes del psicoanálisis”, encontramos una de las primeras definiciones de un invariante que, como un hilván, atraviesa toda la obra freudiana nombrado y teorizado desde distintos ángulos y de diversas maneras. Este invariante, citado por Kris y extraído de un borrador freudiano previo a la Comunicación realizada con Breuer, se puede leer: “El sistema nervioso tiene la tendencia de mantener constante, en sus condiciones funcionales, algo que cabe denominar suma de excitación. Procura mantener esta precondition de la salud resolviendo asociativamente todo incremento sensorial de la excitación o descargándola por medio de una reacción apropiada”.

De la cita anterior podemos deducir que la tendencia a mantener constante la cantidad o suma de excitación, al ser colocada en el rango de una “precondición” de la salud, está designando una condición necesaria para el buen funcionamiento del aparato psíquico. De otra manera: fijada una constante “x”, cualquier desviación será considerada como anómala.

Esta afirmación se ve corroborada en los sucesivos trabajos al modo de un invariante bajo distintas construcciones: satisfacción-insatisfacción, placer-displacer, principio de constancia, etc. Es una piedra angular del edificio freudiano.

Pero antes de proseguir con esta constante, vale la pena recordar que la aproximación a la histeria, por parte de Freud, es vía el síntoma. Las distintas formas de agrupación de los síntomas producen la aparición de discusiones diagnósticas, cuya validez llega hasta nuestros días. En el comienzo freudiano, el diagnóstico estaba relacionado con la etiología que producía debates apasionados.

Sabemos que fue Charcot quien aisló la histeria de otras enfermedades -como se las designaba en aquel entonces- adjudicándole una etiología hereditaria. Freud, discutiéndole, postula una etiología sexual. Sentada esta base, el problema consiste en delimitar el campo preciso de la sexualidad.

Lo que podemos afirmar es que, al apostar por una etiología sexual de la neurosis, Freud lo hace desde una perspectiva precisa: las neurosis son producidas por una satisfacción anormal, anómala, o desviada en su fin que produce alteraciones en la constante energética, ya sea por sobrantes de energía sexual, de libido, o ya sea por déficit.

Lo anterior puede ser leído en el Manuscrito A, que aunque no tiene fecha probablemente es de fines de 1892. Discutiendo los problemas que suscitan las neurosis de angustia, nos encontramos con la siguiente pregunta: ¿un coito con preservativo puede tener efectos nocivos?. Esta pregunta, que hoy nos suena un poco extravagante, tiene su razón de ser si entendemos -como decía hace un momento- que la etiología de la neurosis de angustia es adjudicada a una satisfacción anómala en el sentido energético del término.

Lo anterior puede confirmarse en el mismo Manuscrito A, donde podemos leer las causas etiológicas de la neurosis de angustia: 1) agotamiento por satisfacción anormal, 2) inhibición de la función sexual, 3) efectos que acompañan estas prácticas, 4) traumas sexuales anteriores a la edad del raciocinio.

Como puede escucharse, en aquellos momentos de la obra freudiana, la etiología de la neurosis estaría dada por una satisfacción anormal, posición que reenvía a su contraparte: la existencia de una satisfacción sexual normal. El problema, de esta manera, se desplaza hacia el concepto de normalidad.

Un poco más tarde, en febrero de 1893, en el Manuscrito B trata de demostrar que la etiología de la neurastenia es siempre y únicamente sexual. Para fundamentar esta posición divide a esta entidad clínica en su lado masculino y en su lado femenino.

Citemos lo que Freud afirma del lado hombre: “La neurastenia masculina es adquirida en la época de la pubertad y se manifiesta entre los veinte y los treinta años. Su fuente es la masturbación, cuya frecuencia es absolutamente paralela a la frecuencia de la neurastenia en el hombre”. El lado mujer se iguala en razón de su etiología a la del hombre, y en las mujeres casadas es relativa a la neurastenia del marido: es decir, por

insatisfacción sexual. Para decirlo en términos extremadamente simples: porque no existe una descarga de energía sexual adecuada.

Siguiendo la línea que venimos trazando podemos leer el Manuscrito D, probablemente de mayo de 1894, cuyo título es sumamente sugestivo: "Sobre la etiología y la teoría de las grandes neurosis". En él Freud insiste en su idea de una descarga anómala productora de insatisfacción, pero da un paso más al incluir un factor cuantitativo referido a los incrementos internos y externos de la excitación sexual.

El trasfondo de la novedad anterior, una vez más, es el problema diagnóstico, puesto que en ese momento de su obra está realizando la diferencia entre neurosis actuales y neurosis de defensa.

Otro paso más y, tan sólo un mes después, en el Manuscrito E adscribe la etiología de la angustia a diversas formas de insatisfacción sexual, manteniendo su línea de pensamiento. En este Manuscrito intenta construir puentes sobre la hiancia causal entre insatisfacción y angustia. Estos primeros puentes son escritos sobre la noción de "tensión endógena", tensión que puede aumentar en forma constante o en forma discontinua y que para ser elaborada psíquicamente debe alcanzar cierto umbral.

El razonamiento freudiano de aquellos momentos puede sintetizarse de la siguiente manera: el aumento de la "tensión sexual física", al traspasar un cierto umbral, comienza a ser elaborado psíquicamente al entrar en contacto con grupos de ideas.

Esta manera de articular la tensión sexual física y su elaboración psíquica, como pudo escucharse, Freud la resuelve apelando a la noción de umbral que se demuestra precaria.

Sin embargo, esta precariedad de la solución nos muestra una de las dificultades fundantes del psicoanálisis, es decir, la sexualidad y su inscripción en los desfiladeros del inconsciente.

El Manuscrito G, que data probablemente de enero de 1895, tiene dos vertientes. La primera es el estudio de la melancolía desde la perspectiva de una etiología sexual, a lo que agrega como característica principal el duelo por un objeto perdido y su anhelo correspondiente -recordemos que Freud utiliza la palabra alemana "Sehnsucht", que se traduce por anhelo y que prefigura al término deseo.

La segunda parte del Manuscrito G es un prístino resumen freudiano de su pensamiento a principios de ese año de 1895. Nos presenta el “Esquema Sexual” en el que aparece la noción de “acción específica adecuada”, que sería la descarga psíquica adecuada para la eliminación del estado de tensión libidinal.

En este mismo esquema puede leerse como etiologías: el exceso de masturbación, el “coito interruptus”, la anestesia sexual,... de una larga serie de noxas que, colocadas en el rango etiológico, intentan dar cuenta de algo que cogía en relación a la causa y que la clínica no sostiene adecuadamente.

Esta forma de entender la etiología de las neurosis (es decir, como satisfacciones sexuales anómalas) da lugar a una agrupación crítica: las neurosis actuales, cuyas marcas de origen sitúa en la insatisfacción actual sobre el trasfondo de una presunta satisfacción normal, que siempre esperada por el paciente no alcanza nunca a llegar.

En el Manuscrito K, que fecha el uno de enero de 1896 y titula “Las neurosis de defensa”, el eje del problema satisfacción-insatisfacción toma otros derroteros, al alcanzar las nociones de defensa, por un lado, y de trauma, por otro, un desarrollo teórico importante.

Aunque repetido miles de veces, no deja de asombrar cómo Freud va construyendo la clínica analítica al mismo tiempo que desarrolla su propio concepto. Desde esta perspectiva, puede rescatarse la diferencia de los traumas en la histeria y en la obsesión: “La histeria es consecuencia de un shock sexual presexual, mientras que la neurosis obsesiva es la consecuencia de un placer sexual presexual, que más tarde se transformará en autoreproches”. Podemos rescatar el trauma freudiano y colocarlo en su verdadera dimensión a partir de la introducción, por parte de Lacan, de la “tyché” y su encuentro con lo real, pero lo que no debe pasar desapercibido es que la noción de trauma freudiano conserva, en forma implícita, una insatisfacción desviada, ya sea en más, ya sea en menos.

Leamos con cierta paciencia el Manuscrito K. Aparece, en primer lugar, la idea sostenida hasta ese momento de una satisfacción normal y otra anormal, que sería causa de neurosis. Freud lo escribe de esta manera: “Las neurosis son aberraciones patológicas de estados psíquicos normales porque no llevan a una resolución, sino a daños en el yo, y aparecen en las mismas circunstancias que sus prototipos afectivos siempre que su determinación incluya otras dos condiciones: que sean de índole sexual y que ocurran antes de haber alcanzado la madurez sexual”.

En segundo lugar, introduce una tendencia defensiva normal que define como una “aversión a dirigir la energía psíquica de manera tal que ocasione displacer”. Esta -un poco enigmática- tendencia defensiva normal, según Freud, no puede ser dirigida contra la percepción por tener esta última un carácter consciente, y sólo puede actuar frente a los recuerdos y las representaciones cogitativas.

Esto es lo mismo que decir que hay una tendencia defensiva normal contra las representaciones cogitativas y los recuerdos que ocasionan una sensación displacentera y, como es lógico, Freud agrega que estas representaciones que producen un afecto penoso son las representaciones sexuales.

Dividida la vida sexual de los individuos por la pubertad, este desdoblamiento hace posible -seguimos al Freud de aquellos años- que un trauma tenga la eficacia necesaria para devenir patológico; es decir, ubica los efectos del trauma en una posterioridad (“nachträglich”), como efectos retroactivos. A lo que hay que agregar que la situación traumática (sexual) deviene etiología de la neurosis y, al mismo tiempo, sirve para el diagnóstico diferencial.

Lo que llama la atención en este Manuscrito K es el reconocimiento, por parte de Freud, del no saber por qué las representaciones sexuales son patogénicas. A pesar de ese no saber, Freud continúa su obra basada en los efectos de una causa desconocida.

Entre otras consecuencias, y no de las menores, está el desplazamiento de las nociones de satisfacción a las del principio del placer. ¿Problemas de palabras?, bien puede ser, puesto que define al placer como la descarga de la tensión, lo que coincide en gran parte con la satisfacción. También es cierto que remover el lecho del lenguaje con distintas palabras no es sin consecuencias.

En el Manuscrito L, de mayo de 1897, se dan los primeros pasos para la construcción de las fantasías y su ubicación precisa en el entramado teórico. Aquí hay dos puntos a resaltar: Sirven para sublimar los recuerdos y, segundo, “están construidas con cosas oídas y sólo ulteriormente aplicadas”.

Estos primeros pasos en la construcción de las fantasías son demasiado vacilantes para sacar consecuencias importantes sobre la satisfacción, pero dejan la impresión de que las coloca en el rango de la defensa -bloqueo lo llama Freud- contra los recuerdos.

LA SATISFACCIÓN EN LOS “TRES ENSAYOS”.

Es sabido: “La interpretación de los sueños”, “Psicopatología de la vida cotidiana” y “El chiste y su relación con lo inconsciente” son los tres grandes escritos freudianos que Lacan toma para la conceptualización de las formaciones del inconsciente, es decir, del trabajo del significante.

Es posible abrir otra serie que va desde los trabajos previos a “La interpretación de los sueños”, aquéllos referidos a las psiconeurosis de defensa, hasta los “Tres ensayos”, donde Freud trata lo que no es significativo y que, sin embargo, produce múltiples efectos en lo que en aquellos momentos de su obra llama la sexualidad.

Rescatemos de este escrito lo que necesitamos para nuestro desarrollo. Freud continúa afirmando que la etiología de la neurosis es sexual, pero ahora esto queda referido a las pulsiones. Agrega que el síntoma es una sustitución o transcripción de una serie de “procesos, de tendencias y deseos anímicos afectados a los que un particular proceso psíquico, la represión, ha impedido llegar a su normal exutorio por medio de la actividad psíquica consciente”.

Lo que se mantiene como un invariante es la idea de una descarga normal y que la represión produce una satisfacción sustitutoria que obviamente es anormal. Pero hay que entender con suma precisión que lo normal y lo anormal están referidos a cantidades de energía, lo que clásicamente se llama el factor económico.

Además de lo anterior y para el tema que nos ocupa, conviene releer con cierto cuidado el apartado que lleva por título “Pulsiones parciales y zonas erógenas”. Allí podemos leer: “La fuente de la pulsión es un proceso excitante en un órgano y su fin más próximo está en hacer cesar la excitación de dicho órgano”.

A partir de esta cita, está aparentemente claro que la satisfacción consiste en hacer cesar la excitación, o de otra manera: la satisfacción consiste en la disminución de la tensión de un proceso de excitación de la zona erógena. Al ser el objeto lo más lábil de la pulsión, podemos recalcar en el recorrido de la pulsión para su satisfacción, como lo dice Lacan en el Seminario 11.

Sin embargo, el desarrollo freudiano no es sin contradicciones. En el apartado “Fuentes de la sexualidad infantil”, Freud afirma: “Antes de analizar las sensaciones de placer producidas por las excitaciones mecánicas, haremos observar que en lo que

sigue emplearemos indistintamente los términos excitación y satisfacción, reservándonos para más adelante el sentido de cada uno”.

Pocas explicaciones podemos aportar a esta contradicción cuyos polos son: la satisfacción como caída de la tensión y, por otro lado, la satisfacción como sinónimo de excitación. Pocas, pero no ninguna, puesto que es posible que estas contradicciones freudianas tengan como base la indeterminación de la serie placer-displacer y sus relaciones con la satisfacción.

Para intentar cercar esta contradicción recurramos a “Las pulsiones y sus destinos”. Este texto medular de la obra freudiana comienza con una afirmación contundente: el aparato anímico está gobernado por la serie placer-displacer. El displacer es consecuencia de un aumento de tensión y el placer es una disminución de la tensión.

Sobre la plataforma placer-displacer, Freud construye sus conceptos fundamentales, es decir, las pulsiones. Este concepto le permite ordenar todo lo relativo a la sexualidad, tarea que ya había comenzado en los “Tres ensayos”.

Recordemos lo que ya es sabido: la perentoriedad de la pulsión es su factor motor. La fuente de la pulsión “es un proceso que se desarrolla en un órgano o en una parte del cuerpo y es representado en la vida anímica por la pulsión”.

El fin de la pulsión, ya habíamos adelantado algo sobre este punto, es la satisfacción, que sólo puede ser alcanzada “por la supresión del estado de excitación de la fuente de la pulsión”.

Sin embargo hay un destino de la pulsión que no pasa por la represión: la satisfacción pulsional en la creación. Por este motivo, dentro de los destinos posibles de la pulsión introduce la sublimación, que en rigor es una desviación de la satisfacción pulsional y que Freud designa como pulsiones coartadas en su fin. De otra manera: la sublimación es un destino de la pulsión que no está sujeto a la represión.

Lo anterior hace posible preguntar: ¿qué quiere decir que una pulsión se satisface?. Y para volver a las preguntas del comienzo de esta clase, ¿quién se satisface en la satisfacción pulsional?. A esta última pregunta la respondemos de manera axiomática: si la pulsión es acéfala, si la pulsión tiene como punto de arranque la excitación de su fuente, ello, eso, se satisface en la satisfacción pulsional. El resto es demanda. La otra pregunta, ¿qué quiere decir que una pulsión se satisface?, tiene una respuesta clínica: Quiere decir que cuando alguien nos consulta es por estar insatisfecho. A pesar de

que nosotros podamos decir que hay un goce en el síntoma, lo cierto es que ese malestar que el sujeto lleva consigo, ese displacer que está ligado al placer en el displacer, es un goce que retorna una y otra vez en la repetición para marcar una vida de sufrimiento, y lo sabemos, el sufrimiento no sirve para nada.

Este sufrimiento, este malestar, esta insatisfacción es una satisfacción sustitutiva que el síntoma porta en su seno por represión de la pulsión. Podemos retornar a los “Tres ensayos”, donde es posible ubicar una de sus primeras definiciones: “Los síntomas neuróticos son satisfacciones sustitutivas... para poder dar esta categoría tenemos que incluir en el concepto de insatisfacción sexual la de los deseos llamados perversos”. Es decir, la pulsión que es parcial.

LA SATISFACCIÓN DEL SÍNTOMA.

Los síntomas neuróticos son satisfacciones sustitutivas de la satisfacción pulsional que ha sido reprimida. Para entender un poco mejor esta afirmación, que es en definitiva el punto central de esta charla, conviene precisar sobre algunos síntomas en particular, y para ello nada mejor que recordar los síntomas de la neurosis obsesiva.

Aquellas personas, en su mayoría hombres, que padecen de una neurosis obsesiva presentan impulsos extraños a su personalidad, realizan actos compulsivos que no les proporcionan ningún tipo de placer. Por otro lado padecen de una invasión de pensamientos que se le imponen, que no pueden evitar, pensamientos que van desde problemas laborales hasta pensamientos catastrofistas. Muchas veces estos pensamientos impuestos tienen un contenido absurdo. Estas cavilaciones agotan al paciente, y muchas veces son productoras de insomnio. También tienen distintos rituales, como apagar la luz dos veces, comprobar reiterativamente el orden de los objetos,... lo cual los suele presentar como maniáticos del orden, de la limpieza. Estos rituales pueden no tener demasiada importancia, es decir que no son obstáculos a la vida cotidiana, pero en ciertas ocasiones pueden obstaculizar seriamente la vida o llevar a situaciones peligrosas. Como ejemplo de la primera forma puedo relatar el caso de un adolescente que para abrocharse los zapatos consumía dos horas diarias, sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Dentro de las situaciones peligrosas, puedo recordar a una paciente que padecía tal compulsión a lavarse las manos que en algunas ocasiones la llevó a utilizar incluso lejía pura, con el consiguiente daño.

Estos pacientes obsesivos suelen presentar dudas permanentes sobre los más diversos aspectos de la vida, por lo que en muchas ocasiones se transforman en

personas pusilánimes, todo el tiempo dudando y sin poder realizar una vida normal. Por el contrario, otras veces las dudas se interrumpen con los más diversos y extravagantes pasajes al acto que muestran, por su reverso, la angustia que padecen.

Es difícil pensar que alguien con tanto sufrimiento experimente satisfacción en el sentido habitual de este término, sin embargo desde la teoría psicoanalítica este sufrimiento, este malestar que el síntoma porta, es una satisfacción al disminuir la tensión psíquica producto del empuje pulsional. De esta manera podemos pensar que el mantenimiento del síntoma, ya sea este mantenimiento voluntario o involuntario, es una forma de sostener el sufrimiento como una satisfacción. De otra manera: el síntoma es una forma de mantener el placer en el displacer, por eso se puede decir que hay un regodeo en el malestar, un goce en el síntoma.

Lo anterior tiene consecuencias en la clínica. Por ejemplo, cuando alguien consulta con la idea de tener un alivio sintomático puede encubrir la demanda de que lo consolidemos en una posición de enfermo para mantener el síntoma. Esto se puede manifestar de distintas maneras, la más común es la demanda de una receta mágica que cure el síntoma sin que quien demanda haga el menor esfuerzo por subjetivizar su situación. Coloca la responsabilidad de su curación en el Otro y, de esa manera, consolida su malestar.

Hace unos días me consultó una señora de cincuenta años por tener crisis de angustias, malestares difusos en el cuerpo, insomnio y dificultades para moverse sola por la ciudad. No podía viajar en el metro y le daba pánico conducir. Rápidamente me relató que ella creía que todos sus malestares estaban en relación con el abandono por parte de sus hijos: tenía dos hijos varones y, según la paciente, este abandono se debía a la mala influencia de sus nueras, que estaban en contra de ella. Lo que en realidad demandaba no era el cese de sus sufrimientos sino la consolidación en su lugar de víctima de otras mujeres. No estaba dispuesta a modificar en nada su situación y, de esa manera, demostraba, se demostraba a sí misma, que el psicoanálisis no servía para ayudarla prolongando su sufrimiento.

Entonces la satisfacción del síntoma, el goce del síntoma, el usufructo del síntoma surge debido a que el síntoma es producto de la represión de una pulsión.

Conferencia dictada el 3 de octubre de 1999, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla, para la Asignatura de Libre Configuración dedicada ese año al “Psicoanálisis”.



ANGUSTIA Y ANSIEDAD

Hoy me toca hablarles de la angustia y de la ansiedad, de sus diferencias, de sus similitudes, de sus usos y abusos. El primer obstáculo que encontré al preparar esta charla es que tanto la angustia como la ansiedad son términos de los cuales todos creen saber, o mejor aún que todos creen saber lo que eso significa, y esto dificulta un poco las cosas porque las descripciones fenoménicas que se hacen por cada uno de la angustia y de la ansiedad varían en grados considerables. Pero, también hay que decirlo, muchas de estas descripciones se superponen con fenómenos típicos, fenómenos típicos que son todos referidos al cuerpo.

El segundo obstáculo que encontré era mi propia posición con respecto a esta pareja de términos. Mi postulado básico era el siguiente: La angustia y la ansiedad son dos términos que hablan del mismo afecto.

Este postulado estaba basado, entre otras cosas, en el Diccionario de la Real Academia que presenta los dos términos casi como sinónimos. Dice de la angustia: “Aflicción, congoja, ansiedad”. Y de la ansiedad, en su segunda acepción: “Angustia que suele acompañar a distintas enfermedades, en particular a ciertas neurosis y que no permite sosiego a los enfermos”.

Pues bien, después de hacer un recorrido por distintos textos, no podría sostener tan taxativa aseveración. Es en el recorrido por esos libros donde iré trenzando esta charla que concluirá en una afirmación contraria a la del postulado inicial, es decir que angustia y ansiedad no son sinónimos, aunque muchas veces se confundan sus significaciones. Más aún, su uso no es inocente ya que tiene incluso connotaciones políticas, no hablo de una política de partidos, pero sí de políticas de los grandes laboratorios farmacéuticos que hacen al consumo de psicofármacos.

Los psiquiatras, inducidos por el lenguaje que rodea a los psicofármacos, prefieren el uso del término ansiedad por aquello que es de uso popular: “un ansiolítico, o un tranquilizante”.

En un vademécum médico podemos encontrar las indicaciones del Tranxilium que leo textualmente: “Tranxilium está indicado en todas las manifestaciones ansiosas que pueden presentarse en la psicopatología de la vida cotidiana y cuya intensidad no alcance una dimensión psiquiátrica”. Esta cita de un vademécum médico, además de tomar dichos freudianos, nos deja el interrogante siguiente: ¿qué son las manifestaciones ansiosas?.

En busca de la respuesta leemos las indicaciones más detalladas del Tranxilium. Este fármaco está indicado en: “1º) Estados de ansiedad, aislados o asociados a una afección orgánica, con o sin insomnio”. Este primer punto no aclara demasiado el uso del término ansiedad, pero en el segundo sí encontramos un uso aproximado de dicha noción. Cito: “2º) Estados depresivos con componente ansioso, desde la inquietud a la angustia, tanto esenciales como reactivos”. No estoy haciendo una crítica al vademécum ni al laboratorio psicofarmacológico, sólo intento poner de relieve la importancia del lenguaje farmacológico en la psiquiatría, puesto que la noción de ansiedad aparece como más científica, en el sentido de ser más abarcativa, que la de la angustia. La angustia aparece como de rango inferior, junto con la inquietud. Pero de nuevo vuelve la confusión cuando, en el índice, el Tranxilium se sitúa bajo la rúbrica de tranquilizantes.

En rigor, podemos afirmar que la psicofarmacología prefiere cierta ambigüedad entre los términos, pero que al final se decanta por el término ansiedad, por eso no es casual que en el lenguaje médico cotidiano se use la palabra “ansiolíticos”.

Todo lo cual puede estar determinado también por la lengua, ya que el término ansiedad se usa mucho más en el inglés, como lo confirmaría el uso de esta palabra en Melanie Klein, psicoanalista inglesa que habla de “ansiedades tempranas”.

La actual ofensiva del inglés en el mundo, vía las nuevas tecnologías -especialmente Internet-, muestra a esta lengua como la más importante en el discurso científico. Y si la lengua inglesa utiliza más la palabra “ansiedad”, ésta aparece con un brillo superior.

En el libro editado por “Prensa Científica” (la misma editorial de “Investigación y Ciencia”) titulado “Drogas y cerebro”, de Salomon Snyder, podemos leer todo un capítulo dedicado a los tranquilizantes como fármacos ansiolíticos, incluso al hablar de

Freud traduce la palabra alemana “Angst” como “ansiedad”, y hacen de Freud un teorizador de la ansiedad para acabar describiendo la forma en que actúan los ansiolíticos, que es sabido producen su efecto a nivel de los neurotransmisores.

A pesar de haberse descubierto por pura casualidad los psicofármacos que disminuyen los estados de ansiedad, los ansiolíticos, adquieren el estatuto de “científicos” al ser medibles sus efectos por diversos tests, y utilizando el lenguaje de las neurociencias pueden ser experimentados en animales. Este brillo científico permite el uso y abuso de estas drogas produciendo gran cantidad de adictos que dejan grandes beneficios a la industria farmacéutica. Para que se hagan una idea, según Philippe Meyer en su libro “La revolución de los medicamentos”, en el año 1982 en toda Francia se han recetado más de 23.000.000 de tranquilizantes -y, aunque se salga un poco del tema, acotemos que ese mismo año se han recetado en toda Francia 7.300.000 antidepresivos-, o lo que es lo mismo una caja cada tres franceses “grosso modo”. De otra manera, el término ansiedad conviene a las neurociencias.

Este camino podría andarse muchas más veces mostrando que su reiteración viene siempre a concluir en este punto, pero ¿por qué el inglés nos depara tal situación?. La única respuesta que puedo dar, y que no se cuál es su validez, es la etimológica. Vía un poco extraña pero no por eso desechable. Según el “Corominas”, la angustia es un derivado de “angosto” que en latín es “angustus” y que, en su deriva por la lengua, significa “estrechez, situación crítica”. La ansiedad se incorpora al castellano en forma tardía, recién en el siglo XIX y en el lenguaje médico, y es un derivado de “ansia”, en latín “anxius”.

Todo hace pensar, aunque habría que realizar una investigación para confirmarlo o desmentirlo, que el uso de la palabra ansiedad es más frecuente en inglés y que está ligado al encuentro entre el discurso de la ciencia y la medicina, encuentro que puede ser datado a fines del siglo XIX. Hay que recordar que la medicina es anterior a la ciencia y que la medicina científica es relativamente joven.

Otra vía para situar este punto es leer el “Diccionario de Psicoanálisis” de Laplanche y Pontalis, que nos muestra que la traducción de la palabra freudiana “Angst” es traducida a las lenguas latinas castellano, francés, italiano y portugués como “angustia”, mientras que al inglés es traducida por “anxiety”. Por ejemplo: en alemán “angstsignal”, en castellano “angustia señal”, en francés “signal d'angoisse”, en italiano

“segnale d'angoscia”, en portugués “sinal de angustia”, pero el idioma inglés se sale de la serie y la traduce como “signal of anxiety”.

A partir de la mera traducción, podemos afirmar que la palabra “angustia”, “angst”, usada por Freud desde sus primeros escritos tiene otros antecedentes, más allá de los puramente científicos, aunque estén usados en el registro psiquiátrico. Me refiero a los artículos freudianos: “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’”, y “A propósito de las críticas a la neurosis de angustia”, ambos de 1895.

Para comenzar por este sesgo puedo darles una pista andaluza: ¿suena igual la “Virgen de las Angustias” que la “Virgen de las Ansiedades”? Se ve claramente que no encaja, y es que la angustia hunde sus raíces en la religión. Según el “Vocabulario de Teología Bíblica”, de León-Dufourt, la Biblia en su traducción griega emplea distintas palabras para referirse al mismo afecto: agonía. “Aporeo”: “atolladero, sin salida”; “Stenokhoría”: “oprimido, sumergido en la aflicción”, y así podríamos seguir, pero para nuestro recorrido esto alcanza.

Para situar definitivamente a la angustia y su posición respecto a la ansiedad, no recurriré ni a Kierkegaard ni a Freud, recurriré a un poeta de Córdoba (Argentina), llamado Leopoldo Lugones, quien en 1912 escribió un poema titulado “El canto de la angustia”:

“Yo andaba solo y callado
Porque tú te hallabas lejos;
Y aquella noche
Te estaba escribiendo,
Cuando por la casa desolada
Arrastró el horror su trajo siniestro.

Brotó la idea, ciertamente,
De los sombríos objetos:
El piano,
El tintero,
La borra de café en la taza,
Y mi traje negro.

Sutil como las alas del perfume
Vino tu recuerdo.
Tus ojos de joven cordial y triste,
Tus cabellos,
Como un largo y suave pájaro
De silencio.
(Los cabellos que resisten a la muerte
Con la vida de la seda, en tanto misterio.)
Tu boca donde suspira
La sombra interior habitada por los sueños.
Tu garganta,
Donde veo
Palpitar como un sollozo de sangre,
La lenta vida en que te mece durmiendo.

Un vientesillo desolado,
Más que soplar, tiritaba en soplo ligero.
Y entre tanto,
El silencio,
Como una blanda y suspirante lluvia
Caía lento.

Caía de la inmensidad,
Inmemorial y eterno.
Adivinábase afuera
Un cielo,
Peor que oscuro:
Un angustioso cielo ceniciento.

Y de pronto, desde la puerta cerrada
Me dio en la nuca un soplo trémulo,
Y conocí que era la cosa mala
De las cosas solas, y miré el blanco techo.
Diciéndome: 'Es una absurda
Superstición, un ridículo miedo.'
Y miré la pared impávida.

Y noté que afuera había parado el viento.
¡Oh aquel desamparo exterior y enorme
Del silencio!
Aquel egoísmo de puertas cerradas
Que sentía en todo el pueblo.
Solamente no me atrevía
A mirar hacia atrás,
Aunque estaba cierto
De que no había nadie;
Pero nunca,
¡Oh, nunca habría mirado de miedo!
Del miedo horroroso
De quedarme muerto.

Poco a poco, en vegetante
Pululación de escalofrío eléctrico,
Erizáronse en mi cabeza
Los cabellos.
Uno a uno los sentía,
Y aquella vida extraña era otro tormento.

Y contemplaba mis manos
Sobre la mesa, qué extraordinarios miembros;
Mis manos tan pálidas,
Manos de muerto.
Y noté que no sentía
Mi corazón desde hacía mucho tiempo.
Y sentí que te perdía para siempre,
Con la horrible certidumbre de estar despierto.
Y grité tu nombre
Con un grito interno,
Con una voz extraña
Que no era la mía y que estaba muy lejos.
Y entonces, en aquel grito,
Sentí que mi corazón muy adentro,

Como un racimo de lágrimas,
Se deshacía en un llanto benéfico.”

Pido disculpas a aquellos que no son sensibles al dicho poético por haberles leído una poesía tan larga, pero creo que valía la pena para entender mucho mejor lo relativo a la angustia. ¿Qué encontramos?. En primer lugar “lo siniestro”, que Freud nos entrega -en el artículo que lleva este mismo título- ejemplificado con un cuento de Hoffmann, “Der Sandmann” (“El arenero”), donde aparece en primer término lo familiar extraño, lo familiar que se ha vuelto extraño, extrañeza que hunde sus raíces en lo familiar reprimido.

Es por eso que aparecen esos objetos familiares, el tintero, la borra de café en la taza, que hacen presente, por ser familiares, una presencia sobre el fondo de la ausencia, o una ausencia presentificada. Los objetos familiares dejan de serlo, se transforman en sombríos objetos por ser señales angustiantes de aquella ausencia presentificada, y entonces, el silencio se vuelve audible, se carga de significaciones: es lento, es como una lluvia suspirante, blanda,... y el cuerpo, que en su familiaridad íntima deviene un cuerpo prometido a la muerte, “ese miedo horroroso de quedarme muerto”, en ese momento surge el grito, pero ya es un grito extraño al yo, pura llamada que hace al despertar de un sueño, de una pesadilla.

Lacan, en “La tercera”, conferencia dictada en Roma en el año 1974, se pregunta: “¿De qué tenemos miedo nosotros?”, y se responde: “La angustia es algo que se sitúa en nuestro cuerpo, es el sentimiento que surge de esa sospecha que nos asalta por reducirnos a nuestro cuerpo”.

Estamos muy lejos del cuerpo biológico, de los neurotransmisores, pero esto no implica oponer organogénesis a psicogénesis. Son dos órdenes distintos, dos lógicas distintas.

Situamos a la angustia en el orden religioso, la situamos en Kierkegaard, la situamos en el psicoanálisis, y a la ansiedad la colocamos en la razón biológica.

Cuadro de los tres tipos de “falta de objeto” tal y como aparece al comienzo de la Clase XVI del Seminario 4 de Lacan.

AGENTE	FALTA	OBJETO
Padre real	Castración simbólica	Falo imaginario
Madre simbólica	Frustración imaginaria	Pecho real
Padre imaginario	Privación real	Falo simbólico

LA DEMANDA ES SIEMPRE DEMANDA DE AMOR

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN MADRID EN JUNIO DE 1999

PARA COMENZAR...

Quiero comenzar esta charla sobre la demanda y el amor confesando que al tener que prepararla, sistematizarla, se produjo en mí un efecto de despertar, ya que lo que creía tener perfectamente articulado no alcanzaba a dar cuenta de lo que me proponía argumentar.

De esta manera, el título dejó de presentar la transparencia supuesta y se deslizó hacia una dificultad en su articulación fundamental: ¿por qué toda demanda es una demanda de amor?. Para contestar a esta pregunta elegí un camino que arranca en el Seminario 4 de Jacques Lacan, donde está la emergencia de este instrumento psicoanalítico, es decir la demanda. En ese seminario también encontramos una crítica a las conceptualizaciones de los posfreudianos sobre la relación de objeto.

Lacan reemplaza la noción de relación de objeto por la de falta de objeto, reinstalando en el centro de la teoría a la castración, que indica una de las modalidades de dicha falta, siendo las otras dos la frustración y la privación.

Sobre el trasfondo de las categorías de falta de objeto, aparece el término “demanda” como deriva de la palabra inglesa “demand”, que puede traducirse por “exigencia constante”, o mejor aún como “exigencia agobiante”.

Este significante inglés es utilizado por una analizante bilingüe (castellano-inglés) para caracterizar a su madre, significante al que no encuentra correspondencia castellana y que suele traducir como “una madre agobiante”, que no la deja tranquila ni a sol ni a

sombra, de exigencia continua. Estas significaciones modulan el significante “demanda” y permiten acotar sus resonancias.

Este instrumento analítico, la demanda, no se la encuentra en los textos freudianos, es de la pluma de Lacan que surge para incorporarse como un utensilio imprescindible para la dirección de la cura analítica.

La afirmación anterior no niega que en la obra de Freud están ya presentes los elementos que hacen posible su desarrollo. Pero es en “La dirección de la cura”, escrito lacaniano de 1958, donde está esquematizado su desarrollo.

Pero, matización sobre matización, que estén en Freud los elementos que hacen posible la emergencia en la obra de Lacan, no implica afirmar que en la semilla freudiana está todo el árbol lacaniano. Todo lo contrario, este decir es sólo para hacer constar que el progreso del discurso psicoanalítico se realiza sobre la resolución de los impasses que el propio discurso analítico forja con sus distintos desarrollos.

Podemos afirmar que la permanencia de esos impasses, aparecen en el horizonte dilatado de la clínica produciendo obstáculos en su dirección. Estos impasses, estos obstáculos, estos límites son vencidos cuando la emergencia de un significante que viene de lo real, hace posible una nueva andadura.

“Demand”, del inglés al francés, es el significante que se ubica respondiendo a un impasse freudiano. De otra manera: la emergencia de la demanda viene a solucionar un impasse freudiano.

Una lectura cronológica nos da la primera pista. Recordemos que en la fecha que aparece la demanda Lacan está releyendo a Freud: “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, “Pegan a un niño” y, fundamentalmente, el caso Juanito (“Análisis de la fobia de un niño de cinco años”).

Estos textos clínicos de Freud -si es posible dividir los textos analíticos en teóricos y clínicos- Lacan los relee en el Seminario 4, apareciendo el intento lacaniano de llevar al límite la lógica de una cura utilizando el esquema L.

De esta manera nos acercamos a la utilidad de los esquemas, al recordar que el esquema L es estático, por lo que no es posible temporalizar los cambios surgidos en la cura. Esta especificidad del esquema L, obliga a Lacan a proponer una serie de esquemas L.

En esta serie se conserva un invariante: en los lugares del esquema, y en la sucesión de esquemas, se produce una variable: los términos del esquema. Para una mayor comprensión de esto los remito al Seminario 4.

Este intento por parte de Lacan de construir una lógica de la cura, pone al descubierto toda la problemática de la frustración -como signo del impasse- y es en medio de esta elaboración que aparece la demanda.

EL IMPASSE FREUDIANO.

Entonces hay que acotar el impasse freudiano, hay que verificarlo en la concurrencia de la palabra para poder entender a qué pregunta sin respuesta es respuesta la demanda. Para ello hay que volver al origen, a “La interpretación de los sueños”, cayendo sobre sus palabras para despertar su sombra y de esa manera hacer brotar su lógica, que es el trasfondo de su vida profunda y soterrada.

Freud nos entrega en ese texto inaugural la extensión de otra escena hilvanada de pensamientos inconscientes que formaliza un dominio oscuro y translúcido, extensión de una categoría montada sobre una certeza: el deseo.

Recordemos que en el texto citado, finaliza afirmando que el deseo es indestructible, un adjetivo fuerte que no pasa desapercibido. Este deseo indestructible hunde sus raíces en el pasado, pues de ese pasado vienen todos los sentidos del sueño, sentidos que hay que entender como el sentido del deseo inconsciente, del deseo reprimido, del deseo sexual.

El sentido, esa sucesión de signos ordenados, descansa en un tiempo que rompe lo meramente cronológico, ya que “la antigua creencia de que el sueño nos muestra el porvenir no carece completamente de verdad. Representándonos un deseo como realizado, nos lleva realmente al porvenir, pero este porvenir que el soñador toma como presente está formado por el deseo indestructible conforme al modelo de dicho pasado”. El deseo inconsciente habitado por los tiempos del verbo: pasado, presente y futuro.

La temporalidad del deseo marca una contradicción ya que su carácter de indestructible lo hace atemporal, pero por otro lado, al hablar de un deseo realizado, de un deseo satisfecho en el sueño, o lo que es lo mismo de una satisfacción onírica del deseo, presenta a éste como algo que puede acabarse.

Retengamos la paradoja que esta forma de leer el deseo presenta: si el deseo es satisfecho, cesa como deseo y por lo tanto no es indestructible; o, segunda posibilidad, es indestructible y por lo tanto nunca es satisfecho, nunca es realizado.

Esta manera de leer el problema del deseo, tiene como fin llegar a construir en las inscripciones freudianas los límites del impasse. Este callejón sin salida tiene por flancos la paradoja señalada: por un lado, la satisfacción del deseo y, por otro, lo indestructible del deseo. Esta contradicción nos obliga a releer el capítulo “Psicología de los procesos oníricos” y, dentro de él, el apartado C) que lleva por título “La realización de deseos”.

LA PRIMERA EXPERIENCIA DE SATISFACCIÓN.

En ese apartado está planteado el enigma de la satisfacción del deseo, satisfacción que es, al mismo tiempo, el tiempo de la emergencia del concepto de deseo. No es una síntesis categorial, sino que es la concurrencia donde la satisfacción del deseo es el propio concepto de deseo. Por ello podemos afirmar que el deseo es lo que tiende a la satisfacción.

Para que Freud nos entregue el misterio de esta combinatoria difícil, tenemos que adentrarnos en su letra, descifrar la lógica que subyace en ese texto bastante conocido. Sigamos lentamente sus pasos.

Primer paso: el aparato psíquico, así lo llama Freud, tiene un principio de funcionamiento muy simple: mantenerse libre de estímulos; y este principio corresponde al principio del placer. Los estímulos que llegan al aparato desde el exterior y dentro de determinado monto de energía no son problemáticos, puesto que el aparato psíquico los puede eludir de diferentes maneras. Estos estímulos exteriores, muestran el aparato psíquico funcionando como el arco reflejo para quedar lo más libre de excitación posible.

Segundo paso, que Freud ubica en el rango de lo mítico, si con este término queremos decir que no es constatable empíricamente. Tiene que ver con los estímulos que llegan del interior del cuerpo y que, por ese motivo, no se pueden evitar.

El paradigma es la necesidad alimenticia, que no puede ser evitada por la cualidad de la excitación. Esto es importante, ya que muestra que la excitación que proviene del mundo exterior tiene la cualidad de ser momentánea, mientras que la excitación que proviene del interior corporal es continua y va creciendo si no es satisfecha.

Freud escribe: “el niño hambriento grita y patalea”, el niño grita y ese grito va dirigido a un Otro. Este grito es desde el comienzo mismo llamada, llamada que tiene vocación de significativa y cuyo significado es la llamada misma.

Tercer paso: el hambre persiste y sólo se calmará con un auxilio externo, pero sólo se satisface la necesidad: Esto es la “primera experiencia de satisfacción”, que suprime la excitación interior.

Cuarto paso: la primera experiencia de satisfacción deja una huella mnémica de la excitación dada por la necesidad, más otra huella mnémica de la satisfacción de la necesidad que ha sido lograda por el auxilio externo. Aquí se perfila el tema del gran Otro primordial, el tema de la madre que tiene la potestad de satisfacer o no la necesidad, tema que como saben está tratado en el Seminario 4. Pero sigamos con Freud.

Quinto paso: la necesidad apaciguada por el alimento resurge y, por lo acaecido anteriormente, la primera huella mnémica se recarga tendiendo a establecer la situación de la primera satisfacción. Esta percepción mnémica es el deseo, y su realización es la satisfacción en una percepción alucinada. Pero la satisfacción alucinada dura poco y será corregida por la realidad.

Hay que saber que la alucinación es concebida por Freud de manera clásica, es decir como “una percepción sin objeto”. De lo anterior se deduce que esta satisfacción alucinada es sin Otro. Podemos agregar otras conclusiones: la realidad es introducida por la necesidad, por el Otro de la necesidad que, ya lo dijimos, está en condiciones de dar o de privar el alimento. Pero, paradójicamente, el deseo se establece borrando a la necesidad, o de otra manera: la necesidad ingresa en un tiempo mítico a partir del cual emerge el deseo. Otra consecuencia es que el deseo aparece con un objeto alucinado pero que ha dejado una marca significativa.

EL DESEO Y LA PULSIÓN.

Al situar de esta manera la satisfacción del deseo, vemos que el concepto de satisfacción se torna más dificultoso de entender en los textos que siguen a “La interpretación de los sueños”: “Psicopatología de la vida cotidiana” y “El chiste y su relación con lo inconsciente”, donde la satisfacción del deseo, vía la cadena significativa, es tributaria del principio del placer.

Por lo anterior podemos afirmar que no es casual que en el Seminario 5, “Las formaciones del inconsciente”, sea donde aparezca la primera formalización de la demanda, en el preciso momento que Lacan está examinando estos primeros textos freudianos y, específicamente, el chiste del “famillionario”.

La paradoja de la satisfacción alucinatoria del deseo, con sus implicaciones sobre la falta de objeto en la satisfacción y su matiz diferencial con la satisfacción producida por el chiste, obligan a Freud a traer a luz otro concepto: el de “Trieb”, el de la pulsión.

La pulsión, su emergencia, no sólo depende del factor anterior, ya que también está presente la realidad del goce corporal.

Es necesario insistir -aunque ya sea bastante conocido- en que algunas traducciones del “Trieb” freudiano lo apartaron de su significado original al designarlo como “instinto”, sin caer en la cuenta de que justamente la pulsión freudiana es introducida en la teoría analítica para diferenciarla del instinto.

El instinto tiene un ciclo siempre igual que hace a la reproducción de la especie y, por lo tanto, tiene un objeto fijo. La prueba de esto es que en la sabana africana no existen tigres anoréxicos, leones bulímicos o elefantes gays. Por el contrario, la pulsión tiene una fuerza constante y su objeto es fácilmente intercambiable.

El concepto de pulsión desnaturaliza la condición humana al borrar el concepto de instinto. Vale la pena recordar que esta separación es debida a la captura que el lenguaje produce sobre lo viviente del organismo. La pulsión de muerte es el último nombre freudiano de esta singularidad humana que permite la anticipación de la muerte, es decir, un saber sobre la finitud de la vida.

En los “Tres ensayos para una teoría sexual”, trabajo freudiano de 1905, podemos leer su primera teoría pulsional. En el apartado “Manifestaciones de la sexualidad infantil” está escrito: “el chupeteo consiste en un contacto succionador rítmicamente repetido y verificado con los labios, acto al que falta todo fin de absorción de alimentos”. Destaquemos que en esta primera descripción del chupeteo, explícitamente coloca a este más allá de la necesidad. Y por otro lado falta cualquier referencia al Otro, o de otra manera: la pulsión no está interesada en el Otro.

No es casual que, luego de la formalización del chupeteo, el texto freudiano nos entregue la clave del autoerotismo. De este modo aparece la satisfacción en el propio cuerpo.

No sin contradicciones, ubica la succión infantil como la búsqueda de un placer perdido en una primera necesidad alimentaria, búsqueda de un objeto perdido que sólo estuvo presente alucinatoriamente, y que Freud introduce como una vieja nostalgia sobre la posibilidad de besar los propios labios.

Las progresiones freudianas bracean, se sumergen, inician o se abandonan a su propio discurrir. Es así como en 1915 reaparece la conceptualización de las pulsiones en el texto "Las pulsiones y sus destinos".

SÍNTOMA Y PULSIÓN.

En el texto citado Freud habla de satisfacción pulsional, satisfacción que es de nuevo paradójica. Para resaltar esto podemos plantearnos todo el tema de la sublimación, que es una pulsión de meta inhibida pero que se satisface.

Regido por la disciplina que le regalaba su curiosidad intelectual, detrás de la cual estaba su apego a la verdad, Freud percibe esa contradicción, y es sobre ella que edifica sus pulsiones. Es decir, que la paradoja en sí misma es el gozne que muestra que la satisfacción humana es oscura e impenetrable, que muchas veces la satisfacción es vía el displacer, como viene a revelar el síntoma con su satisfacción, y que otras hay satisfacción en la insatisfacción.

La insatisfacción generada por el síntoma, que en rigor es una satisfacción, hace que la gente consulte, ya que consultan en general con la idea de cambiar su modalidad de satisfacción. Es decir que piden, que demandan una curación que haga desaparecer el sufrimiento que trae consigo la satisfacción del síntoma.

De esta manera se abre un tema cuya importancia no escapa a nadie: las determinaciones entre el síntoma y la pulsión, cuyo desarrollo nos llevaría muy lejos del tema que hoy nos ocupa. Aquí agrego un solo punto: la satisfacción pulsional no es lo mismo que la satisfacción del síntoma, si fueran iguales no habría síntoma.

Pero prosigamos. La satisfacción presenta un mundo de dificultades en su articulación: satisfacción alucinatoria del deseo, satisfacción paradójica de la pulsión, a lo que hay que agregar la satisfacción amorosa.

Satisfacción amorosa ya que el Eros freudiano registra una continuidad entre deseo y amor por un lado, y amor y pulsión por otro. Continuidad que es al mismo tiempo una discontinuidad, nueva contradicción freudiana que va marcando los límites de su impasse desde el cual surgirá la demanda.

EL EROS FREUDIANO.

Más allá, o mejor dicho en medio de las dificultades freudianas sobre los distintos registros de la satisfacción, reaparece el tema del amor vía el estudio de la transferencia.

Es evidente que el tema del amor podría ocupar un largo espacio de tiempo si quisiéramos explorar todas sus vertientes, por esta razón vamos a estudiar el amor en un texto freudiano, en “Las pulsiones y sus destinos”, sin intención de realizar un ensayo general sobre el amor.

En el texto citado podemos leer que el amor es susceptible de tres transformaciones: La primera consiste en el pasaje del amor en odio y viceversa, la segunda es el paso de la actividad a la pasividad, amar a ser amado, y la tercera es la transmutación del amor y el odio en indiferencia.

Conviene recalcar que aquellas transmutaciones se realizan sobre la dualidad establecida por Freud en el artículo: pulsiones del yo y pulsiones sexuales. Esta posición es de una importancia decisiva, ya que la colocación del par amor-odio en la vertiente yoica, es decir en el más puro narcisismo, en lo más profundo de lo imaginario, determinará su gramática.

En los vericuetos del texto podemos leer, para consolidar lo anterior, que el amor procede de la capacidad del yo de satisfacerse autoeróticamente, y que recién en un segundo momento se enlaza a las pulsiones sexuales.

Conclusión de lo anterior: en el amor hay otro tipo de satisfacción, que se ubica en el registro del autoerotismo, que es diferente de la satisfacción alucinatoria del deseo y de la satisfacción pulsional.

Esta satisfacción narcisista debe ubicarse en el eje a-a' del esquema L, satisfacción en plena constelación imaginaria, cuyo diferencial con el Otro del deseo que se escribe sobre el vector simbólico es fundamental.

La pulsión es la que introduce la sexualidad en la vida psíquica. En este real, el empuje constante de la pulsión tropieza con la discontinuidad de los pensamientos inconscientes, a los cuales debe acomodarse para lograr su satisfacción.

En definitiva, no sólo nos encontramos con diversas satisfacciones, sino que también existen grandes dificultades en su articulación recíproca.

A este impasse freudiano es solución, es respuesta, la “demanda” lacaniana. Pero esta solución no aparece de buenas a primeras, Lacan necesita un largo recorrido que comienza con su retorno a Freud, que es al mismo tiempo una crítica a los posfreudianos.

LA SOLUCIÓN DE LOS POSFREUDIANOS.

Una de las consecuencias de estos cabos sueltos que deja la problemática de la satisfacción en Freud, es la reducción producida sobre el tema por los posfreudianos. Esta reducción puede explicarse de distintas maneras, pero no es excesivamente arriesgado sostener que la tendencia a la unidad imaginaria del yo, impide sostener las aperturas freudianas, que son llenadas rápidamente con nociones que obturan sus desarrollos.

La noción que rellena el impasse freudiano es el de “frustración”, palabra que es difícil de encontrar en la obra de Freud y que, por otro lado, sólo es el resultado de una mala traducción del término alemán “Versagung”, vocablo que Lacan traduce más correctamente como “denuncia”, en el sentido de denunciar un tratado.

Colocada en el centro de la teoría freudiana, la frustración era y es para las corrientes psicoanalíticas de esta inspiración algo que explica todo, desde la transferencia al síntoma. A su vez, la frustración es significada por su uso habitual, por el uso común de este término, que puede entenderse cuando corrientemente se dice que se ha tenido “una experiencia frustrante”. Es decir, que se la ubica como la negación de un objeto de satisfacción en su sentido más banal.

La frustración es el eje de una tríada que comanda la dirección de la cura: frustración, regresión, agresión. El problema reside en que el punto de partida es la consideración de una relación de objeto armónica, en cuyos desajustes la frustración determina toda la patología.

LA FRUSTRACIÓN LACANIANA.

Lacan, con el utensilio que son sus tres registros, reintroduce la desarmonía fundante entre el sujeto y el objeto. Esta vuelta a lo mejor de la tradición freudiana es posible porque reemplaza la relación de objeto por las categorías de la falta de objeto, y aquí viene bien una alusión a la satisfacción alucinatoria del deseo. Recordemos que este paso lo da Lacan en el Seminario 4, de 1956-1957, donde ubica el cuadro que permite distinguir las tres modalidades de la falta de objeto.

No es el momento de estudiar en profundidad este cuadro, por el momento destaquemos el nuevo estatuto de la frustración que abre a toda la problemática del “don”.

Esta nueva lectura es interdependiente de todo el estudio que se realiza en el seminario citado sobre la madre en lo que ésta tiene de mujer, y en cuanto a lo que de mujer no está incluido en la madre. También es posible afirmar (como lo hace Jacques-Alain Miller) que el Seminario 4 es un estudio sobre la sexualidad femenina.

Del lado de la madre, podemos constatar en este seminario que Lacan la presenta como una madre devoradora. Pero al mismo tiempo esta madre, que es representada con las fauces abiertas de un cocodrilo, se sobrepone a la madre del amor. Esta última figura aparece como tesis central del Seminario 4, dado que se coloca a la satisfacción del amor como la satisfacción esencial.

Para llegar a esa tesis central necesita introducir un juego en esa madre cocodrilo-amor, juego que tiene que ver con el don y con la frustración que sería la negación de un don.

Y ahora nos encontramos en un terreno conocido, ya que es apelando al grito freudiano y su transformación en llamada determinada por el universo simbólico que el don es símbolo de amor.

Esta transformación del grito en llamada, es debido a que es significada desde el Otro, momento en que el grito se humaniza. Como contraprueba están los niños salvajes de finales del siglo XIX, en donde la falta de esta transformación no produjo su ingreso en lo simbólico.

Estamos así en el plano de la llamada, debido a que el don, que es símbolo de una presencia sobre el fondo de una ausencia, es su respuesta. También hay que tener en cuenta que la llamada puede ser rehusada por ese primer Otro que es la madre, es decir, rehusamiento de un objeto real.

Cuando la madre rehúsa dar el don deviene madre real, madre pura potencia, potencia de no dar. La omnipotencia es materna.

La formulación lacaniana nos habla de que el don es símbolo de amor, es símbolo de una presencia capaz de colmar de bienes.

LA DEMANDA COMO SOLUCIÓN DEL IMPASSE FREUDIANO.

El impasse freudiano, que tiene como marca límite las distintas versiones sobre la satisfacción, es solucionado por Lacan con el concepto de demanda. Veamos su desarrollo.

La tesis central del Seminario 4 es la satisfacción simbólica del amor, pero ésta deja afuera la satisfacción que se produce en las formaciones del inconsciente, en el sueño, en el lapsus, en el chiste.

En el Seminario 5, de 1957-1958, cuando está hablando de la satisfacción que produce el chiste aparece la demanda en su primera conceptualización. Y es que el chiste, al pasar íntegramente por el Otro del lenguaje, al tener como soporte la cadena significante, hace de esta última el vehículo de la demanda, o mejor aún, muestra que la demanda es una función significante.

En ese mismo seminario, Lacan para establecer el rango de la demanda recurre al conocido caso freudiano, relatado en sus “Estudios sobre la histeria”, de Elisabeth Von R., quien después de cuidar a su padre durante una larga enfermedad produjo un síntoma conversivo. La entera sumisión de la paciente a la demanda de quien era cuidado, dio lugar a una situación histerógena que ocultaba el deseo por su cuñado, pero desde la perspectiva de la hermana y su deseo por la hermana desde el punto de vista de su cuñado.

Hay más, ya que Lacan, retomando el juego de presencias y ausencias que marcan las premisas del lenguaje, muestra la presencia del Otro primordial. Mostración que tiene como punto de partida la risa del bebé que es signo de la presencia materna, dejando de lado la tesis freudiana que toma ese signo como la satisfacción de una necesidad.

La respuesta a la demanda es una situación patológica en la cual muchos analistas caen, así como el otro extremo: la no respuesta a la demanda que justifica todo tipo de conductas antianalíticas, fundamentalmente la absoluta desatención de los analizantes que agrava la presión de la demanda.

Estas posiciones hacen obstáculo en la cura al despliegue de la demanda articulada en la cadena significante, vía de acceso al deseo inconsciente. “Por el solo hecho de hablar se pide”, algo así dice Lacan en “La dirección de la cura”.

LA DEMANDA ES SIEMPRE DEMANDA DE AMOR.

El desarrollo que voy realizando nos lleva a una pregunta inevitable: ¿por qué la sola presencia materna es signo de amor?. La respuesta a esta pregunta se puede intentar localizar en el saber común: “toda madre ama a su hijo”. Pero esto está lejos de ser una verdad universal, he escuchado más de una vez el odio paralizante de una madre, o la indiferencia más absoluta para con un hijo. La clínica nos enseña que la pretendida armonía amorosa entre la madre y los hijos es un fantasma que encubre una desarmonía fundante, desarmonía que tiene que ver con las distintas posiciones de la sexualidad femenina en la madre, posiciones que a su vez transitan por la ubicación en relación al significante de la castración.

La demanda encuentra en la clínica de la transferencia su lugar de estudio privilegiado, pero también se manifiesta en el orden de la cultura en varias situaciones, por ejemplo en el rito donde el novio pide la mano de la novia a los padres de ésta y que lleva en Castilla el nombre de “la pedida”, con toda la ambigüedad que el término implica, rito por otro lado que tiende a desaparecer ante el vertiginoso cambio de las costumbres sociales.

Sigamos el juego a las volutas del lenguaje para precisar que lo que se demanda es ser amado, esto es la estructura de la transferencia, colocar al analista en el lugar del Ideal del Yo desde donde el analizante se inviste como yo ideal. Ésta es la estructura básica del que pide, ya que el que demanda pide que se obture su falta, que se suture la falla estructural del ser humano, pide el ser que tapone la falta en ser, y es eso justamente lo que el Otro no tiene y que, sin embargo, da. “Amar es dar lo que no se tiene”, y lo que no se tiene es un obturador o condensador de la falta para que alguien se coloque en el lugar del yo ideal.

Puede ser dicho de otra manera: la pulsión es muda, y cuando ésta se articula en la cadena significativa deviene demanda, por lo que podemos afirmar que la pulsión rodea al objeto, que no es el Otro. Este campo del Otro pertenece al amor.